

Lenguaje y educación

Otto Friedrich Bollnow

Versión castellana de H. A. MURENA

Buenos Aires 1974

ESTUDIOS ALEMANES

Colección dirigida por ERNESTO GARZÓN VALDÉS,
RAFAEL GUTIÉRREZ GIRARDOT y H. A. MURENA

Título del original en alemán:

SPRACHE UND ERZIEHUNG

© 1966 by W. Kohlhammer, Stuttgart Berlin Mainz

© 1974 by Editorial SUR, S. A., Buenos Aires

Printed in Argentina Impreso en Argentina

Queda hecho el depósito dispuesto por la ley 11.723

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

1. La problemática 7
 - a) La hostilidad al lenguaje en la pedagogía vigente hasta hoy.
 - b) La hostilidad al lenguaje en la filosofía tradicional,
 - c) El vuelco hacia el lenguaje en la filosofía del presente.
2. La necesidad de una fundamentación filosófica provisional 19
 - a) A partir de la comprensión natural del lenguaje.
 - b) La dependencia frente a las ciencias lingüísticas,
 - c) El esquema de la construcción.

PRIMERA PARTE

LAS FORMAS DE LA CONVERSACIÓN

1. El campo de la palabra 29
 - a) El habla,
 - b) El discurrir,
 - c) El decir
 - d) La palabra.
 - e) El nombre.
2. Primeras discriminaciones 38
 - a) El lenguaje como conversación,
 - b) Poética y retórica,
 - c) Las formas simples del habla,
 - d) El hablar monológico y dialógico.
3. La conversación casual 44
 - a) El trámite de la conversación,
 - b) La conducción del pensamiento en la conversación
 - c) El carácter de ocio.
4. Formas del hablar en conexión con el trabajo 53
 - a) La deliberación,
 - b) La negociación,
 - c) La discusión.
 - d) El desahogo,
 - e) Examen e indagación.

5. La conversación en su sentido estricto	62
a) El retorno a la conversación en el sentido estricto.	
b) La conversación como pasatiempo, la charla.	
c) La plática conversacional,	
d) La conversación profunda,	
e) La amistad en la conversación.	
6. Las formas monológicas del lenguaje	71
a) La narración,	
b) El informe y la disertación,	
c) El discurso.	
7. La cosecha pedagógica	77
a) La alta valoración de la conversación en la actualidad, b)	
La conversación desde el estrado,	
c) La conversación en la enseñanza,	
d) La disertación magistral.	
e) La conversación libre,	
f) El desahogarse.	

SEGUNDA PARTE

I. LA APREHENSIÓN DEL MUNDO POR MEDIO DEL LENGUAJE

1. El reino de los nombres	99
a) La denominación de las cosas,	
b) El apoderamiento por los nombres,	
c) El deslinde en el marco de lo que fluye,	
d) Las nociones como concepciones,	
e) Un ejemplo: la silla.	
2. El significado de las palabras	122
a) La discriminación entre palabra y nombre,	
b) El carácter expresivo de la palabra,	
c) Las metáforas,	
d) Las concepciones lingüísticas,	
e) Un ejemplo: el jugar,	
f) La así llamada indeterminación de los significados de las palabras.	
3. La visión del mundo desde el lenguaje	140
a) Retrospección,	
b) El lenguaje como mundo intermedio,	
c) La significación de la gramática,	
d) El "morar" dentro del lenguaje,	
e) La apertura del lenguaje,	
f) Un ejemplo: sacrilegio y pecado.	

II. DEDUCCIONES PEDAGÓGICAS

1. Los supuestos del principio visual tradicional	157
2. Problemas de la adquisición del lenguaje	159

3. El ámbito de aplicación del principio visual	160
4. El llegar a conocer lo ya conocido de oídas	163
5. La clarificación mediante los significados de las palabras	166
6. Conclusión	170

III. LA FUERZA DE LA PALABRA CREADORA DE REALIDAD

1. El fluir del discurso y la palabra acuñada	174
2. La palabra como decisión	177
3. La palabra certera	179
4. La irreversibilidad de la palabra acuñada	182
5. La palabra liberadora	184
6. La palabra como arma	185
7. La palabra acuñada en cuanto forma disponible	187

IV. LA AUTORREALIZACIÓN DEL HOMBRE EN EL LENGUAJE

1. La formación del hombre mediante el lenguaje	190
2. La autocomprensión por el medio del lenguaje	193
3. La importancia de la conversación	194
4. La fijación del hombre mediante la palabra por él pronunciada	195
5. La confesión y el reconocimiento	199
6. La promesa	202
7. La significación educacional	204

El contenido de los siguientes ensayos anteriores ha sido incorporado a esta exposición:

Sprache und Erziehung. "Erziehung und Bildung". Año 18, 1965, págs. 212 y sigs.

Probleme der Spracherziehung. Fehlformen im Gebrauch der Sprache. "Zeitschrift für Pädagogik". Año 11, 1965, págs. 122 y sigs.

Vom Umgangston in der Erziehung. "Schulpraxis. Monatsschrift des Bernischen Lehrervereins". Año 56, 1966, págs. 2 y sigs.

Agradezco a los respectivos editores por su consentimiento para esta inclusión.

Agradezco especialmente a mis colaboradores de largos años doctor G. Bräuer, doctor F. Kümmel y doctor F. Rodi sus diversas formas de ayuda y su crítica siempre viviente.

INTRODUCCIÓN

1. LA PROBLEMÁTICA

a) *La hostilidad al lenguaje en la pedagogía vigente hasta hoy.* El hecho de que lenguaje y educación se interrelacionan es a tal punto una verdad perogrullesca que uno vacila incluso en anunciarla: cualquier enseñanza se lleva a cabo a través del lenguaje. Y el lenguaje constituye además una materia de la enseñanza como parte esencial, desde el aprendizaje de la lectura y la escritura, pasando por la enseñanza de la lengua materna y de lenguas extranjeras, hasta el estudio de las formas elevadas de la lengua en las obras perdurables de los poetas. No es mi intención referirme aquí al primer escalón, o sea el aprendizaje del habla en sí, pues éste se realiza en la mayoría de los casos mucho antes del ingreso a la escuela, razón por la cual todavía se halla poco explorado en sus alcances didácticos, no obstante las numerosas publicaciones que existen sobre el lenguaje infantil. Sin embargo, pese a estas premisas obvias, el lenguaje aún no ha cobrado una importancia patente respecto a su función educativa fundamental. Por un lado, se lo tomó como medio de comunicación tan obviamente disponible que no habría mucho que indagar acerca de su naturaleza y rendimiento. Y ñor otro, se consideró al lenguaje como conformación hecha, cuyas normas y uso correcto era necesario transmitir: pero tampoco desde ese punto de vista se planteó la cuestión acerca de la importancia del lenguaje para la meta de la educación, para la realización esencial del hombre, PS decir que no hubo investigación alguna de índole antropológica. Y, con todo, me parece que el lenguaje, precisamente el lenguaje, brinda un

ejemplo por demás expresivo acerca de lo fértil que puede llegar a ser, para la pedagogía, una suerte de consideración filosófico-antropológica.

Puede observarse que, a pesar del trato cotidiano con la lengua, se ha ido desarrollando en la pedagogía, desde hace mucho tiempo, una cierta *hostilidad al lenguaje*. Y es de notar que esta hostilidad se configura en dos formas diferentes. Una de ellas se remonta hasta los comienzos del pensamiento científico moderno. Desde entonces, el antiguo pleito entre *verba* y *res*, las palabras y las cosas —en medio del cual el humanismo se inclinaba, todavía, en forma acentuada a favor de una preferencia por las *verba*— parecía inequívocamente resuelto a favor de las cosas. "Primero una cosa en sí misma, luego la modalidad de la cosa", escribe ya el fundador de la didáctica moderna, Ratke.¹ Y desde ese momento fue ley fundamental de la enseñanza objetiva, perceptiva, que la comprensión del significado de la palabra había de respaldarse en una percepción previa del objeto. o cuando menos, si ésta resultaba imposible, en una ilustración. Esto lo recibe y lo transmite luego con todo énfasis también Pestalozzi. Pestalozzi pretende "someter las formas de toda enseñanza a las leyes eternas... conforme a las cuales el espíritu humano se eleva desde apercepciones sensoriales a nítidos conceptos",² que luego a su vez quedan fijados en los vocablos de la lengua. Se esfuerza, por lo tanto, empeñando toda su pasión, a favor de "un cambio de rumbo de vuelta de la superficialidad, de la oscuridad y de las patrañas mentales de nuestra enseñanza popular, hacia el reconocimiento de que la apercepción es el fundamento absoluto de todo conocimiento. Dicho de otro modo, que todo conocimiento ha de partir de la apercepción y que es necesario poder remitirlo a ella".³

¹ *Ratichianische Schriften*, edit. por P. Stötzner, vol. II. Leipzig. 1893, pág. 16.

² J. H. Pestalozzi, *Obras completas*, ed. A. Buchenau, E. Spranger y H. Stettbacher, vol. XIII Berlín y Leipzig, 1932, pág. 103.

³ Pestalozzi, *op. cit.*, pág. 309.

Tan sólo en la apercepción parecería darse un fundamento seguro.

Pero ya en el caso de Pestalozzi se advierte detrás del problema didáctico, y simultáneamente con él, un problema más profundo de orden antropológico: el hecho de que no se trata de que las palabras que no cumplen realmente el proceso aperceptivo simplemente no signifiquen nada, sino que, por su parte, ejercen un peligroso dominio sobre el hombre, expulsándolo hacia un mundo ilusorio al apartarlo de la genuina realidad. En este sentido pronuncia sus conocidas sentencias violentas, reiteradas en variados modismos, acerca de las "vacuas charlas",⁴ las "personas de boca y palabrerío, míseras, carentes de vigor y percepción",⁵ etc., y acerca de esos pobres hombres que "se extravían a causa del máximo veneno universal de nuestro tiempo: unas pobres cuestiones de libros".⁶ Todo esto aparece conectado con su generación, en un sentido histórico-cultural, una generación que designamos como la del *Sturm und Drang*, determinada en forma decisiva por la crítica cultural que parte de Rousseau. También Pestalozzi forma en cierto modo parte de esa generación, sin pertenecer a ella plenamente.⁷

En virtud del ataque llevado por el *Sturm und Drang* las tendencias hostiles al lenguaje adquirieron dentro de la teoría pedagógica un rarir enteramente nuevo. Así, para anotar un solo ejemplo del movimiento que entonces estallaba, el joven Herder se sublevó con vehemencia contra el saber libresco sólo adquirido gracias a la lengua, y exigió en su lugar un saber real, extraído de una experiencia inmediata. Herder pretende que se sea "ple-

⁴ Pestalozzi, *op. cit.*, pág. 307.

⁵ Pestalozzi, *op. cit.*, pág. 308.

⁶ Pestalozzi, *op. cit.*, vol. III. Berlin y Leipzig, 1928, pág. 76.

⁷ Por lo demás, Pestalozzi reconoció plenamente el valor insustituible del lenguaje. Cf. *Die Sprache als Fundament der Kultur*, Pestalozzi, *op. cit.*, vol. XIII, págs. 33 y sigs., como así también W. Maier, *Sprache und Erziehung bei Pestalozzi*. En "Schulpraxis, Monatsschrift des Bernischen Lehrervereins", año 56, 1966, entre 1/2, págs. 10 y sigs.

no de cosas, no sabihondo por palabras".⁸ "El estudio se ha convertido en vano amaestramiento, nuestra alma en un mero lugar de ostentación o en un tenducho barato",⁹ se queja Jacobi hablando de las consecuencias de un mero saber libresco. Y en este nexo aparece luego también Pestalozzi cuando declara con pasión: "Las acciones enseñan al hombre y las acciones lo consuelan... ¡fuera las palabras!"¹⁰ Y así continúa luego la acción de esta exigencia hasta nuestra época; así es acogida en la moderna pedagogía reformista, cuando ya en sus comienzos Kerschensteiner reclama la lucha contra la "vieja escuela basada en el libro".¹¹

Es menester que comprendamos esta aparente contradicción entre el trato diario con la lengua y los esfuerzos intensivos a favor de la lengua por una parte, y la subterránea hostilidad por la otra, tomando en cuenta la situación de la escuela en sí misma. Precisamente porque la enseñanza escolar tiene lugar en lo esencial dentro del medio de la lengua, encierra también el riesgo de un movimiento en el vacío dentro de un uso idiomático sólo exteriormente adecuado. Por fuerza se levanta, frente a semejante peligro, un peligro que su propia tarea alberga en forma ineludible, la autocrítica de los pedagogos.

Esta autocrítica, empero, apenas ha traspasado hasta ahora la pura negatividad, o sea precisamente esa mencionada hostilidad al lenguaje. La realidad en sí misma, y en toda su plenitud, fue usada en un enfrentamiento con sombras vacuas de meros vocablos. No se planteó, en cambio, el problema de la función del lenguaje en la vida humana, a partir de la cual acaso pudieran subsanarse tales dificultades. Se conformaron con una doctrina primitiva, transmitida irreflexiblemente, acerca de la formación de las nociones mediante una abstracción de la cosa

⁸ *Obras completas* de Herder, ed. B. Suphan, vol. IV, pág. 347

⁹ *Obras* de F. H. Jacobi. Leipzig, 1812 y sigs., vol. II, apéndice, pág. 17.

¹⁰ Pestalozzi, op. cit., vol. III, pág. 50.

¹¹ G. Kerschensteiner, *Grundfragen der Schulorganisation*, Munich, 19547, pág. 99.

objetiva dada; y se conformaron asimismo con las palabras como meros nombres aplicados a las nociones abstractas de tal modo descubiertas. Nadie se preguntaba qué aspecto podía tener semejante realidad anterior al lenguaje y que existía independientemente del lenguaje. Si bien la muy difundida hostilidad de los pedagogos hacia el lenguaje se funda, en virtud de un principio justificado, en un fenómeno decadente real, resulta sin embargo estéril mientras se empeña en su insuficiente comprensión del lenguaje y no entabla diálogo alguno con los principios positivos existentes.

b) *La hostilidad al lenguaje en la filosofía tradicional.* A este respecto el problema debe retomarse desde otro ángulo. Aquí se trata de comprender el lenguaje en cuanto a su necesario rendimiento dentro de la estructura total de la vida humana y asimismo de dar entrada a la problemática pedagógica. La atención debe dirigirse en este sentido hacia la más reciente evolución dentro de la filosofía, pues nos encontramos en este caso con un fenómeno casi excitante, que importa también para la pedagogía: es el de que el lenguaje, descuidado durante siglos, más aún, considerado a veces con expresa desconfianza, ha llegado a ocupar el centro mismo de la problemática actual.

Existían esencialmente dos razones que motivaban esa carencia de interés, cuando no la clara desconfianza y hostilidad de la filosofía y de la ciencia frente al lenguaje. Una de ellas es el reproche de imprecisión, de inexactitud de los significados de las palabras idiomáticamente dados. El lenguaje, se sostenía, es una herramienta muy imperfecta, demasiado rústica para la reproducción de una ideación rigurosa. A menudo palabras homófonas tienen sentidos diferentes, mientras que por otro lado y de manera supérflua existen palabras diferentes para expresar un mismo concepto. Y si bien se puede intentar eludir tal cosa mediante delimitaciones más rigurosas, surgen consecuencias aún peores del hecho de que muchas palabras del lenguaje, y precisamente las más

importantes, no puedan ser definidas en absoluto con claridad. ¿Quién, por ejemplo, podría definir con claridad conceptual qué es "estar vertical" y "estar horizontal"? Se perciben en las palabras —decían— entonaciones emocionales y asociaciones significativas. Añadían que resultan particularmente "fatales" —vistos desde la aspiración a la univocidad conceptual— los muchos significados indirectos, transferenciales, metafóricos, que atraviesan el habla entera. ¿Quién sabría determinar con exactitud qué significa en las diversas posibilidades del uso lingüístico, digamos una casa, un pie, una hoja? Y téngase en cuenta que intencionalmente he eludido las palabras difíciles y multívocas.

La ciencia procuró por lo tanto liberarse de las imprecisiones, del todo o por lo menos en forma parcial, definiendo con el máximo de rigor por lo menos sus nociones fundamentales. Para dicha tarea se sirvió preferentemente de neologismos extranjeros, que ofrecían la ventaja de admitir definiciones a voluntad, ya que en cuanto neologismos no traían consigo la carea previa del uso cotidiano, o bien apeló, dentro de la logística moderna, a un *Trieb* simbólico independiente de toda atadura a la lengua verbal hablada, pero que luego requiere, por cierto de nuevo, para su introducción (en cuanto "*metalinguistic*" último), el servicio de la lengua cotidiana común. No abordaremos aquí todavía el análisis de este reproche, vale decir la cuestión del punto hasta el cual esta imperfección tal vez pueda ser sólo aparente e incluso constituir una singular ventaja del lenguaje. Por el momento sólo destacamos el motivo de la desconfianza frente al lenguaje.

El segundo reproche se dirige contra la violación del pensamiento por el lenguaje, sobre todo contra aquello que se ha llamado "superstición de la palabra" o "fetichismo de la palabra"; o sea al hecho de que somos propensos a tomar por reales muchas cosas tan sólo porque el lenguaje posee una palabra para ellas. En particular se echa mano de este argumento en el sentido de que únicamente por tener la lengua entre sus nociones gene-

rales palabras disponibles para el caso, creemos en la existencia de ciertos entes generales. Pero también podría pensarse en la idea de Whorf, según la cual el pensar occidental tiende a presumir en todo acontecer un determinado portador o soporte de tal acontecer sólo porque las oraciones indogermánicas se construyen según el principio de sujeto y predicado.¹²

Esta posición ha encontrado en la "crítica del lenguaje" de Mauthner su expresión más aguda. Mauthner subraya "que el lenguaje es una herramienta inepta para el conocimiento".¹³ La primera frase de su libro dice así: " 'En el principio fue el Verbo'. Con la palabra se colocan los hombres en el principio del conocimiento del mundo, y ahí quedan detenidos si se detienen en la palabra. Quien quiera seguir avanzando, aunque fuese un mínimo paso, cosa a la que puede conducir el trabajo de pensamiento de una vida entera, tendrá que liberarse de la palabra y de la superstición de la palabra, tendrá que intentar la liberación de su mundo respecto a la tiranía del lenguaje".¹⁴*

Con ello no hace más que resumir en forma muy aguzada lo que había sido opinión ampliamente difundida entre los filósofos.

Así debe comprenderse el hecho de que en la filosofía de la Edad Moderna se le haya brindado tan poca atención al lenguaje. En ninguno de los grandes sistemas de ese período desempeña el lenguaje una función fundamental. Aquellos pensadores que se ocupan del lenguaje con mayor detenimiento, Herder, Humboldt o Schleiermacher, por ejemplo, fueron sólo *outsiders* en la evolución total de la filosofía y ejercieron sobre ésta poca in-

¹² B. L. Whorf, *Sprache, Denken, Wirklichkeit*. Aportes a la metalingüística y a la filosofía del lenguaje, traducido y editado por P. Krausser. Rowohlt's Deutsche Enzyklopädie, vol 174. Reinbek bei Hamburg, 1963, pág. 44. Ideas similares se encuentran expresadas ya por Nietzsche; cf., por ejemplo, *Götzendämmerung. Ob. comp.*, ed. en octavo, vol. VIII, págs. 78 y sigs.

¹³ F. Mauthner, *Beiträge zu einer Kritik der Sprache*. Stuttgart y Berlín, ²1906, vol. 1, pág. XI.

¹⁴ Mauthner, op. cit., pág. 1.

fluencia. Y cuando a partir de comienzos del siglo xix fue formándose una ciencia lingüística independiente, los lingüistas encontraron que sólo podían depender de sí mismos en la consideración de los fundamentos de su especialidad. Los filósofos profesionales no les prestaban ninguna ayuda al respecto y tomaban bien poco en cuenta sus resultados. De modo que tampoco de este lado pudo recibir la pedagogía los necesarios impulsos.

c) *El vuelco hacia el lenguaje en la filosofía del presente.* Todo esto comienza a modificarse fundamentalmente en las últimas décadas. La filosofía del lenguaje deja de ser una relativa disciplina particular junto a muchas otras, avanza hacia el centro mismo de todo filosofar y acaba ocupando el sitio de disciplina central filosófica, papel que durante largo tiempo había desempeñado la lógica y, desde fines del siglo xix, la teoría del conocimiento que vino a relevarla. "Hoy ya nadie expresa novedad alguna cuando comprueba que los filósofos de los últimos decenios han emplazado de modo creciente en el centro de la investigación la pregunta por el lenguaje y en especial la pregunta por el sentido y significado de expresiones lingüísticas".¹⁵

Este desarrollo verdaderamente revolucionario requiere una exposición propia. Aquí sólo pueden indicarse unos pocos nombres para destacarlo nítidamente. El primer lugar le corresponde a Cassirer, quien dedicó al lenguaje el primer tomo de su *Filosofía de las formas simbólicas*.¹⁶

¹⁵ R. Haller, *Die linguistische Methode in der Philosophie*. "Wissenschaft und Weltbild", año 18, 1965, pág. 133. Cf. también O. F. Bollnow, *Sprache und Dichtung*. "Symphilosophie". Informe sobre el Tercer Congreso Alemán de Filosofía, Munich, 1962, págs. 137 y sigs., reimpresso con el título *Philosophie und Sprache* en: "Einfache Sittlichkeit". Pequeños ensayos filosóficos, Göttingen, 1962³, págs. 167 y sigs., como asimismo H. Wein, *Sprachphilosophie als Philosophie unserer Zeit, Gedanken zum humanen Kern der Sprachen*, en: "Philosophie als Erfahrungswissenschaft, Aufsätze zur philosophischen Anthropologie und Sprachphilosophie". La Haya, 1965, págs. 171 y sigs.

¹⁶ E. Cassirer, *Philosophie der symbolischen Formen*. 1ª parte: "Die Sprache". Berlin, 1923. Reimpresión por la Wissen-

Cassirer recogió la proposición kantiana según la cual el conocer no es un mero reproducir, sino una realización creadora, pero la amplió extendiéndola al ámbito de las realizaciones cognoscitivas puras al mostrar que junto a las formas de la percepción y del pensar operan también otras fuerzas designadas por él como "formas simbólicas", dentro de las cuales configuramos nuestra imagen del mundo: el mito, el arte, etc. Entre ellas la más elemental es el lenguaje. El lenguaje, revela Cassirer, no reproduce una imagen ya existente de la realidad, independiente del lenguaje mismo, sino que *forma* la realidad, y "tenemos" a la realidad fundamentalmente sólo en la conformación del lenguaje.

Luego debe mencionarse al injustamente olvidado Hans Lipps.¹⁷ En el camino hacia una "lógica hermenéutica", vale decir una lógica que a diferencia de la "lógica formal" tradicional trata de concebir las configuraciones hechas partiendo de las situaciones vitales de las que habían surgido, se vio Lipps conducido a elaborar la idea del poder del lenguaje creador de vida, y en particular de la palabra dicha concretamente en una situación determinada. Habló de una "potencia de la palabra", de un poder del lenguaje que da forma a la realidad.

También habría que señalar aquí a Gehlen, quien en su obra antropológica principal, *El hombre*,¹⁸ desarrolla en detalle una teoría constructiva del lenguaje partiendo de sus diversas "raíces", teniendo especialmente en cuenta su función de "descarga". Sin embargo, sus problemas toman una dirección un tanto distinta.

schaftliche Buchgesellschaft Darmstadt, 1953. Cf. también el correspondiente capítulo de *Was ist der Mensch?*, trad. de W. Krampf. Stuttgart, 1960, págs. 140 y sigs.

¹⁷ H. Lipps, *Untersuchungen zu einer hermeneutischen Logik*. Francfort del Meno, 1938 (citado en lo que sigue como HL); del mismo autor: *Die Verbindlichkeit der Sprache. Arbeiten zur Sprachphilosophie und Logik*, ed. de E. v. Busse. Francfort del Meno, 1944 (en lo que sigue citado con VS).

¹⁸ A. Gehlen, *Der Mensch. Seine Natur und seine Stellung in der Welt*. Berlin, 1940.

También para Heidegger, en su evolución tardía, el lenguaje adquirió una importancia cada vez mayor. "La reflexión sobre la esencia del lenguaje —manifiesta— ha de alcanzar otra jerarquía. No puede seguir siendo mera filosofía del lenguaje".¹⁹ Es decir, no puede seguir siendo una disciplina especializada, determinada por un particular ámbito de materia objetiva. Heidegger resume el íntimo nexo del lenguaje con el ser y el hombre en esta sentencia henchida de pensamiento: "El lenguaje es la casa del ser. En esa morada habita el hombre".²⁰ Y frente a la negligencia en el trato con el lenguaje, acentúa el problema educacional que consiste en "aprender el habitar en el habla del lenguaje".²¹ Más adelante nos ocuparemos aún en forma detenida de la cuestión respecto al punto hasta el cual la imagen de una casa en la que el hombre puede habitar es aplicable significativamente al lenguaje. No podemos continuar esta enumeración. Sería necesario mencionar aún muchos aportes. Sólo cabe señalar que la obra *Verdad y método*, de Gadamer,²² que en su intención pretende abarcar la totalidad de una filosofía hermenéutica, trata del lenguaje en su parte tercera y final, y que también Liebrucks presentó no hace mucho el segundo volumen de una vasta filosofía del lenguaje.²³ Sirva esto como índice de la creciente significación actual del lenguaje.

En este orden de cosas resulta sintomático que incluso en la filosofía inglesa y en la norteamericana haya surgido un fenómeno similar, el cual influye en medida creciente sobre la filosofía de habla alemana. Tal fenómeno

¹⁹ M. Heidegger, *Platons Lehre von der Wahrheit. Mit einem Brief über den "Humanismus"*. Berna, 1947, pág. 59.

²⁰ Heidegger, op. cit., pág. 53.

²¹ M. Heidegger, *Unterwegs zur Sprache*. Pfullingen, 1959, pág. 33.

²² H. G. Gadamer, *Wahrheit und Methode. Grundzüge einer Philosophischen Hermeneutik*. Tübinga, 1960.

²³ B. Liebrucks, *Sprache und Bewusstsein*, vol 1. Introducción: *Spannweite des Problems*. Francfort, 1964; vol. 2: *Wilhelm von Humboldt*. Francfort, 1965.

resulta muy demostrativo por cuanto, surgido de una lógica orientada con preferencia por la crítica lingüística, se ve conducido por un camino del todo distinto y que cada vez se aproxima más al fenómeno alemán que acabamos de esbozar.²⁴ Señalemos aquí solamente el vuelco de Wittgenstein en su última época. Se trata de una revisión total de su posición lingüístico-crítica, en la medida en que declara que los problemas filosóficos "se resuelven mediante una contemplación profunda de cómo trabaja nuestro lenguaje" y reclama con ello el regreso del lenguaje hacia "su suelo rústico".²⁵ Muy distinta se presenta la filosofía del norteamericano Whorf con su "principio de relatividad lingüística", del que más adelante nos ocuparemos con mayor detenimiento.²⁶ Resulta pues que este vuelco hacia el lenguaje no constituye una evolución particular alemana, sino que se trata de un movimiento de vastos alcances. No nos ha sido posible explayarnos aquí sobre el tema, pero era necesario mencionar tal fenómeno puesto que tiene máxima importancia también para la pedagogía, dado que muestra la posibilidad de disolver prejuicios arraigados y plantear una renovada discusión de la relación entre lenguaje y educación. Para este fin no resulta suficiente tratar al lenguaje como "bien cultural" (junto a otros bienes culturales). Más bien es cuestión de aceptar, según la filosofía actual, que el lenguaje se halla en el centro esencial del hombre y de investigar qué inferencias surgen para la pedagogía de tal concepción del hombre como ser parlante y determinado en su esencia por el lenguaje. Si comprendemos en qué medida vive el hombre dentro del lenguaje y es formado por éste y cuánto significa el lenguaje para la autorrealización del hombre y su entendimiento del mundo, también la pedagogía se verá obligada a brindar plena atención a tales procesos. El lenguaje ya no es entonces

²⁴ H. Wein, *Sprachphilosophie der Gegenwart*. La Haya, 1963.

²⁵ L. Wittgenstein, *Schriften*, vol. 1. *Tractatus logico-philosophicus*. *Tagebücher*, 1914-1916. *Philosophische Untersuchungen*. Francfort, 1960, págs. 322, 341. Cf. Haller, *op. cit.*, págs. 142 y sig.

²⁶ Whorf, *op. cit.*, págs. 13 y sig., 20, 33.

un renglón de la enseñanza junto a otros, de enseñanza y cultivo de la lengua, sino que se desplaza hacia el centro mismo de la educación toda. Al despertar en el hombre el interés por el lenguaje, al enseñarle a hablar, se le va formando como hombre. La pedagogía del lenguaje constituye pues una pieza fundamental de una pedagogía sistemática de orientación antropológica.²⁷

A este contexto pertenece también la significación del lenguaje en cuanto "instrumento irremplazable para la educación, sin el cual ésta no puede realizarse".²³ Así emprendió últimamente Loch la tarea de concebir el lenguaje "como factor constitutivo de la educación, como componente necesario de la estructura de ésta, y de investigar las diferentes realizaciones educativas del lenguaje en detalle".²⁸ Al proceder así abordó exitosamente sobre todo la consideración de aquello que designa como "formas educativas del habla".²⁹ Este rumbo en el trabajo representaría, en efecto, una rama importante de una pedagogía del lenguaje aún por desarrollarse. Pues el rendimiento del lenguaje dentro de los procesos educacionales constituye un excelente caso excepcional de la función del lenguaje en virtud de su aplicabilidad pedagógica directa en la vida humana en general. El despliegue de esta tendencia desde el punto de vista educacional señalaría entonces el problema más general de una pedagogía del

²⁷ Sobre el principio antropológico, cf. en general: O. F. Bollnow, *Die anthropologische Betrachtungsweise in der Pädagogik*. "Neue Pädagogische Bemühungen", vol. 23. Essen, 1965; asimismo W. Loch, *Die anthropologische Dimension der Pädagogik*. "Neue Pädagogische Bemühungen", vol. %, Essen, 1963.

²⁸ W. Loch, *Die Sprache als Instrument der Erziehung*. "Schulpraxis, Monatsschrift des Bernischen Lehrervereins". Año 56, 1966, págs. 23 y sigs.

²⁹ Loch elaboró recientemente, de modo persuasivo, la fertilidad de esta problemática mediante los ejemplos de animación y aliento: *Pädagogik des Mutes*. "Bildung und Erziehung". Año 18, 1965, págs. 641 y sigs., y *Die Ermutigung als Beispiel einer erziehenden Redeform*. *Die Sprache als Instrument der Erziehung*, op. cit., págs. 26 y sigs. Hemos de señalar ahora su trabajomás amplio sobre la pedagogía del lenguaje, a publicarse próximamente.

lenguaje amplia. Sin embargo, es preciso que la fertilidad de esta problemática pedagógica inmediata no nos haga perder de vista el problema más general. Para anticipar someramente la relación de ambas problemáticas apelaremos a un ejemplo que más adelante retomaremos en forma detallada: no se trata tan sólo de educar al hombre por medio de la conversación (digamos la enseñanza conversacional), sino de educarlo al mismo tiempo y en primerísimo lugar en el aprendizaje de la conversación, en la capacidad y la disposición de la conversación genuina, puesto que únicamente así puede llegar a perfeccionarse la esencia del hombre. En general, no se trata sólo de concebir el lenguaje como medio de educación y de aplicarlo correctamente, sino de desarrollar al mismo tiempo el lenguaje del hombre como eslabón necesario en el devenir de sí mismo y de su comprensión del mundo. Brevemente: en educar en él su "lingüística".³⁰

Las consideraciones que siguen pretenden aportar contribuciones iniciales para una pedagogía del lenguaje dentro del precitado marco de términos generales filosófico-antropológicos. Es cierto que sólo se podrán analizar unas pocas preguntas de la plenitud de las que aquí se plantean. Pero con ello se intentará tornar visible de modo general la fertilidad de semejante problemática.

2. LA NECESIDAD DE UNA FUNDAMENTACIÓN FILOSÓFICA PROVISIONAL

a) *A partir de la comprensión natural del lenguaje.* Como preparación para la problemática pedagógica propiamente dicha me parecen necesarias algunas consideraciones generales. En la medida en que éstas puedan de algún modo aspirar al título de filosofía, quisiera yo designarlas con toda intención como una filosofía del len-

³⁰ La noción de la lingüística del hombre (por analogía con su temporalidad, historicidad, etc.) fue introducida, por lo que yo sé, en primer lugar por Liebrucks. Cf. especialmnete, *op. cit.*, vol. 1, pág. 49.

guaje sin ser (mejor dicho, sin serlo provisionalmente) una ciencia del lenguaje. Se verá en seguida con claridad que no se manifiesta en esta intención desprecio alguno hacia la ciencia lingüística. Sin los resultados de esta última ni la filosofía lingüística ni la pedagogía lingüística podrían operar de un modo confiable y permanecerían siempre sumergidas en vaguedades. Sin embargo, me parece perjudicial para la consideración filosófica el que demasiado pronto se oriente por resultados de las ciencias especializadas o, más aún, tome su punto de partida en éstas. Pues existen numerosos aspectos importantes del lenguaje que la consideración filológica ni siquiera toma en cuenta correctamente. La ciencia lingüística se ocupa en primer lugar de las formaciones objetivas, los vocablos y sus relaciones sintácticas; se ocupa, por así decirlo, del material con el que el lenguaje edifica su obra. Esto forma parte de su carácter de ciencia destinada al ámbito de dicha materia en particular, vale decir del lenguaje. Pero sin que sea nuestra intención practicar un deslinde que pudiera cercenar las posibilidades del lenguaje, existe sin embargo una serie de fenómenos de la vida lingüística enteramente independientes de los medios de los cuales se sirve la lengua para el cumplimiento de sus tareas: tenemos especialmente en cuenta determinadas palabras que utiliza para ello y que, con todo, requieren una investigación propia.

Entran en esta cuenta, por ejemplo, aquellas situaciones en las que la gente se reúne para hablar y las formas que usan para hablar uno con otro o bien uno a otro. También entra en esta consideración el tono que hacen predominar en su habla. Así, por ejemplo, el modo en que habla alguien con el otro, amistosamente o con ira, es cosa independiente de las palabras de las cuales se sirve; más aún, es algo perfectamente comprensible incluso tratándose de una lengua ajena. Al mismo orden de cosas pertenecen también ciertas formas típicas del expresarse idiomáticamente para las que resulta difícil encontrar una denominación genérica acertada, y que por lo pronto aclararemos mediante una serie de ejemplos ilustra-

tivos: cabe ahí la palabra que alguien da a otro, el contrato que cierra con otro, el proverbio o el *slogan* en la lucha política y asimismo el poema lírico. Todas estas son formaciones idiomáticas relativamente sustituibles en las que se manifiesta el poder de la palabra y al mismo tiempo son en gran medida independientes de los medios idiomáticos específicos con los cuales se expresan. Acaso podamos designar estas formaciones encarnadas en figuras como "palabras" en un sentido lato, en oposición a los vocablos individuales que se registran en el diccionario.

Es necesario, en primer lugar, vislumbrar todo esto y distribuirlo en sus diversas direcciones, para poder luego abordar la ciencia lingüística con preguntas más concretas, a fin de aplicar en sentido pedagógico sus informaciones. A diferencia de las circunstancias que predominan en muchas otras ciencias, como la física, la química, etc., el lenguaje no constituye por cierto nada que llegamos a conocer tan sólo gracias a tal determinada ciencia, puesto que ya conocemos el lenguaje partiendo del contexto de nuestra vida cotidiana. Todos sabemos qué es hablar y qué es una recepción comprensiva de lo hablado. Y es precisamente esta comprensión del lenguaje dada como hecho inmediato, la que, aunque sólo sea por motivos puramente metodológicos, hemos de tomar como punto de partida.

Se abre así un vasto campo de reflexiones lingüístico-filosóficas en alto grado independientes de las conformaciones específicas que investiga la lingüística, que, por tal razón, deben ser estudiadas *antes* que estas últimas. Se sobrentiende que el filósofo y el pedagogo que recurren a reflexiones filosóficas se ven en la necesidad de acercarse una y otra vez a la investigación empírica y de discutir sus postulados. Sin embargo, para poder proceder así de un modo correcto, han de haber elaborado previamente su propia pregunta. De otro modo corren el riesgo de quedar aplastados bajo la desordenada multitud de conclusiones que los invadirían o bien de ser desviados por ellas hacia una dirección extraña. Asimismo la educación lingüística se vería tergiversada si se la concibiera como

filología aplicada. Por lo tanto, en estas consideraciones provisionales han de surgir en primer lugar los cuestionamientos, que luego habrán de ser investigados en detalle en conexión con la ciencia lingüística.

b) *La dependencia frente a las ciencias lingüísticas.* Al proceder así hay que estar en guardia contra una falsa simplificación. No se trata de que la filosofía tenga que proveer los fundamentos sobre los que luego trabajarán las ciencias especializadas ni de que tales fundamentos, una vez asentados, deban tener un carácter definitivo, de modo que pueda surgir entre filosofía y ciencias especializadas una relación constructiva de orientación unilateral. Semejante relación de carácter unilateral entre las ciencias especializadas y las bases establecidas previamente por la filosofía era fijada de manera diversa en épocas anteriores, particularmente dentro de los sistemas idealistas.

En parte se la estimula aún hoy, pero ya no resulta posible mantenerla. Por el contrario, hemos de reconocer la dependencia de orden fundamental en que se encuentra la filosofía respecto a la labor de las ciencias especializadas. Lo que la filosofía destaca en primera instancia posee sólo el carácter de bosquejo provisional, que puede luego ser confirmado, modificado e incluso refutado por los resultados de la investigación científica especializada. En este sentido pueden salir a la luz conexiones enteramente nuevas e inesperadas, que la fundamentación anterior no preveía y que jamás se habrían tornado manifiestas a través de la reflexión puramente filosófica. Sólo en el marco del proceso mutacional, nunca concluido de acuerdo con su propia naturaleza, al que se ven sometidos hechos recién descubiertos, y en virtud de la subsiguiente reflexión, se realiza el progreso científico. Al mismo tiempo, únicamente dentro de dicho proceso mantiene la filosofía la indispensable franqueza fundamental de su problemática.

Por esta razón nos hemos referido en forma deliberada nada más que a una independencia "de vasto alcance"

de nuestras primeras consideraciones respecto a la investigación especializada lingüística. La "fundamentación" filosófica no debe entenderse como definitiva en el sentido de una construcción que progresa en forma unidimensional. Se trata sólo de una apreciación conductora previa. Con ella se abre la visión sobre los fenómenos que deben ser investigados, se delimita el campo de las investigaciones, se efectúa en cierto modo un inventario de las cuestiones a tratarse, antes de abordar la investigación especializada. Pero la esencia de semejante bosquejo anticipador implica además que no se trata de nada rígido, sino de algo susceptible de modificaciones, capaz de ser rectificado en virtud de nuevos contactos con la realidad. Nos hallamos ante la relación entre la comprensión previa anticipadora con el conocimiento más profundo, ampliado y reafirmado por nuevas experiencias. Nada es definitivo y todo depende de experiencias ulteriores, en particular de nuevos resultados de la investigación lingüística especializada. Permanecemos de tal suerte en el curso necesariamente hermenéutico de toda filosofía. Y sólo dentro del marco de semejante relación ha de entenderse el punto de partida provisional de una "filosofía lingüística sin ciencia lingüística".

c) *El esquema de la construcción.* Tales son los puntos que condicionan la estructura de una fundamentación lingüístico-filosófica como la descrita. No puede ésta partir de las partículas aisladas de la lengua, los vocablos,³¹ y procurar ascender desde éstos hacia formaciones más elevadas, para concluir en una indagación de su uso en las circunstancias de la vida. Debe partir de la totalidad y procurar encontrar el camino hacia las partículas aisladas mediante una creciente concreción. Por lo demás, tam-

³¹ Esta manera simplificadora de expresarse ha de bastar para nuestros fines. El problema no cambia si los vocablos son reemplazados, en el sentido de la lingüística moderna, por los *syntagmas*. Cf. A. Martinet, *Grundzüge der allgemeinen Sprachwissenschaft*. Stuttgart, 1963, págs. 103 y sigs. Esta problemática excede los límites de la presente consideración.

poco es lícito que busque esta totalidad en el plano del lenguaje objetivado. Debe partir de las circunstancias de la vida en las que los hombres hablan entre sí. En ese campo ha de investigar las formas interiores de las modalidades, ya dialógicas, ya monológicas, con miras a su función vital. Con este objeto podemos dejar de lado, por lo pronto, las preguntas respecto al "material" con que en tales casos trabaja el lenguaje, pues la comprensión de estas realizaciones es en alto grado independiente de tales cuestiones.

Sólo después nos ocuparemos de lo hablado propiamente dicho, de aquello que se destaca como formaciones mayores y menores en la corriente del discurso, desde la breve sentencia, como el proverbio, el lema, etc., hasta la más amplia obra poética, y de los medios, el "material", por así decirlo, de que se sirve el lenguaje al configurar tales formaciones. En este sentido podría concebirse además una estructura que contemple tales formaciones en primer lugar dentro de la totalidad, en especial en lo que respecta a su rendimiento en la totalidad de las circunstancias de la vida (pues también ello es posible sin tomar en consideración los medios idiomáticos), para descender luego hacia las palabras singulares y sus ensamblamientos, digamos hacia los "elementos".³² Sin embargo, parece ser más adecuado a nuestra finalidad otro camino, que comienza con el estudio del rendimiento de las palabras —no por cierto en un plano intralingüístico, vale decir en cuanto constituyen eslabones de frases y de contextos mayores, sino en su función destinada a la concepción del mundo y a la interpretación de la vida—, con el fin de preguntar luego acerca de las cuestiones

³² Estas conformaciones idiomáticas, resumidas en un sentido muy amplio como "palabras", han sido tratadas aquí de todas maneras sólo marginalmente. Me he ocupado en forma más detenida de su función vital en el pequeño ensayo *El poder de la palabra: Die Macht des Worts Sprachphilosophische Überlegungen aus pädagogischer Perspektive*. "Neue Pädagogische Bemühungen", vol. 17/18. Essen, 1964. Trato en lo posible de evitar superposiciones.

más generales, acerca del rendimiento del lenguaje en la estructura de nuestro mundo y en la concreción de nuestra mismidad. En dicha construcción no podrá evitarse un cierto matiz de arbitrariedad, pues las partes separadas nunca permiten que se las integre sin ruptura alguna en una edificación progresiva rectilínea.

Forma parte de la naturaleza de un ensayo de esta índole, que en primer lugar esboza las posibilidades, el que haya que renunciar a una utilización sistemática de la vasta literatura especializada pertinente. Sólo en modo ocasional hemos recurrido a alguna que otra contribución que parecía apropiada en cada contexto.³³ Los trabajos fundamentales de Hans Lipps han señalado los caminos en este sentido. Siento el deber de recoger sus pensamientos y preservarlos del olvido.

³³ Como obra auxiliar indispensable indicamos la amplia y erudita exposición de F. Kainz, *Psychologie der Sprache*, 5 vols. Stuttgart, 1941, y sigs., con sus vastas referencias bibliográficas.

PRIMERA PARTE

LAS FORMAS DE LA CONVERSACIÓN

Si la filosofía del lenguaje se propone comprender la función del lenguaje en la estructura de la vida humana, y comprender por otra parte la vida humana desde el ángulo del uso de su lenguaje, es preciso retroceder más allá de las formaciones lingüísticas objetivadas y de sus elementos contenidos en el acervo de vocablos y en la gramática. Hay que aproximarse a la manera en que los hombres se sirven de este medio, vale decir a la forma en que hablan el uno al otro y entre ellos. No es importante en este orden de cosas el aspecto del lenguaje ni su construcción o estructura, sino lo que acontece dentro de ese hablar. Digámoslo con mayor claridad: la esencia del lenguaje no reside en que yo diga a otro hombre una frase, ni tampoco en la forma en que estas oraciones se reúnen en un contexto mayor y en un texto más extenso, sino en la manera en que ese hablar se despliega, se desarrolla, partiendo de la situación concreta de la convivencia humana.

1. EL CAMPO DE LA PALABRA

Antes de que entremos a considerar detenidamente las maneras en que los hombres se tratan mutuamente dentro del lenguaje, corresponde echar una mirada que abarque el entero campo de la palabra, campo en el que la palabra *lenguaje* aparece inserta y donde también se asocia con otras palabras que contemplan una situación de hecho afín desde un ángulo un poco diferente. La discriminación entre las diversas palabras afines en significado es importante, a fin de alumbrar así todo el ám-

bito fenomenológico en el cual el lenguaje se mueve. Introducimos ahora tal orientación, puesto que más adelante difícilmente encontraremos oportunidad para ello. A este campo de la palabra pertenecen ante todo los tres verbos *hablar*, *discurrir* y *decir*, a los cuales se agrega inmediatamente una cantidad de derivados que indican matices, como *llamar*, *clamar*, *gritar*, *charlar*, junto a numerosas otras expresiones dialectales. Se agregan luego los correspondientes sustantivos: *el habla*, *el discurso*, *el dicho*, y también *el llamado*, y una vez más con una plenitud de significados ricamente estructurados, *la palabra*. A este renglón pertenecen luego también las formaciones colectivas: *la conversación*, *la murmuración*, *el rumor*. Más adelante tendremos que ocuparnos asimismo de unos cuantos compuestos de importancia. *El nombre* y el correspondiente verbo *nombrar* nos llevarán hacia un contexto ligeramente diferente.

La apreciación desde la historia de la lengua no parece aportar en este caso ningún indicio esencial. Todas estas palabras forman parte de un antiguo acervo idiomático y, aun cuando la forma fonética sufriera modificaciones en el transcurso del tiempo, se destacan pocas mutaciones de significado que pudieran aportar una ayuda para la comprensión. Podemos limitarnos, pues, a la contemplación del uso idiomático actual.

a) *El habla*. En este contexto, *hablar* significa en primer término el proceso mediante el cual los órganos del habla producen las palabras audibles. El hombre aprende a hablar en la infancia. El hablar puede resultarle difícil, por ejemplo, durante una enfermedad o en un estado de extremo agotamiento. Hay quien habla en voz alta y perceptible y otro que habla en voz tan baja que apenas se le puede entender. También es posible trabarse en una palabra cuando uno no logra la pronunciación correcta o se entromete otra palabra perturbadora. La palabra *hablar* se refiere por lo tanto en primer lugar al proceso como tal, sin tener en cuenta el contenido de lo hablado. Se dice que alguien que pronuncia un discurso

sigue hablando, cuando se quiere expresar el hecho de que no ha llegado al fin de su discurso. Así se lee en un escrito de Varnhagen: "Habló mucho, sin decir mucho",¹ lo que ilustra nuevamente cómo el hecho del discurrir se diferencia de su cumplimiento intrínseco, pero la palabra hablar también puede referirse al contenido. Se habla de algo o sobre algo. Hablando se puede expresar algo que antes se había callado. Se puede hablar entre varios sobre una cuestión. Alguien está disponible para hablar con otro cuando se ocupa de su cuidado y en ciertos casos, por ejemplo como médico, puede establecer determinadas horas de consulta para hablar con sus pacientes. También se dice que alguien habla bien o mal de otras personas. Y así el hablar es una actividad mediante la cual uno se dirige a otro hablando, y de ello surge y se desarrolla luego la conversación como proceso del hablar los hombres entre sí. Al dar alguien "su palabra" surge de modo acentuado la promesa de algo que uno está obligado a cumplir en determinado momento. En este contexto se ve colocada finalmente la amplia noción de lenguaje.

b) El *discurrir*. Hacia un contexto diferente conduce la palabra *discurrir*. A este respecto tal vez resulte útil señalar que el discurrir, derivado del sustantivo discurso, procede en primer lugar del ámbito jurídico-político. El discurso es en sus comienzos la cuenta que uno rinde ante un tribunal. Se discurre para dar cuenta de algo y también para pedir cuentas a alguien. Aun cuando la palabra se aplica hoy en un sentido más general, en muchos de sus giros resuena todavía su procedencia jurídica. De acuerdo con esta procedencia, el discurso viene a ser algo así como una exposición idiomática coherente en general sin que envuelva ahora el sentido de una res-

¹ *Trübners Deutsches Wörterbuch*, editado por A. Götze. Berlín, 1939 y sigs., así como también los demás diccionarios de la lengua alemana han sido consultados con frecuencia en lo que sigue.

ponsabilidad. Uno pronuncia un discurso, siendo el orador el que discurre. Lo que capacita para ello es la locuacidad. En ocasiones puede desarrollarse una asombrosa avalancha o corriente discursiva. Pero también se puede discurrir acerca de algo que no merece el discurso. A menudo apenas puede discriminarse entre hablar y discurrir. Se habla o se discurre acerca de algo. Uno también admite el discurso del otro cuando no se empecina en su propio punto de vista. Pero también se dice: a éste le resulta fácil hablar, cuando se trata de discurrir sobre un asunto que no le toca directamente. Así surge el mero hablar o discurrir, el discurso vacío, sin contenido, y se desarrolla, por consiguiente, en un sentido peyorativo, el palabrerío irresponsable, la habladuría, el chisme (como asimismo el rumor). Aun cuando se considere al lenguaje en un sentido general como una capacidad de hablar, el discurso no deja de ser, con todo, expresión de un contexto determinado, pronunciado aquí y ahora. Así existe por cierto una aptitud para hablar, pero un talento para discurrir. Existe un lenguaje afectado, pero un discurso alimentado por el arte y la tendencia al efecto. Existen determinados giros discursivos, estilos de discurso, etc., que constituyen siempre formas del discurso hablado. De tal modo, si bien es posible hablar entre dos o varios, discurrir se puede únicamente en forma individual y en presencia de oyentes. Sin duda no es necesario que nos ocupemos aquí de diferencias más sutiles, aun cuando los deslindes en el uso idiomático difieren mucho localmente, según las comarcas.

c) El decir. Cosa diferente es el decir. Mientras que el discurrir y el hablar pueden emplearse en un sentido absoluto, esto es, para indicar simplemente una actividad sin prestar atención al contenido de lo que se discurre o se habla, el decir requiere siempre la indicación de un contenido. Siempre se dice algo que, por lo general, se añade mediante una oración que comienza con que, o bien mediante sentencias indirectas. Cuando en una

página de Rilke leemos: "Díle (al ángel) las cosas",² donde aplica un acusativo directo, esto implica un viraje acentuadamente duro respecto al uso común del lenguaje y sólo es admisible dentro del lenguaje poético. Tener algo que decir significa luego tener una opinión pertinente sobre el asunto respectivo. Cuando ya no se tiene nada que decir significa que uno ha llegado al término de su exposición, que ha agotado sus argumentos. Por otra parte, mientras se habla con alguien, lo que se dice se dirige a ese alguien. Esto implica una más fuerte direccionalidad unilateral hacia el otro. Con ello se da un paso fuera de la reciprocidad de la conversación. Lo dicho viene a ser más que una mera comunicación y casi está a punto de transformarse en una orden. En este caso, tener algo que decirle a alguien equivale a tener que ordenarle algo, y el otro admite entonces que se le diga de esta manera, vale decir que acepta las directivas. A la inversa también se oye: éste nada tiene que decirme, no tengo por qué aceptar órdenes de él.

Lo dicho designa siempre una determinada objetivación de hechos; se habla de la "cosa dicha", y ésta denota siempre cierto carácter objetivador y pretende hasta cierto punto ser tomada como cosa definitiva. Si bien es posible discurrir y hablar durante largas horas y hablar también en torno a algo, eludiendo, con muchas palabras, una decisión clara, sólo se puede decir algo de un modo directo, y cuando está dicho, asunto concluido. Así se dice algo que implica una promesa o una negativa, etc., lo cual tiene siempre algo que compromete y que no poseen los otros vocablos del cotejo que hemos propuesto. "Ya te lo dije una vez" es una frase que involucra una recriminación, pues significa: no has querido escucharme, no lo has tomado en cuenta.

Así existe lo decible y lo indecible, pero ningún opuesto correspondiente en el caso de los verbos hablar y discurrir. Existe por cierto también lo impronunciable cuando se habla, pero esto tiene otro sentido: es impronunciable

² R. M. Rilke, *Gesammelte Werke*, vol. 3, pág. 300.

lo que bien podría decirse, pero no se debe pronunciar; indecible en cambio es aquello que se sustrae a la posibilidad de la expresión idiomática. En tal sentido debe entenderse la máxima *Individuum est inefabile*: el individuo no es expresable en absoluto con medios idiomáticos.

Aquí hemos de mencionar como sustantivo también la *saga*,* que primitivamente significaba lo dicho en general, lo que se decía, aunque luego fue estrechándose este significado en el sentido de una información no garantizada, a diferencia del hecho histórico.

d) *La palabra*. En otra dirección nos encamina la palabra. Resulta significativo que en este caso se trata de un sustantivo, con el cual no se coordina ningún verbo.³ Ello señala que el hablar y el decir son actividades capaces de continuar al infinito, pero que en la palabra, en cambio, ya se nos presenta siempre un determinado resultado. He aquí la palabra definida, expresa. Es notable que la palabra "palabra" tenga —sin duda en diversos idiomas— un singular doble significado. Representa en primer lugar la palabra individual tal como queda registrada en los diccionarios: la última y más simple partícula de la lengua (que en su forma escrita se diferencia de otras palabras aun exteriormente y marcando distancias). La palabra es así la más pequeña unidad semántica, indivisible, dentro del contexto significante de la oración. (Cuando se sigue desintegrando la palabra en sílabas y letras ya se sale del contexto significante del lenguaje y se pasa a partes integrantes que en sí mismas carecen de sentido.)

Pero la *palabra* tiene otra significación más (y sin

* En alemán Sage, leyenda o saga, que deriva precisamente del verbo *sagen*, decir. (N. del T.)

³ L. Weisgerber, *Der Begriff des Wortens*. "Festschrift für F. Sommer", 1955, págs. 248 y sigs. *Das Wort in der Welt als Sprachliche Aufgabe der Menschheit*. "Sprachforum", año 1, 1955, págs. 10 sigs. *Die vier Stufen in der Erforschung der Sprache*. Düsseldorf, 1963, págs. 19 y sig., 22 y sigs.

duda más primitiva). Es la palabra dicha, el *dictum*, la palabra pronunciada en determinada ocasión, que en tal caso se compone de varias e incluso muchas palabras. Así en un debate uno pide la palabra cuando piensa que tiene algo que decir en lo que respecta a alguna cuestión discutida, y se le concede la palabra. Si alguien tiene la palabra, eso quiere decir que tiene el derecho de hablar en ese momento. Al designar como palabra lo que se ha dicho en determinada ocasión se quiere decir que no se trata de una vacua charla, sino que en tal palabra se ha condensado el sentido del discurso en una configuración destacable que, una vez pronunciada, permanece, que es transmisible en su forma dada y vale como pauta en un futuro. En este sentido la palabra que se le da a otra persona es la palabra de honor. Pero también se entiende así la palabra poética, la palabra aforística, etc. Así, se habla de la "palabra de Dios", de la que Lutero exige: "La palabra que ellos deben dejar intacta".⁴ Se ha intentado establecer una discriminación entre estos dos significados de la palabra "palabra", aplicando al primero de ellos la definición de vocablo o voz, y al segundo la de palabra en un sentido más lato. Pero esto implica una regulación bastante artificial, y el uso lingüístico natural continúa siendo vacilante. Ello parecería indicar que las dos acepciones son en verdad difícilmente separables y que más bien se asocian de modo estrecho. En todo caso, la palabra es lenguaje condensado, configurado, y elevado de este modo por encima de la corriente del tiempo. Tiene así el carácter de lo que queda establecido de una vez por todas. La palabra es algo firme. De ahí que también pueda decirse: "De una palabra no puede quitarse ni jota".⁵

La palabra es siempre aquello a lo que le han conferido la palabra. Y muchas cosas en el dominio humano no obtienen la palabra, esto es, quedan en *lo* indeciso. La

⁴ M. Luther (Martín Lutero), Obras completas, vol. 56. Francfort del Meno y Erlangen, pág. 344.

⁵ J. W. Goethe, *Faust I*, Gedenkausgabe, ed. E. Beutler. Zürich, 1949, y sigs., vol. 5, pág. 202.

palabra es siempre lo que mediante una configuración determinada se destaca por sobre la corriente de la vida. Es lo una vez dicho y que ya no admite retractación. Sin embargo, esta firmeza alberga simultáneamente un peligro, pues debido a ella la palabra puede apartarse relativamente del sentido de lo dicho. Se puede recurrir a numerosas palabras, también a palabras vacías. Toda la generación del lenguaje tiene su origen en esta característica de la palabra. Y viceversa, tomar algo al pie de la letra puede significar sin duda: adherirse a la forma externa de la palabra y errar así la comprensión del sentido a que se aspira. Las hazañas de algunos humoristas, juglares de la palabra, se basan en gran medida en la incitación a tomar literalmente lo que se dice, de un modo que desfigura el sentido. De esta inseguridad surge la necesaria tarea, relacionada con la esencia misma del lenguaje, de interpretar correctamente lo que se dice. Con el lenguaje se da simultáneamente el problema de la interpretación, cuya importancia va en aumento en la medida en que lo que se dice llega a objetivarse en forma escrita.

De la palabra deriva finalmente la palabra que responde.* Responder significa en primer lugar levantar la voz frente a lo que dice el otro y es asimismo un vocablo que ha surgido en el ámbito jurídico. El acusado debe responder al acusador. Así se desarrolla ya tempranamente el significado generalizado de responder o contestar, mientras que el significado original de la palabra se ha conservado en la voz responsabilidad, ante todo en el giro verbal: hacerse responsable, o sea justificarse ante alguien.

e) El *nombre*. Finalmente hay que considerar como último eslabón en este campo de la palabra los vocablos *nombre* y *nombrar*, que ya conducen a reflexiones especiales. El nombre es en primer término el nombre propio que llevan el hombre o una determinada localidad, una

* En alemán, *Wort* = palabra, *Antwort* = respuesta. (N. del T.)

montaña, un río o una ciudad. Lo que todavía no tiene nombre, el hombre recién nacido, la ciudad recién fundada, la isla que acaba de descubrirse en un viaje de exploración, etc., puede luego recibir el nombre que se le da. Se lo llama de tal o cual modo, y llamar o nombrar quiere decir primariamente: dar un nombre. De acuerdo con el nombre, se "llama" en adelante el hombre, la ciudad, etc., respectivamente. Y tratándose de algo que ya tiene nombre, nombrar quiere decir mencionarlo con su nombre. Así, en una información periodística se nombran los nombres de las personalidades reunidas en determinada ocasión.

Atengámonos por lo pronto a lo que significa el nombre propio de una persona. No sirve sólo para referirse a un hombre determinado cuando se habla de él con un tercero, sino que se lo utiliza al dirigirse uno directamente a él, cuando se llama a ese determinado hombre en medio de una multitud anónima, en un aula de enseñanza, por ejemplo, cuando es necesario amonestar a un alumno o bien encomendarle determinada tarea, digamos la traducción de un texto. El nombre adquiere entonces carácter de llamada, de apelación, o mejor dicho: aquí queda todavía algo del carácter apelativo que el nombre poseía en su origen, y así lo sentimos. "Me has llamado por mi nombre" significa ni más ni menos que: has dirigido tu requerimiento, tu reclamo, directa y personalmente a mí. Todavía puede reconocerse en este hecho el poder original del nombre. Recuérdese que también en la palabra *llamar*, en su sentido de llamar a cumplir algo, aparece implícito esta suerte de dominio sobre el otro hombre. Llamar significa en este caso inducir a alguien a hacer algo, darle una orden. Sentimos todavía por doquier una fuerza primaria contenida en estas palabras.

Si luego se oye decir que el hombre "se hace un nombre", el nombre es en este caso más que la mera designación de un individuo. El nombre adquiere entonces un cariz distintivo. No cualquiera posee un nombre en este sentido. Hace falta conseguírselo en virtud de realizacio-

nes especiales. Se suele expresar así una cierta fama. Así el nombre llega a "sonar" de cierto modo especial (lo que no equivale todavía a cuando un nombre se convierte en una designación prototípica).⁶ En este contexto se superponen a menudo nombre y *llamado*. Llamar es en primer término clamar, o sea producir fonemas breves pero fuertes, con la intención de dirigir la atención hacia algo determinado. Existe así un llamado al combate, un llamado destinado a despertar, un llamado jubiloso, un llamado que es una exclamación que alienta o que advierte, etc. El llamado se distingue del mero grito por el hecho de que se lleva a cabo en formas articuladas del habla. En particular, llamar a alguien quiere decir dirigirse a él de un modo acentuado, dirigirle el llamado para pedirle que se acerque. Se le llama pronunciando específicamente su nombre y resulta siempre incómodo tener que llamar a alguien cuyo nombre se desconoce. Es digno de notarse en este contexto que el llamado, de modo muy similar al nombre, implica entonces el que una persona sea conocida. Aun donde no se la conoce personalmente, su nombre o renombre se le adelanta. Ese nombre, por cierto, no tiene por qué ser siempre un buen nombre. También existe el mal nombre, de cuya posesión uno puede ser culpable o inocente.

2. PRIMERAS DISCRIMINACIONES

a) *El lenguaje como conversación*. Con este trasfondo retomamos ahora la cuestión acerca de las formas del trato humano mediante el lenguaje. Denominamos esta modalidad del hablar unos con otros, inicialmente, y en forma provisional, como *conversación*. Así como el prefijo *con* denota en la mayoría de los casos una forma de unión, de interrelación, como, por ejemplo, en congrega-

⁶ Con respecto al nombre, cf. en general H. Ammann, *Die menschliche Rede*. "Sprachphilosophische Untersuchungen". 1ª parte: *Die Idee der Sprache und das Wesen der Wortbedeutung*. Lahr i. B. 1925, especialmente págs. 47 y sig., 66 y sigs.

ción, consideración, conjunto, etc., también la conversación (o el coloquio) tiene el significado del hablar conjuntamente. En cierta ocasión leemos en Hölderlin: "Desde que somos conversación y uno escucha al otro".⁷ Esta sentencia que Heidegger recogió en su oportunidad en un momento significativo, adquiere, considerada correctamente, una característica fundamental. Conversación no significa aquí un mero medio de comunicación. La frase tampoco quiere decir que ocasionalmente los hombres se traban en conversación, sino que "son" conversación, tal como (en la ceremonia de la "Celebración de la paz") pueden esperar superarla convirtiéndose en canto, "concierto de canto"; en su ser más íntimo son los hombres determinados por su hablar entre sí. Destacando este carácter, puede decir luego Heidegger, desde la mira del lenguaje: "Conversación... no se limita sin embargo a ser sólo una forma de realización del lenguaje, sino que únicamente en cuanto conversación es esencial el lenguaje".⁸ A este respecto pueden a su vez diferenciarse entre sí formas muy diversas mediante las cuales los hombres se unen en conversación. Por el momento estamos tratando de formas de la conversación. Es necesario antes que nada reconocer éstas en toda su multiplicidad, como punto de partida para penetrar en su esencia más profunda.

b) *Poética y retórica*. En el gran conjunto de formas de hablar unos con otros y unos a otros existen únicamente dos dominios en los cuales se desarrolló ya muy temprano una indagación científica. Son la poética y la retórica, que ya se desarrollaron en la antigüedad griega y continúan haciéndolo con cambiantes peripecias hasta el presente. La primera trata del lenguaje en la poesía, vale decir del dominio peculiar del lenguaje poético y, como tal, constituye un ámbito parcial de la estética ge-

⁷ Hölderlin, *Friedensfeier*, editado y comentado por F. Beissner. Stuttgart, 1954, pág. 10.

⁸ M. Heidegger, *Erläuterungen zu Hölderlins Dichtung*. Frankfurt, 1951², pág. 36.

neral. Aquí no hemos de ocuparnos de ese ámbito en particular. Es suficiente haberlo señalado con el fin de clarificar el cuadro. La segunda es la teoría de la disertación o el discurso público, que tuvieron gran importancia en la vida pública griega y romana. Esta ciencia casi se ha extinguido hoy. No obstante, hasta ahora ninguna de las dos ha sido incluida en el ámbito de una filosofía lingüística abarcadura. Es más, parecería no haberse notado del todo que se trata de partes integrantes de una problemática lingüístico-filosófica amplia y que sólo dentro del marco de tal filosofía pueden ser consideradas adecuadamente.

No es casualidad que estos dos dominios hayan sido tratados primero como teorías. El hecho de que las más elevadas y diferenciadas realizaciones de un desarrollo espiritual sean las primeras en tornarse problemáticas, requiriendo un cuidado específico y atrayendo así la atención, obedece más bien a una ley general. Parecería que los fenómenos más simples pueden darse por sobrentendidos, y hace falta un particular giro en el punto de vista para llegar a incluirlos en el ámbito de las consideraciones teóricas. Sin embargo, su importancia no es menor, sino al contrario, ellos son los fundamentos de los cuales emergen luego como culminaciones las realizaciones superiores. Pero por más que éstas, debido a su específica perfección, atraigan sobre sí la mirada, no por ello han de ocultar la percepción de que son excepciones y de que la mayor parte de lo hablado se manifiesta "por debajo" de este plano y que sólo desde allí pueden concebirse las realizaciones superiores. Por esta razón nuestra atención se dirigirá en primer lugar a estas formas simples.

c) *Las formas simples del habla.* A fin de no pasar por encima de las formas más simples del habla, mediante las cuales los hombres se sirven del lenguaje en su vida cotidiana, tal vez sea ventajoso tratar de observar cuidadosamente todo lo que un hombre habla en el curso de un día. En general no se trata siquiera de oraciones completas, como lo piden los gramáticos, y menos aún

de configuraciones mayores y coherentes, sino más bien de aislados fragmentos de frases y palabras, que les sirven a los hombres para entenderse mutuamente en la convivencia y la colaboración. Los gramáticos encuentran para ello la siguiente explicación: lo que se sobrentiende en una situación dada, no requiere ser especialmente dicho. Si, por ejemplo, en la ventanilla de una estación ferroviaria, pido "Stuttgart, dos de segunda", no tengo por qué añadir que se trata de dos pasajes de segunda clase que quiero comprar. Así la palabra "¡agua!" puede significar varias cosas según la situación dada, ya sea que quiero beber algo, ya sea que estoy diagnosticando un líquido hasta ahora desconocido o bien que durante una perforación he llegado a una capa de agua, etc. Y así ocurre siempre según los casos correspondientes. La palabra rellena en cada caso los lugares abiertos que no quedan indicados por la situación misma. Únicamente por razones de cortesía se reemplaza en muchas ocasiones esta forma simple por otra más rica.

Al respecto hay que distinguir también entre las diversas formas simplísimas de la comunicación idiomática. Así ya desde el punto de vista gramatical percibimos la separación entre pregunta, orden y declaración. La multiplicidad de las formas reales, empero, es mucho más vasta y excede lo que llega a expresarse en la gramática. La forma más nítida que se destaca es la de la pregunta. Pero ni siquiera ésta es forzosamente reconocible debido a su formación gramatical. Puede expresarse perfectamente en el simple tono de la voz, puede sentirse hasta en una simple vacilación, puede estar contenida en el contexto de una conversación sin que se la enuncie o se la exprese del todo. Por otra parte, una pregunta puede cobrar una forma cortés ("sería usted tan amable..."), lo que en realidad implica un deseo o un ruego. En este sentido podría desarrollarse una vez más toda la escala de derivaciones desde la orden tajante, pasando por el deseo y el tácito ruego, hasta la proposición que a nada compromete. Lo más difícil es hallar lo que idiomática-mente parecería ser lo más simple: la sencilla declara-

ción (indicativa). Ésta parece no existir del todo en forma independiente. Tal vez se la encuentre en su forma más pura sólo como respuesta a una pregunta. Pero en este caso su condición como tal obedece ya a un nexo más complejo.

d) *El hablar monológico y dialógico*. Si, por lo tanto, se desea discriminar entre las diversas formas del hablar, no se debe partir de la forma idiomática; pues ésta puede engañar y será mejor remontarse más bien hasta la función que debe cumplir lo que se dice dentro de la totalidad de la convivencia humana. Así se nos brinda en primer lugar una discriminación entre las formas dirigidas en *un solo sentido* y las *dirigidas en sentido recíproco* del hablar. En el primer caso uno habla al otro sin que ello requiera una retroexpresión idiomática del interpelado. En el segundo caso importa precisamente la reciprocidad del hablar que va y viene. Para disponer de una denominación simple, podría denominarse también a estas formas como *monológicas* y *aiológicas*, con lo cual por cierto se produce una ligera desviación del uso idiomático común. Mientras que comúnmente se entiende como monólogo el acto de hablar el individuo para sí mismo, que es en el fondo sólo una manera de pensar en voz alta (tal como cumple su función en el teatro, pero que en la vida real tiene un efecto ridículo), en este caso denominamos monológica, en el sentido riguroso de la palabra, una forma de hablar que tiene lugar dirigiéndose a otros y delante de otros, pero siendo uno solo el que habla, mientras los demás se conforman con el papel de oyentes, de receptores. Dialógico sería por consiguiente un hablar en el cual varias personas se desempeñarían alternativamente con igualdad de derechos.

Pertencen a las formas monológicas, por ejemplo, la orden o la exhortación. También estas formas requieren en cierto modo una respuesta, pero tal respuesta no se lleva a cabo en forma idiomática. Si le digo a alguien: "¡haz esto!" y él lo hace, cumple con ello mi pedido. Hans Lipps llamó la atención sobre esto bajo el título

de "Relatividad del decir". "Si uno quiere algo de otro, el otro le corresponde en la medida en que acoge sus palabras y se guía por ellas en su praxis."⁹ "Aquello que da a conocer la palabra, se ejecuta."¹⁰ Y así el proceso llega a su término claramente definido. La expresión idiomática surge de una situación de la vida; ha cumplido su destino al lograr su objetivo. Algo parecido sucede también con la pregunta. No bien encuentra una respuesta clara, el asunto está concluido y ya no hay nada más que agregar.

Para ello rige ciertamente una premisa: que esta conclusión sea en verdad claramente reconocible. En los casos en que la ejecución de una orden se proyecta hacia el futuro, quizá no sea preciso reiterar la orden literalmente y en estilo militar, pero es necesario que aparezca alguna señal de asentimiento y de comprensión para que la palabra no se pierda en el vacío. Esto tiene al mismo tiempo validez general: no sólo es descortés tomar calladamente nota de lo que expresa otra persona, sino que se infringe el sentido de la comunicación hablada cuando se deja al otro en lo incierto, sin que sepa si se le ha comprendido o si se está de acuerdo con él. De modo que también estas formas de hablar aparentemente unidireccionales reclaman en el fondo que la palabra del otro salga a su encuentro. Y así surge luego la conversación.

Junto a estas formas simples del hablar monológico existen también otras más elevadas, y acaso sólo en éstas encuentre el carácter específicamente monológico su despliegue cabal. Parcialmente se desarrollan estas formas en el marco de la situación dialógica como interrupciones momentáneas, y en otras ocasiones también pueden separarse por entero de tal situación. Pertenecen a esta última parte del género el informe, la narración, la disertación o el discurso. Ninguna de estas formas requiere una respuesta idiomática, salvo tal vez alguna pregunta complementaria, y bastante a menudo el intento de una discusión después de una conferencia sólo crea una situación

⁹ Lipps, HL, pág.

¹⁰ Lipps, HL, pág. 31.

penosa, incómoda. Sin embargo, todas ellas reclaman alguna manifestación, aunque sólo sea un ligero aplauso en señal de una acogida correcta.

3. LA CONVERSACIÓN CASUAL

Conviene dejar de lado, por el momento, estas formas superiores del hablar monológico, a fin de proseguir primero la observación del proceso mediante el cual el hablar va desarrollándose con miras a la conversación cabal, vale decir dialógica. Ya hemos insinuado que incluso las formas monológicas breves tienden a obtener la respuesta de una palabra que venga a su encuentro, con lo cual se evita un final abrupto y la manifestación unilateral halla una resonancia conciliatoria. Aquí se introduce lo que Lipps designó en el pasaje citado, con una expresión tal vez no del todo feliz, como "relatividad del discurso": la palabra de un hombre requiere ser acogida por otros hombres con una palabra que le dé continuidad. "Tan sólo en la conversación se corresponden —en el sentido propiamente dicho de esta palabra— uno con otro, en la medida en que la marcha de semejante conversación tienda a que la palabra de uno sea recibida por otro, continuada, devuelta." ¹¹ En conexión con Löwith ¹² se refiere Lipps a una respuesta, viendo una diferencia entre respuesta y contestación en el hecho de que la primera no se dirige en contra de lo dicho, sino que más bien lo continúa en una libre asociación. En este punto podemos asociar nosotros nuestras palabras a las ideas de Lipps que señalan el buen rumbo.

a) *El trámite de la conversación.* Con el fin de investigar tales circunstancias, comenzaremos una vez más abordando las breves expresiones con las que a menudo se pone en marcha la conversación. En su mayoría, tales

¹¹ Lipps, HL, pág. 31.

¹² K. Löwith, *Das Individuum in der Rolle des Mitmenschen*. Darmstadt, ²1962, págs. 106 y sigs.

expresiones tal como se emplean en la vida diaria no permiten que se las encuadre sin más entre las formas básicas preparadas por la gramática. Sólo son inteligibles si se parte de su función dentro de una situación conversacional. En este sentido observamos, por ejemplo, las formas idiomáticas de saludo y despedida, como "¡Buen día!" y "¡Hasta la vista!" De acuerdo con las formas lingüísticas directas se trata de deseos abreviados. Sin embargo, no se las comprendería del todo correctamente si se las tomara por deseos. Nadie piensa en un deseo al usarlas, como tampoco se piensa en una pregunta cuando se dice "*How do you do?*" En cualquier idioma puede sucederle a uno que alguien lo mire con asombro cuando da una respuesta ponderada y precisa a la pregunta: "¿Cómo le va?" Sin embargo, no es lícito tomar ese desvanecimiento del significado como mera inadvertencia. Son formas que cumplen una determinada función comunicativa: ellas entablan el contacto con la otra persona, como también interrumpen luego ese contacto. Les corresponde esta función no sólo en ocasión de encuentros y separaciones espaciales, sino que también la conservan cuando la proximidad espacial es duradera. Así existe el despedirse cuando uno se acuesta a dormir, ya que al dormirse uno se retira a la soledad, y asimismo el saludo matinal, en señal de retorno hacia la vida en común.

Cosa parecida sucede con las predilectas manifestaciones acerca del tiempo: "¡Lindo día el de hoy!" o bien: "¡Tiempo horrible!" Sólo en rarísimos casos, por cierto, pueden tales giros tener el sentido de una comunicación, puesto que aun sin ella el interpelado tiene los hechos claramente a la vista. Tales manifestaciones parecen, pues, enteramente superfluas. ¿Por qué entonces se sirve uno de ellas con semejante delectación? Su función real es una vez más la de entablar el contacto humano. Mediante estos giros se sale uno de su ser-para-sí y se asegura una mancomunidad al responderle el otro con su asentimiento. La función comunicativa es por lo tanto diferente de la que se expresa en la forma lingüística inmediata. Por eso este ejemplo insignificante resulta apto

para aclarar el carácter general de una situación, de conversación. Y se convierte así en un interesante caso modelo lingüístico-filosófico.

Un ejemplo muy hermoso de semejante toma de contacto dio cierta vez Kainz: "Un grupo de gente se encuentra de pie, con tiempo malo, en el andén desprotegido de una pequeña parada a la espera del tren que no termina de llegar. Entonces uno de ellos se desata en improperios contra la maldita vagancia, negligencia, etc. Los otros en seguida le hacen coro. En este caso, ninguno de ellos tiene nada que comunicarle a los demás, pues lo que forma el contenido de lo dicho lo ha advertido tanto el oyente como el que habla. La manifestación del habla está aquí puramente al servicio de la descarga, que en este caso se ve reforzada por el eco del coro".¹³ Kainz habla de un "monólogo comunitario", Ammann de un "habla coral".¹⁴

Esta situación es muy significativa, pero no creo que su presentación muestre todo su alcance si se la interpreta como monólogo comunitario y se considera que su sentido solamente tiene que ver con la descarga del afecto acumulado. Todo esto entra en juego. Pero es esencialmente otra cosa, por ejemplo, si el individuo da libre curso a lo que siente blasfemando a media voz sin obtener un *crescendo* gracias a la comunidad. No se trata aquí sólo de un hablar mancomunado, dentro del cual el individuo se disuelve en el "coro", sino acentuadamente de un hablar recíproco en el cual uno le habla al otro. El primero se dirige al otro con su observación. Pretende una confirmación. Mas ¿para qué una confirmación si el hecho es evidente? Lo que requiere es más bien una confirmación de su derecho al enojo. Y de este modo entra en la mancomunidad que hace que las adversidades sean más soportables. No pasa de ser un motivo para entablar conversación. Mientras que en otro caso los hombres habrían permanecido extraños entre sí, la situación in-

¹³ Kainz, *op. cit.*, pág. 187.

¹⁴ H. Ammann, *Die menschliche Rede*. 2ª parte: *Der Satz*. Lahr i. B., 1928.

grata rompe la reserva con que mutuamente se observaban. Se ha roto el hielo y hay un acercamiento. Y esto tendrá su efecto posterior si al día siguiente vuelven a encontrarse, en el camino habitual hacia su trabajo, por ejemplo. Se saludarán como viejos conocidos. Ya hay unión entre ellos.

Por supuesto, no es posible dar el nombre de verdadera conversación a este acto de desatarse juntos en improprios y, en general, no surgirá fácilmente una verdadera conversación cuando reina mal tiempo. Pero con tiempo más favorable o más tarde, ya en el vehículo seco y templado, puede entablarse la conversación, tal como suele decirse que una palabra trae a la otra. Y bien pronto, sin saber uno cómo ha sucedido, se habla ya de otros asuntos muy alejados del motivo inmediato.

Es así como una conversación puede desarrollarse por sí misma. Se entabla conversación también con una persona extraña y sin que uno lo haya querido. El otro ha recogido una observación de tanteo que uno lanzó, luego el primero pudo asociar algo con lo que dijo el segundo, ha surgido un interés mancomunado, tal vez sólo un interés fugaz, momentáneo. Uno entra "en" conversación, penetra en ella o, mejor aún, es arrastrado dentro de ella. No se trata de una actividad, sino a lo sumo de un acto de conformidad con una conversación. Uno se adhiere, aunque también puede impedir la conversación negando su adhesión. Ni siquiera hace falta para ello que uno se mantenga en silencio, con terquedad. Se puede dar una respuesta amable a toda pregunta, pero esa respuesta es tan clara y definitiva que al otro le queda cortada toda posibilidad de continuar el hilo de la conversación. Esto puede estar motivado por una carencia de disposición a conversar, pero también puede causarlo la pura ineptitud. Sería necesario que el primero lanzara una nueva pregunta para caer eventualmente en el mismo fracaso. Forma parte de la conversación el que la palabra de uno deje cierta apertura para que el otro pueda emitir la suya, brindándole así el primero la posibilidad de una continuación. Para ello hace falta una mutua y paulatina

adaptación. Entablar una conversación equivale siempre a ingresar en algo que se tiene en mancomún. Mancomunadamente se hallan los participantes enclaustrados en el envolvente cascarón de la conversación, que va formándose por sí mismo.

También se puede entablar una conversación intencionalmente. Existen puntos de partida predilectos para la conversación, como la pregunta por el tiempo, de la que ya nos hemos ocupado. Hay quienes poseen una peculiar habilidad en este sentido, otros, en cambio, se muestran asombrosamente desvalidos. Precisamente observando estos puntos de partida puede seguirse perfectamente la forma en que se realiza la función conversacional. Alguien deja "caer" una observación y contempla cómo el otro la "recoge". Y cuando la recoge, el primero utiliza la respuesta en el sentido de estrechar la relación. La palabra enlazar o "anudar" ilustra bien este proceso. Tal como se hace el lazo de un nudo, se va tirando de los hilos de la conversación para estrechar más y más su trama. El tema del que se habla es en este sentido más o menos indiferente. No se pretende aclarar ninguna cuestión, tampoco se pretende llegar a una resolución. Lo que sí se pretende es el mutuo acercamiento. "Los hombres llegan a conocerse mutuamente a raíz de una presentación. En la conversación hay una recíproca exploración."¹⁵ De ahí la curiosa soltura en el ensamblamiento de ésta.

b) *La conducción del pensamiento en la conversación.* Prestemos un poco más de atención a la modalidad de la conducción del pensamiento. Lo mejor será abordarla una vez más en el caso de la simple pregunta. Allí donde una pregunta encuentra una respuesta clara y definitiva, el asunto está concluido. Esto puede ser cierto en muchos casos. Cuando, por ejemplo, se ha preguntado por un camino, se dan las gracias por la información y se prosigue la marcha como corresponde. Así todo está en orden. Pero

¹⁵ Lipps, HL, pág. 32. En lo relativo a la conversación en general, cf., F. Schleiermacher, *Theorie des geselligen Betragens*. Selección de obras, vol. 2. Leipzig, 1913, págs. 1 y sigs.

de este modo no puede surgir una conversación. Tampoco es preciso que surja en esta situación, pues sólo demoraría innecesariamente al que pregunta en su marcha hacia la meta. Cuando está por desarrollarse una conversación, la respuesta debe llegar a cierta falta de conclusión, que requiere un complemento, digamos en forma de una contrapregunta.

Es importante en este sentido la relación entre pregunta y respuesta, o bien, en términos más generales, entre la expresión que comienza y la que a continuación se genera. Allí donde el interlocutor no hace otra cosa más que continuar simplemente la observación de quien le habla, el coloquio llegaría pronto a su fin, porque se acabaría el tema. Tan sólo un nuevo giro que el que responde logre dar al pensamiento mantendrá viva la conversación. Mas tampoco debe contradecir lisa y llanamente a la observación del otro, pues en este caso se establecería una afirmación contra otra afirmación. La contradicción hace también que la observación inicial gratuita se convierta en una afirmación rígida. Toda afirmación se establece resueltamente. Y entonces no puede desarrollarse conversación alguna. Sí puede surgir otra cosa diferente, o sea una disputa, vale decir una pelea acerca de quién tiene razón con su afirmación. Y esto condiciona una forma totalmente diferente de conducción del pensamiento. Semejante disputa o polémica no puede continuar como una conversación que se prolonga y se extiende hacia imprevisibles horizontes. Toda afirmación se mantiene firme y cerrada en sí misma. De lo que se trata es de quién tiene razón con su afirmación. Y esto requiere un estilo discursivo muy distinto, o sea el aporte de motivos con fuerza de argumento, que alegan a favor de tal o cual afirmación. Esto no resulta productivo, pero conduce a un examen crítico y a una seguridad en las posiciones. Tal disputa puede finalizar en la victoria de uno de los interlocutores, si éste logra persuadir al otro mediante el peso de sus razones. En la mayoría de los casos, sin embargo, se la interrumpe prácticamente sin resultados. Pero aun entonces ha cumplido su función al obli-

gar a ambas partes a reflexionar acerca de la posibilidad de dar fundamento a sus posiciones. La forma científicamente disciplinada y casi artística de semejante disputa es la discusión, de la que nos ocuparemos en seguida por separado. La forma cabal de semejante contexto fundamentador es la prueba categórica,¹⁶ que ya no admite ninguna refutación. Pero con ello quedaría anulada la conversación. Cuando creo estar en condiciones de dar pruebas, ya no hablo más con el otro.

Del todo diferente es la franqueza de lo que se dice en la conversación, y que se extiende hacia un porvenir nebuloso e imprevisible. Este contenido adquiere su verdadera productividad con cada giro inesperado que le ofrece el otro, con cada ejemplo enriquecedor, con el nuevo punto de vista, con el reparo (que no debe confundirse con una contradicción). Y de ello surge el modo de complementarse mutuamente los participantes. La situación de la conversación hace que a alguien se le ocurra algo al respecto, algo que a él solo no se le habría ocurrido. La ocurrencia de uno se enciende gracias a la observación del otro y así sigue el proceso.

Cuando, en cambio, una expresión aparece como algo fijo y concluido, cuando ya en el sentido idiomático se presenta bajo la forma de la afirmación apodíctica y finaliza en un punto, un punto que casi se oye, entonces la conversación ha llegado a su fin. Entonces a uno ya sólo le queda resignarse. He aquí la función del juicio, de la sentencia, no sólo en el dominio jurídico, sino en todos los casos en que alguien, facultado o no para ello, dicta su sentencia, su "dictamen", en un asunto en disputa. Con la sentencia dictada el asunto se da por terminado. Ya no cabe hablar al respecto. A lo sumo ese dictamen puede ser cuestionado. También la sentencia dictada tiene en determinadas situaciones de la vida, perfectamente especificadas, su justificación, y cumple una función necesaria. La cosa se torna difícil, sin duda, cuando alguien en

¹⁸ Cf. Lipps, HL, págs. 46 y sigs., como también K. Giel, *Studien zu einer anthropologischen Didaktik* (tesis de habilitación todavía inédita de la Universidad de Tübingen).

la conversación se arroga, por la forma que emplea al hablar, el papel del juzgador. En tales casos, la afirmación apodícticamente establecida ahoga toda conversación subsiguiente.

Existe, por lo demás, también otra frontera de la conversación, por cuanto ésta presupone siempre cierto grado de participación. Cuando esta última falta, ya sea porque el tema me resulte demasiado indiferente, ya sea que no pueda tomar en serio a mi interlocutor, no podrá desarrollarse ninguna conversación. No puede uno entablar conversación con un tonto. La conversación presupone el encuentro en un plano común para los participantes. Forma parte de la conversación el reconocer al otro y estimarlo en su valor.

c) *El carácter de ocio.* De este modo, sin aspereza, sin autosuficiencia, la conversación suele fluir como por su propio impulso. No se advierte ningún esfuerzo. Desarrolla en ese fluir sus propias leyes naturales. La conversación no se hace, sino que transcurre. Llevada en esta forma la conversación no tiene que alcanzar meta alguna. Descansa en sí misma y se extingue una vez cumplida. Haberse cumplido no significa en este caso haber llegado a un fin y haber obtenido un resultado. Significa que ha agotado sus posibilidades intrínsecas. "La conversación no tiene fin, porque en principio no se sabe hacia dónde va",¹⁷ dice Loch en un trabajo lleno de ideas acerca de "Conversación y enseñanza", del cual tendremos que volver a ocuparnos más detenidamente desde el punto de vista pedagógico. Ahora bien, en la mayoría de los casos, la conversación ni siquiera llega a la mencionada extinción natural, porque se ve interrumpida desde fuera en el momento en que el hombre debe afrontar exigencias más rigurosas. Aquí nos topamos al mismo tiempo con otro pensamiento importante. La conversación es un asunto de ocio. El mundo del trabajo no ofrece espacio para la conversación. Allí la conversación sería un signo de falta de

¹⁷ Loch, op. cit., pág. 652.

seriedad. A lo sumo podrá surgir en tales circunstancias la posibilidad de una conversación aclaratoria condicionada por un objetivo determinado. La conversación como tal sólo puede desplegarse en una atmósfera descargada, liberada de exigencias inmediatas. Así se explican las situaciones típicas que conducen a la conversación: un encuentro en el tren o después del fin de la jornada en la mesa tradicional del café o del bar, en general en todo momento en que los hombres se encuentran en la calle y se detienen juntos, delante de la puerta de la casa o en el zaguán, como suele decirse "con un pie en el estribo". En términos generales: cuando la gente se encuentra por casualidad en el límite entre dos ámbitos de la vida, se entabla fácilmente una conversación. Mucho de lo que se dice, acaso la mayor parte, es casual e insignificante. Y entonces puede desenvolverse a sus anchas el chismerío y la charla vacua. Pero también puede suceder que la conversación aborde cuestiones esenciales de la vida, y entonces es absolutamente imprevisible hacia qué profundidades podrá conducir. Pero siempre conserva un algo de casual en su comienzo y en su continuación.

Y si entonces dos personas penetran hondamente en una conversación seria, puede suceder que aun en circunstancias desfavorables, con viento y lluvia o en medio de una muchedumbre, se sientan enteramente fuera del mundo que los rodea. Más propicia resulta en tal caso, sin duda, una cierta clausura que mantiene alejados los influjos perturbadores. Esto puede darse en ocasión de un prolongado paseo o cuando la gente se visita en sus domicilios, vale decir cuando uno busca al otro sin ningún objetivo específico, sino tan sólo para disfrutar de la paz hogareña o de la cercanía del otro. La conversación presupone una atmósfera acogedora y una benevolente relación mutua. En primer término, el refugio de una casa acogedora es el sitio adecuado para conversaciones profundas.

4. FORMAS DEL HABLAR EN CONEXIÓN CON EL TRABAJO

Con lo que antecede ha quedado en claro que no a cualquier forma de hablar los hombres entre ellos puede llamársele conversación. O dicho con mayor precisión: que entre las diversas formas que en un sentido general se denominan conversación, se destaca una a la que se le llama así en un sentido más acentuado. Y si en último término hemos separado la conversación de la seriedad de la vida, ubicándola en el tiempo de ocio, la afirmación primitiva según la cual la esencia del hombre se manifiesta en la conversación, parecería haberse vuelto cuestionable. Evidentemente se superponen dos nociones de la conversación, una amplia y otra más estrecha. En este punto hemos de discriminar con exactitud, examinando las diversas posibilidades yuxtapuestas y ponderándolas una frente a otra. Al hacerlo así, apenas podemos insinuar la gran variedad de formas que aquí se diferencian, a fin de mantener alerta la mirada frente a las múltiples posibilidades, sin entrar a analizar en detalle ninguna de las formas singulares.

Lo mejor será en este caso partir de las formas lingüísticas de la comunicación, que se presentan diferenciándose de la conversación gratuita que surge en el curso del trabajo. Mientras la labor se lleva a cabo lisa y llanamente, no requiere ninguna clase de complicada comunicación idiomática, a excepción de algún llamado o exclamación o de una breve exhortación, que garantizan el ensamblamiento entre las diferentes realizaciones del trabajo. Pero allí donde la continuidad del trabajo se ve perturbada o escapa a una clara visión de conjunto, se hace necesario retroceder, salir de la actuación inmediata, y entonces se requiere la reflexión mancomunada para decidir cómo superar las dificultades. Se desarrollan así las formas de la deliberación aclaratoria, de la reunión de consejo o de la negociación. Pasaremos a ocuparnos brevemente de estas diversas posibilidades del hablar con-

junto. Dejaremos de lado, por el momento, el desarrollo de estas formas a partir de las situaciones correspondientes, para atenernos sin más a las formas ya configuradas.

a) *La deliberación.* Los hombres se sientan en torno a una mesa para deliberar juntos, cuando se proponen ver con claridad una situación confusa, por ejemplo, cuando durante una labor conjunta han surgido dificultades que impiden su prosecución ordenada, y se hace necesario procurar la eliminación de tales dificultades. Deben eliminarse las faltas de claridad en el asunto mediante una deliberación conjunta. Tales deliberaciones pueden surgir espontáneamente si se paraliza el trabajo, pero también pueden convertirse en una institución permanente cuando se trata de una cooperación organizada a largo plazo. Así existe una deliberación laboral que tiene lugar regularmente y de la que participan quienes colaboran en una obra común; una deliberación situacional de oficiales de Estado Mayor durante una campaña bélica, la conferencia del Colegio de Docentes, etc. En particular seguramente habría que discriminar una vez más diversas formas. La conferencia, o también la sesión, va parece tener carácter oficial. También la orden del día se encuentra en estos casos más concretamente establecida. Sin embargo, el uso lingüístico es vacilante al respecto, de modo que no vale la pena escrutarlo en detalle. Por eso nos referimos en general a tales situaciones hablando de una deliberación, una conversación aclaratoria.

De modo que, a diferencia de la conversación libre, la aclaratoria tiene un objetivo temático. Es definitorio para ella el que disponga de un tema determinado que debe ser discutido, y que además requiera la obtención de un resultado. Esto condiciona la conducción de lo que se habla en la deliberación. Se trata de una energía teleológica desde el comienzo hasta el fin, que determina todo el vaivén de la conversación. Por lo tanto, una deliberación no puede ir extinguiéndose lentamente como una conversación cuando se debilita el interés por el tema. Puede ciertamente quedar interrumpida sin resultado,

en ciertas circunstancias, pero entonces es porque precisamente no ha podido alcanzar su objetivo, no ha cumplido su misión. La deliberación tiene por objetivo el resultado y por eso también es razonable aceptar retrospectivamente aunque sólo sea un resultado intermedio, cuando la deliberación corre el riesgo de confundirse.

El sentido de la deliberación conjunta radica en poder superar la unilateralidad y los prejuicios que embargan a cada individuo, para llegar así a una imagen clara del asunto, ya que desde distintas partes se aporta lo que pueda decirse en pro o en contra de una concepción. Por lo tanto, en la deliberación no existen oposiciones ni se disputan opiniones, sino que prevalece una genuina cooperación. Un individuo hace su aporte, presenta proposiciones, da motivos para la reflexión, etc.; otro recoge su pensamiento, presenta objeciones o bien lo continúa hacia una nueva dirección. Se sopesan posibilidades que luego se abandonan, y así, paso a paso, la cosa se va aclarando.

La ley predominante en la deliberación es la del tratamiento concreto. No cabe aquí ninguna polémica, ninguna clase de susceptibilidades. El que pretenda "brillar" en tales ocasiones, luciendo debidamente su propia capacidad, o quien demora la prosecución con prolongados discursos, está fuera de lugar tratándose de una deliberación, y su actitud se siente como perturbadora. A diferencia del libre torrente de la conversación, en la cual se puede llegar de la centésima hasta la milésima variante, reina en este caso la severa ley del tema, y sólo toma la palabra el que es capaz de contribuir con algo nuevo destinado a la aclaración del tema. Todo lo que se dice está regido por un criterio riguroso: si ello ayuda o no a avanzar en la cuestión. En estos casos el aporte individual se sumerge a tal punto en el proceso progresivo, que a la postre en general ya no se sabe de quién fue la idea decisiva. Únicamente el acta que en tales casos se levanta presenta luego la posibilidad de separar retrospectivamente las contribuciones individuales. Por esta causa, el saber que existirá un acta protocolar (y en grado mayor aún, por supuesto, si hay una eventual grabación magnetofónica)

actúa en contra de la espontaneidad del hablar y frena el efecto que pueden tener las ideas en la conversación. La deliberación se asocia estrechamente con la sesión del consejo consultivo. Más aún, tal vez siempre concluya por convertirse en tal sesión. No obstante, parece haber cierta diferencia, cierto desplazamiento del énfasis, que mueve a señalarlas por separado: se delibera sobre un asunto, sobre una cuestión concreta, y la meta de la deliberación es siempre una clarificación concreta. La sesión consultiva en cambio tiene que ver con una resolución, » una decisión que haya que tomar. Su misión es conducir a la resolución que luego realmente se cumplirá. Esto le confiere una responsabilidad mucho mayor. A diferencia de la serena claridad con que se lleva a cabo una deliberación, predomina en este caso la gravitación de la responsabilidad ante la decisión que debe tomarse, lo que determina con su peso cada palabra que se pronuncia en ' la sesión de un consejo consultivo, ya que cualquier palabra puede contribuir al contenido de la resolución. Esta proyección hacia la decisión que debe tomarse influye también en el *ethos*, que es en estos casos punto de partida de lo que se dice. Quien se empeña tercamente en sostener su opinión perturba la sesión consultiva. Se lo considera con razón como persona extravagante y molesta.

b) *La negociación.* Frente a las formas de la deliberación y de la sesión consultiva, en las que se trataba de recíproca complementación, vale decir de una auténtica colaboración con el fin de llegar a un resultado necesario, se habla de una negociación cuando entre dos partes antagónicas en sus argumentos debe negociarse un asunto litigioso. Así existe una gestión o negociación de la paz, una audiencia o vista en un juzgado, la apertura de un juicio de apelación, etc. En tales casos la intención es llegar a un acuerdo en un asunto litigioso, pero al mismo tiempo cada parte aspira a conservar en lo posible su propia ventaja, reprimiendo la pretensión de la otra. Es voluntad de las partes imponerse en el grado máximo posible, y sin embargo se ven forzadas a restringir las propias pre-

tensiones cuando realmente no quieren poner en riesgo el éxito de la negociación.

Todo esto condiciona la forma del hablar durante la negociación. A diferencia de lo que ocurre en la recíproca y complementaria cooperación de la sesión consultiva, en la cual la ocurrencia feliz de uno significa al mismo tiempo una ventaja para el otro, en este caso uno siempre sólo puede ganar a costa del otro. Para conquistar en este caso una ventaja se trata de mostrar la causa propia bajo una luz adecuada; se alegan argumentos destinados a apoyarla, hasta se echa mano de algún argumento equívoco cuando se piensa que podría producir un efecto promisorio. En este caso persuadir quiere decir llevar al otro, con razones admisibles, a reconocer una opinión como correcta y una pretensión como justificada. E inducir mediante la persuasión significa mover al otro a adoptar una opinión o una actitud, gracias a una pura habilidad en la exposición discursiva: opinión o actitud cuya necesidad no se admitiría al cabo de una tranquila reflexión, ya que a menudo se descubriría que se trata de un ataque contra los propios intereses. La persuasión y la inducción, y también el engaño intencional y el *bluff*, son formas típicas de la negociación.

Esto requiere un determinado modo de motivación. Al principio se manifiesta la intención propia o la propia exigencia, y sólo posteriormente se buscan motivos para aovar en la parte negociadora la exigencia propia. Tales motivos se calculan, pues, únicamente en función del efecto que ejercerán sobre la otra parte. Al respecto constituye también un argumento efectivo la alusión al propio poder, vale decir la amenaza, aun cuando esto sólo se lleva hasta cierto límite. Pues en los casos donde una de las partes es dueña del poder total, se termina la negociación y se produce la palabra dictatorial, a la cual la otra tiene que someterse. Cuando se sigue la negociación, subsiste siempre cierto equilibrio, y por eso el objetivo de la negociación es la conciliación a medio camino, el compromiso.

De esta situación de negociación surge por lo tanto una

modalidad determinada de la exposición, que recurre a fundamentos correspondientes a la actitud opositora, a la voluntad contraria de la otra parte. En los casos en que tal exposición tiene mayores alcances y se despliega formando un contexto idiomático más importante, surge el discurso en el sentido de discurso popular, parlamentario o jurídico, y se nos presenta entonces, por así decirlo, el origen dado por la vida misma, desde el cual se desarrollan esas formas del discursar monológico. El discurso brota de la situación de la negociación en un sentido muy similar al que observamos en la narración, o en general en la creación literaria, cuando ésta brota de la conversación.

c) *La discusión.* En cierta proximidad con el consejo consultivo y más aún con la negociación, vemos a la discusión, cuya definición elaboró Lipps en su *Lógica hermenéutica* como ejemplo particularmente nítido de un habla afilada. Se diferencia ésta de otras formas del hablar unos con otros por el hecho de que en ella no se procura una decisión para la actuación conjunta, sino que se trata de un debate que tiene lugar en el plano teórico. En rigor, sólo debiera hablarse de discusión en el ámbito científico, así como análogamente existe el debate en la vida parlamentaria, y quizá también en un sentido general la argumentación es una cuestión polémica. En la discusión se trata de una tesis, de una afirmación postulada, de un nuevo concepto científico que entre colegas profesionales "se pone a discusión" para comprobar así su validez. En este orden se asumen y se defienden puntos de vista, aunque en determinados casos también éstos se abandonan o modifican. Mientras que en la sesión consultiva ocupa el primer plano el factor del empeño conjunto, la discusión requiere un adversario, frente al cual debe mantenerse firme la propia concepción contra todas sus objeciones. Lipps lo acentúa: "Uno se pone a prueba a sí mismo, vale decir la solidez del propio punto de vista, gracias a un adversario".¹⁸

¹⁸ Lipps, HL, pág. 37.

Por lo tanto la discusión posee un carácter curiosamente belicoso. Lipps destaca el "logos agonal",¹⁹ que determina en este caso la conducción del discurso, esa escaramuza entre razones y contrarrazones. No cuenta aquí el prestigio de la persona o el efecto sugestivo de la persuasión. Lo que vale es únicamente el peso concreto de las razones. El arte de la argumentación llevada sobre una base puramente lógica se ve impulsado en este caso hacia su última perfección. Pero simultáneamente la discusión conserva un aire de juego, que le cuadra muy bien al carácter agonal. El hombre no se mantiene del mismo modo al defender sus afirmaciones, como ocurre, digamos, en una sesión consultiva, cuando defiende sus propuestas. Ciertamente, cuando se le demuestra que son insostenibles, las puede abandonar, sin sentirse molesto por ello. A la par de un pulimento en la forma de hablar, la discusión desarrolla una curiosa suerte de *fairness*. La auténtica discusión sólo puede desplegarse con la verdadera caballerosidad que, a pesar de las fuertes asperezas que surjan en el debate, respeta la condición de igualdad del adversario. Aprovechar en contra de éste una formulación inhábil usada por él por descuido o, más aún, negarle seriedad a alguna de sus afirmaciones poniéndola en ridículo ante los presentes, equivale a una infracción imperdonable de las reglas de la discusión, y es causa de que ésta se anule acto seguido. Pues más allá de la disputa de las opiniones rige el esfuerzo conjunto por obtener la verdad. Tan sólo este esfuerzo promueve la discusión y le confiere al mismo tiempo su *ethos* peculiar, del cual uno no puede desviarse impunemente. Ninguna disputa puede ser más vehemente y más conciliatoria al mismo tiempo que el debate, el intercambio de ideas, en la auténtica discusión.

d) *El desahogo*. Desde otra situación muy distinta se llega al desahogo, al cambio de explicaciones. Prescindiré aquí del significado de la palabra desahogo en el sentido

¹⁹ Lipps, HL, pág. 37.

de desahogarse uno delante de otro, con el fin de esclarecerse a sí mismo y de liberarse de una tensión interior. Retomaremos este aspecto más adelante en su conexión con el factor pedagógico. En la presente ocasión hablaremos más bien de ese proceso comparable a la negociación, en el cual dos personas (o dos partes) se desahogan mutuamente. A diferencia de la negociación, en medio de la cual surgen oposiciones concretas cuya justificación debe sopesarse recíprocamente, se trata en este caso de simples malentendidos que han de eliminarse ("arrojarse afuera") mediante el pedido de explicaciones, desahogo. Presupone por lo tanto la mancomunidad, y trata de restablecerla cuando ésta parece verse amenazada por acontecimientos externos. El desahogo comienza muchas veces en un momento en que cada uno se decide a hablar con total franqueza, con el corazón en la mano, por así decirlo, o sea vertiendo hacia fuera todo lo que ha ido acumulándose en él contra el otro, en forma de rencor. Pero semejante descarga del afecto acumulado a lo sumo puede representar una función preparatoria, al producir una atmósfera liberada y limpia y señalar al mismo tiempo con toda claridad hacia dónde va la cólera del otro, vale decir * descubriendo ante el interlocutor fuentes a menudo enteramente desconocidas del malentendido. El desahogo propiamente dicho sólo puede comenzar después, en un diálogo objetivo.

El desahogo se basa en el hecho de que no han sido más que malentendidos lo que indujo a los hombres al antagonismo y la hostilidad. Por esta razón sólo obtiene éxito cuando los antagonismos realmente se muestran reducibles a puros malentendidos y pueden eliminarse entonces mediante su esclarecimiento. Mas como semejantes malentendidos vuelven a surgir cada vez de nuevo dificultando la convivencia humana, tales desahogos desempeñan en la convivencia una función importante. Eliminan las tensiones y fricciones que surgen entre los hombres. Conducen a reencuentros después de separaciones, los antagonismos desaparecen, y se renueva la posibilidad de reunión en un mismo nivel.

Una vez más, la forma del habla se ve determinada por la función. No es cuestión de persuadir al otro, no se buscan las causas, sólo se pretende que todo sea comprensible, uno quiere llegar a comprenderse a sí mismo y a su comportamiento; se discrimina. Y aun cuando se trata de dar argumentos a favor del punto de vista propio, tal argumentación no se dirige contra el otro, sino que uno sólo intenta que lo comprendan, atrayendo al otro, por así decirlo, hacia la propia posición y haciendo que pueda apreciar las cosas desde esa perspectiva. No se trata tanto del examen de razones, como de la comprensión de motivos. Se clarifica psicologizando. Se intenta poner ciertas cosas en su debido lugar, se trata de reparar lo que se ha descuidado. Se trata del pasado, en un intento de allanar el camino hacia el porvenir. Todo esto involucra una vez más un estilo enteramente peculiar de la conducción del pensamiento y del correspondiente discurrir, un estilo que tiene sus efectos hasta en los pormenores del uso de la palabra.

e) *Examen e indagación.* Otras formas muy diferentes adopta el discurso cuando tales formas emanan de la pregunta. No nos referimos a aquí a la función vivificadora —que suscita la reflexión y en este sentido representa un proceso productivo— que en toda conversación tiene la pregunta, sino a las formas que expresamente se desarrollan a partir de la pregunta y quedan por ella condicionadas en su estilo, como ocurre, por ejemplo, en la indagación, la investigación, el examen, la *interview*, etc. En todos estos casos se trata de que a raíz de la actividad de una persona, la que interroga, debe salir a la luz una verdad oculta. Con ello cesa la igualdad de derechos de los interlocutores. Uno es en estos casos el que conduce y otro el conducido. Uno determina la dirección de lo que se habla y se ve obligado a mantener esta dirección a pesar de todas las desviaciones, pues tiene en vista un objetivo. El otro sólo puede avenirse a ese procedimiento con mayor o menor buena voluntad.

Así en un examen se trata precisamente de comprobar

los conocimientos del examinando mediante preguntas adecuadas. El examinador indica la dirección, luego el examinando, si ha de tener éxito, debe tratar de exponer su saber o de ocultar su ignorancia de acuerdo con esa dirección.

Así en una investigación judicial puede entablarse una lucha encarnizada entre dos voluntades, una dirigida al descubrimiento de los hechos verdaderos y otra a su ocultamiento. El investigador trata de establecer la verdad. Pero verdad, en este caso, es lo que intencionadamente o sin intención se oculta, y se hace entonces necesario ponerla a descubierto con recursos violentos. De ahí la dureza que se produce en este tipo de conducción de la conversación. En su trasfondo acecha la sospecha, es más, desde esta perspectiva la verdad es en última instancia la sospecha confirmada. Por eso se pretende ver lo que hay "detrás" de las cosas. La superficie es engaño y sólo por debajo de ella yace la verdad malvada y cruel. A ello se debe la técnica que procede con herramientas que se introducen igual que palancas, que buscan desatinos y contradicciones, que está siempre en acecho y trata de convertir en un lazo cualquier palabra irreflexiva.

También estas formas tienen sus propias leyes, que deben ser observadas durante la conducción del diálogo. Quien inspirado en presuntas razones humanitarias, de indulgencia, o aun queriendo ser astuto, intenta dar a una investigación la forma de una conversación liviana provoca confusión en los enfrentamientos y es culpable de deshonestidad en el plano humano.

5. LA CONVERSACIÓN EN SU SENTIDO ESTRICTO

a) *El retorno a la conversación en el sentido estricto.* Al cabo de estas exposiciones acerca de las formas de la comunicación idiomática que se desarrollan en el transcurso del trabajo y de las tareas de la vida actuante (deliberación, sesión consultiva, negociación, etc.), volvemos a la conversación en su sentido propiamente dicho. Ya

hicimos notar que una estrecha conversación sólo puede desarrollarse en el ocio, cuando cesa la seriedad de la vida y el hombre se ve exonerado de las exigencias inmediatas de su vida activa; que en este sentido la conversación requiere cierta soltura y gratuidad. Esto podría verse como reparo contra el punto de partida de nuestras consideraciones, dado que habíamos colocado a la conversación, aun cuando sólo experimentalmente, en una relación inmediata con la definición de la esencia del hombre. ¿Cómo puede caracterizar a la esencia del hombre aquello que precisamente queda fuera de las situaciones en las que impera la verdadera seriedad? En primer lugar se podría tratar de contestar a esta objeción diciendo que esa primera afirmación da un sentido más amplio a la palabra conversación, vale decir el de una designación amplia aplicable a cualquier uso de la lengua en el hablar recíproco y que constituye un acto arbitrario limitar el significado de la palabra a las conversaciones gratuitas del fin de jornada. Pero entonces replicaríamos que no puede deberse a la casualidad el hecho de que el uso natural del lenguaje designe preferentemente a estas formas ligeras como conversación, y que entonces merece la pena seguir la pista de esta indicación del habla. Al hacerlo así no nos mueve la intención de fijar el cambiante uso lingüístico mediante postulaciones terminológicas, ni de decretar lo que debe o no debe entenderse como conversación. La noción más amplia tanto como la más estrecha continuarán siendo indispensables. Pero es significativo que el lenguaje haya desarrollado una noción más estrecha y concisa. Por lo tanto hemos de reanudar en este punto la indagación de este aspecto, concentrando nuestra atención en lo que se designa como conversación en un sentido estricto.

b) *La conversación como pasatiempo, la charla.* Esto requiere una vez más una mayor amplitud. También tratándose de esta conversación liviana se hace necesario discriminar entre las diversas formas. Muchas cosas que mencionamos anteriormente con respecto a cómo se enta-

bla una conversación, por ejemplo, durante un viaje en tren, apenas pueden ser consideradas como conversación en un sentido pleno, y yo preferiría hablar en este caso de una simple charla. Se dice que durante el viaje (o en cualquier otra ocasión) uno mantuvo una grata charla. Se habla de una charla entretenida e incitante. Ya la denominación indica que en este caso el tema de la conversación es cosa enteramente secundaria. Lo importante es más bien llegar a un satisfactorio "entretenimiento" por vía de la conversación, habiendo por otra parte también otras posibilidades de entretenimiento. Señalemos sólo brevemente la música de entretenimiento, la literatura de entretenimiento. Todo esto implica hasta cierto punto un juicio peyorativo: no se trata de música "verdadera", seria y profunda, ni de literatura "verdadera", cuando éstas sirven para el "mero" entretenimiento. Lo mismo ocurre con esa forma liviana de la conversación que sin más se designa como entretenimiento. La conversación de entretenimiento se coloca junto a la libre ocupación, a la distracción, al quehacer placentero, como forma de pasar agradablemente el tiempo, de combatir el aburrimiento y de llenar de una manera grata una hora ociosa. Se trata sin duda de un uso secundario del lenguaje cuando alguien dice que se ha entretenido con otro conversando sobre determinado tema, cuando en verdad tiene en mente una forma suelta y nada comprometida de entrevista o diálogo.

Vemos así la posibilidad de diversas formas de conversación gratuita. La conversación entretenida puede deslizarse superficialmente. Sobre todo, tratándose de las formas inferiores, existen numerosos epítetos despectivos, como parlotear, chismear, etc. La conversación también puede extenderse sintiéndose cómodamente a sus anchas. Existe la conversación ayudada por una disposición de ánimo gratamente emotiva, que se produce en particular entre personas muy familiarizadas una con otra y cuando reina la consiguiente confianza, una conversación en la que despiertan a menudo recuerdos de tiempos pasados. En casi todas las lenguas hay formas dialectales que ex-

presan específicamente esta última especie de plática. Las ocasiones fugaces en que uno entabla conversación con extraños nunca pueden alcanzar estas formas sutilmente gratas. Ellas requieren el círculo cerrado de un mundo cálido y conocido, requieren que se disponga de tiempo y que no se sienta uno forzado en ningún sentido. El fin de la jornada es el momento preferido para estas formas de la conversación.

c) *La plática conversacional.* Otra forma de la conversación que fluye con facilidad es la plática conversacional. Se trata, en el plano social, de una forma más alta del entretenimiento, de un arte de sociabilidad, que puede aprenderse y cultivarse como tal y que conserva huellas de los tiempos en que reinaban las virtudes caballerescas. Es esta forma una modulación peculiar de la conversación, artísticamente afinada, en la cual se destacan con notable nitidez diversas características generales. La plática conversacional debe mostrar ingenio, tener *esprit*, ser inteligente e interesante, aludir a más de un aspecto profundo, pero precisamente sólo aludir y en ningún caso volverse pesada hasta cansar al interlocutor con su excesiva seriedad. Esta charla se desliza con habilidad, dejando de lado algún punto con cuya mención se tema tocar al otro en algún aspecto delicado, y revela así un singular tacto. Revela una cultura del corazón. Lo que intenta es dar en el blanco, pero sin herir. Se trata de un arte que se manifiesta en la superficie, que elude el compromiso, más aún, que tiene en el compromiso su frontera, pues cuando algo va en serio, cesa la plática. En el ámbito de la plática conversacional, el sabio, el erudito, cae fácilmente en el ridículo. Y no obstante, en esta aparente superficialidad se muestra al mismo tiempo un secreto conocimiento de lo profundo, con el agregado de que también se sabe en qué medida escapa lo profundo al toque directo.

Así se desarrolla una *v&z* más en la plática conversacional una forma peculiar de la conducción de la conversación con reglas que determinan lo que puede y lo que

no puede decirse, hasta qué punto puede sostenerse con insistencia una opinión y cuándo debe cambiarse de tema. Hay ejemplos literarios, en Wilde, en Shaw y sobre todo en Hofmannsthal, que dentro de tales convenciones transmiten, al mismo tiempo, un profundo sentido humano. En este marco se desarrolla también, como complemento monológico, la *causerie*, el arte de charlar de manera grata e interesante.

d) *La conversación profunda*. Contra este trasfondo surge la conversación en su sentido más profundo y característico, la conversación seria, penetrante, que tiene lugar en el círculo de amigos, cuando la gente se encuentra, no intencionadamente, sino favorecida por el momento propicio. Entonces se abren los corazones y se manifiestan en el lenguaje las cuestiones últimas de la vida. Tales conversaciones son en medida superlativa expresiones del ocio y de la existencia liberada de deberes urgentes. Van desarrollándose por sí mismas, tomando la forma de simple entretenimiento para llenar una hora vacía. Por cierto, hay que disponer de tiempo, incluso de mucho tiempo. Tales charlas se producen con preferencia al anochecer, junto a una copa de vino o luego de una labor conjunta, pero también durante un prolongado paseo, y en ocasiones uno acompaña al otro a su casa, tal vez varias veces, ya avanzada la noche, porque la conversación no puede llegar a su fin.

Cuando surge la pregunta respecto a la medida en que es posible ver en una conversación en apariencia tan apartada de la seriedad de la vida la realización esencial del hombre, es necesario pensar en este tipo de conversación. Es cierto: también en este caso se trata de una conversación equivalente a las ya consideradas. Se reproducen aquí todos los rasgos que habíamos destacado respecto a la conversación de entretenimiento no comprometida, sólo que en este caso se trata de una forma transmutada y profundizada, por lo cual aquellos rasgos cobran un sentido nuevo. También aquí predomina una estructura suelta de discurso y contradiscurso, en cuyo marco se des-

pliega la conversación. En ésta no predomina ningún tema sobre el cual uno se haya propuesto hablar, sino que se llega espontáneamente a algún asunto. Se habla "de Dios y del mundo". Este modismo, frecuentemente usado, encierra un sentido más profundo de lo que generalmente se supone. Se trata de cuestiones últimas que la conversación llega a rozar, cuestiones constituidas de tal manera que se sustraen a una indagación planificada y sólo se revelan en la ductilidad de una conversación meditativa del tipo mencionado. Por eso tal conversación carece de toda meta prefijada, de todo resultado que ulteriormente habría que conservar; descansa en sí misma y no denota ningún sentido situado fuera de su marco.

A pesar de toda su flexibilidad y libertad, esta conversación no es en modo alguno un parloteo irresponsable. Lo que diferencia a la conversación reflexiva del mero entretenimiento, consiste en que en la primera hay un expreso estado de alerta de la atención, del estar presente. Sin duda, en toda conversación aparecen momentos de fatiga. Es cuando amenaza con caer en lo trivial. Entonces se requiere nuevamente ese estado de alerta para poder superar las desviaciones. Sus alcances en lo profundo diferencian a la conversación en este orden de la plática conversacional cultivada. Mientras en esta última está mal visto el compromiso en profundidad y sólo se le permite manifestarse bajo la apariencia de algo dicho ligeramente, en la conversación profunda surge de modo abierto el propio punto de vista, que uno defiende en forma decidida frente al interlocutor que lo interrumpe. En dicho caso las diversas concepciones suelen chocar y la marcha del diálogo se acerca a menudo a la discusión. Sin embargo, no es posible desestimar la diferencia. Frente a la atmósfera cálida y amistosa de la conversación profunda se destaca la modalidad racional y hasta belicosamente agresiva de la discusión y, de modo correspondiente, varía también la forma de conexión entre el discurso y el contradiscurso. La objeción no es un ataque y no se entiende como impugnación, sino como un enriquecimiento de la opinión propia. Pues no se trata de

posiciones que uno disputa al otro, sino de aspectos de un interés conjunto que se complementan de manera recíproca. El otro añade un nuevo punto de vista, agrega una idea que ayuda a avanzar, se le ocurre algo que da un nuevo giro a la conversación: así la conversación toma un curso que en principio era imprevisible.

Precisamente en tales aspectos revela la conversación su profundo significado humano. El pensar solitario por lo general sólo puede avanzar en la dirección de sus propias consecuencias. Sólo puede extraer consecuencias de impulsos existentes. Sólo puede dar resultados firmes, acreditarse, o bien fracasar si no se acredita. Y únicamente en la conversación profunda, en el diálogo mutuo, el pensar se torna creativo, al desplegarse —en las "fricciones" del vaivén, en un inesperado reparo que provoca una nueva ocurrencia que conduce a la respuesta creativa— el conocimiento que lleva a mayores profundidades.

No será demasiado decir si afirmamos eme sólo en la conversación profunda —y por ninguna otra vía— llega a develarse la verdad última. Sólo en este contexto reconocemos la profunda significación antropológica de la conversación. Así alcanzamos a comprender la frase de Hölderlin cuando dice "somos conversación y uno escucha al otro". Pues únicamente en la conversación alcanzamos nuestra humanidad. Quien no es apto para la conversación permanece necesariamente en lo inhumano.

e) La *amistad en la conversación*. Pese a la mutua tolerancia, también pueden producirse momentos violentos en la conversación, tanto más cuanto mayor es la creciente participación respecto al tema, y cuanto más llegan a expresar los participantes cuestiones que les preocupan en forma honda. Y éste es, precisamente, el sentido de la conversación genuína a diferencia del mero entretenimiento. El caso fronterizo más elevado es aquella forma de comunicación que Jaspers designó como "combate amatorio". El cambio de palabras se ve exaltado hasta su máxima agudeza, cada afirmación es sometida a una

crítica inexorablemente severa, pues se trata de asuntos de alcance último que no admiten ninguna visión nebulosa. Sin embargo, se mantiene el carácter "amatorio" de esta lucha. Ello significa que estaría fuera de lugar cualquier argumento de algún modo destinado a aniquilar o perjudicar al otro, que más bien lo que importa en esta "lucha" es una causa común: la obtención de la verdad. La naturaleza de esta forma suprema de la conversación presupone el máximo estado de alerta del espíritu, un estado que, por lo tanto, sólo se logra en momentos raros y felices.

Por dicho motivo, a pesar de la decidida firmeza con que uno defiende su propia idea, aceptar al mismo tiempo la validez de la opinión ajena es premisa indispensable para una conversación semejante. Cuando alguien exige que su propia opinión tenga validez absoluta, el diálogo deberá necesariamente cesar. En tal caso ya no queda nada acerca de qué hablar, lo único que queda es la confesión sin más, a la que ya nada puede añadirse. "Toda afirmación directa de la verdad destruye su comunicación."²⁰ "El expresar algo incondicional y exigirlo para sí, implica una frontera de la conversación (por ejemplo como convicción y como confesión) que necesariamente pone fin a la misma."²¹ Tal es el caso cuando irrumpe en el hombre lo absoluto en forma de convicciones últimas. De esto tendrá que tomar nota, con toda modestia, cualquier copartícipe en la conversación; deberá respetar esa posición aun cuando en realidad no la comparta. Y, con la misma modestia, quien exponga convicciones absolutas tendrá que renunciar al deseo de imponer por la fuerza lo que él considera verdadero. El peligro se presenta cuando no es capaz de dicha modestia y pretende "convertir" al otro violentamente. Así surgen las formas de exigencia totalitaria que destruye toda comunión. Tales, los grandes riesgos del pensamiento monológico-totalitario. Sin embargo, la naturaleza de la conversación profunda

²⁰ H. Lipps, *Die Wirklichkeit des Menschen*. Francfort, 1954, pág. 43

²¹ Loch, *op. cit.*, pág. 645.

Esto puede suceder de modo enteramente imprevisto, sin que sufra por ello la situación cómoda de la conversación o, al contrario, precisamente este estado de ánimo distendido constituye la premisa necesaria para que el relato pueda desarrollarse. Es uno el que toma la palabra y los demás escuchan. La disposición externa, por ejemplo la formación de un círculo alrededor de una mesa, no tiene por qué modificarse en absoluto. El narrador no se destaca de ningún modo saliéndose del círculo de los participantes en la conversación; es suficiente un mínimo gesto de iniciación, y una vez que el informe concluye, la narración vuelve a desembocar en la conversación mutua y compartida. Es más, en esta forma libre, desembarazada, la narración no llega a convertirse en un proceso unilateral o unidireccional: en el escuchar atento, en adecuadas interrupciones, que se manifiestan, por ejemplo, con exclamaciones de asombro y sorpresa, o bien con pertinentes preguntas —aunque sólo sea la simple pregunta: ¿y qué pasó después?—, la narración renueva constantemente su fluir. Y es necesario que así sea. Bien pronto se extravía si le faltan estos puntos de apoyo.

Es cierto que el narrador puede adquirir también mayor independencia; ocupa entonces el centro y los oyentes lo rodean. Es lo que suele observarse cuando en una reunión alguien atrae la atención debida a su modo particularmente interesante de narrar, y se nota cómo nadie quiere perderse una palabra. También resulta muy clara esta situación cuando, por ejemplo, los niños ruegan a su padre que les cuente una historia. Tales historias pueden ser relatos de la especie a que nos hemos referido hasta ahora, digamos recuerdos de juventud que siempre se escuchan con placer. Pero también se desarrolla en estos casos la historia, el cuento, en cuanto forma simplísima de expresión poética, y no se trata sólo de cuentos que uno mismo haya inventado, sino también y preferentemente de cuentos que se conocen, y que en tales casos se transmiten como "bien narrativo". Se genera entonces la narración como forma poética menos pretenciosa, el cuento de hadas y otras "formas simples", con tanto acierto

expuestas por Jolies.²⁴* Tampoco resulta necesario que en estos tiempos sigan relatándose de memoria, pues también puede leerse en voz alta, y por otra parte se produce aquí con toda facilidad la transición del escuchar al callado leer-uno-mismo, separándose con ello la narración de la situación narrativa concreta y convirtiéndose en una lectura libremente disponible.

Con ello hemos llegado a caminos conocidos y allanados. Tales contextos han sido detenidamente investigados tanto por la etnología como por la ciencia literaria y podemos remitir al lector a esas fuentes.²⁵ Para nosotros sólo ha sido importante, dentro de la exposición de una filosofía elemental del lenguaje, rastrear el camino que conduce desde las situaciones del hablar conjunto hasta estas formas más simples de la obra de arte lingüística.

b) *El informe y la disertación.* Otro conjunto de formas del hablar monológico se desarrolla a partir de las modalidades del habla dialógica arraigadas en la vida activa, en la reunión consultiva, en la negociación, etc. A diferencia de las narraciones arraigadas en el ocio, se las abarca genéricamente del modo más adecuado designándolas como discursos, una noción que a su vez abarca formas específicamente diversas. Así, por ejemplo, en la sesión consultiva puede surgir la necesidad de que previamente alguien, informado como es debido, se refiera al tema, proveyendo así a los participantes los conocimientos necesarios para sus decisiones. Se trata entonces de un informe en el sentido estricto de la palabra. Y de la función que éste desempeña en la reunión consultiva surge la ley de su discurso: su palabra ha de ser clara, objetiva y completa. No ha de representar ninguna opinión, no ha de pretender anticiparse a una decisión ulterior, sino que su misión es desarrollar de modo sereno la

²⁴ A. Jolies, *Einfache Formen* Halle a. d. Saale 1930.

²⁵ Cf. E. Staiger, *Grundformen der Poetik*. Zürich, 1956³, especialmente: *Epischer Stil: Vorstellung*, págs. 83 y sigs., como también K. Hamburger, *Logik der Dichtung*. Stuttgart, 1957; especialmente, *Die epische Fiktion*, págs. 21 y sigs.

problemática, inferir el pro y el contra, y abstenerse más allá de ello de cualquier sugestión. Cosa parecida sucede cuando en una reunión laboral surgen incertidumbres acerca de cómo habría que proceder, y entonces un perito contribuye con informaciones más amplias por pertenecer éstas a su dominio.

Cuando tales formas de un discurso mayor y coherente adquieren independencia, se desarrolla la disertación, la conferencia, como forma difundida del discurso monológico. La disertación o conferencia es una exposición independiente sobre un tema, en primer lugar como conferencia individual, y luego también como ciclo de conferencias o cursillo. El ámbito de los posibles temas para la conferencia es tan grande como el de los intereses humanos en general, pues abarca desde el tema perteneciente a ciencias naturales hasta el tema literario, desde un desarrollo científico hasta un problema político, etc. La forma intrínseca de la disertación está determinada por el hecho de que ésta quiere instruir, mas no influir, que se dirige tan sólo al placer que causa la ampliación de los conocimientos; a los intereses teóricos, mas no a los sentimientos y afectos; que no trata de hacer prosélitos a favor de cosa alguna ni de conquistar el ánimo en contra de algo. La disertación no interfiere en el conflicto entre las partes, su ley es la de la pura objetividad. Es cierto que también la disertación debe ser "interesante", vivaz e instructiva. No le es permitido caer en el aburrimiento, pues su deber consiste en fascinar a los oyentes. Sin embargo, su interés es siempre un interés temático acerca de un asunto. Quiere dar enseñanza, no es su intención persuadir en un sentido o en otro.

No obstante, la disertación es otra cosa y algo más que el simple informe, con el que a veces se la confunde en el uso de la lengua. Mientras que el informe se limita rigurosamente a la presentación de una situación de hecho, por ejemplo, al comienzo de una negociación, rindiendo cuenta, digamos, sobre el estado en que se encuentra cierto desarrollo científico o sobre la literatura que acaba de aparecer; mientras que el informe, pues, resulta

tanto mejor cuanto más se limita a las puras "referencias", logrando evitar siempre el propio punto de vista del informante; mientras que el informe es así algo puramente reproductivo, y productivo a lo sumo si logra claridad en su análisis, la disertación sí debe ser una realización espiritual propia, debe suscitar el avance en el tema que trata, y transmitir nuevos conocimientos.

c) *El discurso*. Ahora bien, ni a la disertación ni al informe puede llamárseles discurso en el sentido verdadero de la palabra. Los discursos forman parte de un dominio del todo diferente. No tienen lugar ni en la atmósfera tranquila del aula escolar ni en la sala de conferencias. Forman parte de la vida apasionada del ámbito público, en el cual uno toma posiciones, en el cual se elogia y se censura y donde se entrecrocán los antagonismos. El discurso propiamente dicho se desarrolla a partir de la vehemente discusión —una de las formas dialogales tratadas más arriba—, y esta situación le confiere su lev. Se designa como discurso a la arenga política, de tribuna, al alegato jurídico, al discurso parlamentario, pero también a un discurso festivo, a una oración fúnebre o conmemorativa, etc. En este conjunto se distinguen nítidamente dos grupos que se diferencian entre sí. Uno de ellos se caracteriza por el discurso teleológico, destinado a conquistar a los oyentes a favor de una determinada decisión: una votación, la decisión de un jurado, etc. Ya hemos mencionado cómo puede derivarse de la discusión misma la necesidad de un aporte a esa discusión de mucho mayor alcance. También forma parte de este grupo el discurso del estadista dirigido a su pueblo, pues representa una justificación de su conducta y una forma de conquistar un nuevo voto de confianza. En este sentido, el discurso es una forma de persuasión artísticamente desarrollada. Es demagógico en su esencia. Esto determina sus medios: pretende promover, conquistar. Por eso cultiva argumentaciones combativas. Está enteramente orientado hacia el efecto. Se dirige por eso a lo emocional, a las fuerzas subterráneas del alma. Esto, al mismo

tiempo, condiciona sus medios estilísticos: ama la repetición, el *crescendo* elaborado con arte; sabe cómo poner a su servicio la consigna. Tiene que penetrar bien en las mentes y tratar de ser siempre comprensible.

Otro tipo lo constituye el discurso festivo, por ejemplo el discurso conmemorativo. Debe exaltar, ensalzar, en toda la plenitud del sentido de la palabra. Debe destacar la significación de su objetivo. Esto determina su estructura interior y la modalidad de su conducción del pensamiento.

Está afinado sonoramente en una tonalidad solemne. Por esta razón debe eludir toda negligencia, para conservarse digno y a la altura de su tema. Aquí está fuera de lugar toda consideración crítica, lo que no implica que incurra en falacia o que deba ocultar la crítica necesaria, sólo que ésta no ha de ser usada en sentido polémico. Conservar la posición propia aun cuando difiera de la del hombre a quien es necesario exaltar, requiere un tino peculiar cuando se trata de esta forma de discurso. Éste tampoco es transferible arbitrariamente a un lugar cualquiera o a una hora cualquiera, sino que destaca este día en especial y en su peculiar significación. Este discurso exige siempre un marco externo digno.

Para concluir, llamaremos todavía la atención brevemente sobre algunos aspectos capaces de redondear la imagen de las formas retóricas del discurso desde otros ángulos. Forma parte de este grupo, como figura nítidamente señalable del discurso, el sermón desde el pulpito, la prédica. Ésta constituye más que todas las otras formas una alocución concretamente dirigida a los oyentes, que guarda un nexo especial con la intención exhortadora y alertante. Hacemos caso omiso aquí del carácter peculiar de la palabra sacra que se pronuncia en formas fijadas con toda precisión. Esto forma parte de un contexto más amplio referido al poder de la palabra en general, que por el momento permanece fuera del ámbito de nuestra consideración.²⁶

²⁶ Cf. Bollnow, *Die Macht des Worts*, *op. cit.*

Otra forma es la que observamos en la elocución común. Ésta se dirige a los colaboradores antes de iniciarse una labor conjunta o, por ejemplo, a los oficiales antes de una inminente batalla. O bien un nuevo superior se presenta a sí mismo mediante una alocución. La alocución ha de ser breve, debe dar en el blanco, inflamar, enfervorizar hacia la unión en una acción conjunta. Claro que en nuestra época sobria semejante alocución ya está casi totalmente fuera de uso, puesto que podría ser mal entendida por hacerse sospechosa de falso énfasis.

Ahora bien, del discurso en sus múltiples formas no tenemos por qué ocuparnos aquí. Como ya queda dicho, el discurso se apoya en una evolucionada teoría perteneciente a la retórica, que se remonta a la tradición de la antigüedad, aun cuando hoy, hasta cierto punto, ha caído en el olvido. Así, pues, este dominio, como antes el de la poética, puede ser dejado de lado. Será suficiente con que señalemos con claridad el lugar que le corresponde dentro del amplio marco de una filosofía del lenguaje, donde podrá adquirir una significación enteramente nueva.

7. LA COSECHA PEDAGÓGICA

Llegados a este punto, hacemos alto. Esperamos que haya quedado en claro que, dentro del marco de la filosofía del lenguaje elemental que hemos expuesto al comienzo, se nos abre un campo de investigaciones fructíferas. Quizás sólo mediante un ejemplo tal como lo hemos desarrollado sea posible advertir hasta dónde pueden impulsarse los problemas de la filosofía del lenguaje. Ello resulta evidente en el hecho de que se plantean determinados problemas que no surgirían si hubiésemos partido en nuestra consideración de una metodología lingüística en el sentido estricto. Al respecto sólo hemos llamado la atención sobre algunas diferenciaciones muy generales que, contempladas con mayor precisión, exigirían un análisis mucho más amplio. Pero no hemos de

seguir elaborando tales problemas, puesto que antes que nada quisiéramos abordar las consecuencias pedagógicas que en este punto se nos imponen. Dichas consecuencias se derivan en el fondo de cualquiera de los fenómenos que hasta ahora hemos tratado. Sería necesario analizar a cada uno de ellos otra vez desde el punto de vista pedagógico. Renunciamos empero a esta elaboración detallada para destacar sólo unos pocos puntos de vista que nos parecen especialmente actuales.

a) *La alta valoración de la conversación en la actualidad.*

En los últimos años se habla mucho de la conversación, del diálogo, y no sólo en el ámbito de la pedagogía. Se trata de cultivar, de fomentar de todas las maneras posibles el diálogo, la conversación entre diferentes hombres y grupos humanos que, como suele decirse, han de "encontrarse" en el diálogo. Se trata sin duda de un empeño muy importante y digno de aplauso. En un mundo gobernado por malentendidos y en el cual chocan las opiniones contrarias, la conversación se presenta como medio adecuado para volver a conducir a los hombres al mutuo encuentro y apartar amenazantes calamidades. Mientras los estadistas siguen hablando entre sí, no se llega a la catástrofe extrema, a la guerra. Considerando la inhumanidad de la mentalidad totalitaria que desdeña el diálogo, por ver en él una relativización de su exigencia de incondicionalidad y porque en el fondo sólo es capaz de desarrollar formas discursivas monológicas mediante las cuales trata de convertir o de oprimir al otro, la disposición para el diálogo, para la conversación, es siempre expresión de un sentido humanitario más profundo. De ahí que la educación para la disposición conversacional y para la aptitud conversacional sea un eslabón tan importante de la educación hacia lo humanitario. Sin embargo, no puede ignorarse, por otra parte, que hasta ahora ha habido mucha buena voluntad, pero se ha alcanzado muy poco éxito. Pienso que es posible percibir con gran precisión la causa de ello: es que se ha dedicado muy poca reflexión a la naturaleza y posibilidad de se-

mejante diálogo y de otras eventuales formas del habla mancomunada. Ha prevalecido la opinión de que sólo era cuestión de organizar alegremente, de juntar a los diversos grupos humanos, y de que entonces, con un poco de buena voluntad, el éxito de algún modo se lograría. Así también en la escuela se consideraba que la incitación a expresar libremente las opiniones en el diálogo era el medio apto para una educación democrática destinada a proveer al nombre una coraza frente a las exigencias del pensamiento autoritario. Pero nuevas dificultades surgen al respecto; el hombre no posee sin más la aptitud para el diálogo, sino que ésta requiere un cultivo específico y una adecuada disciplina, por lo que constituye en muy alto grado, y en primer término, una tarea de la educación misma. Para tal análisis, una vez más, no se debe partir de una noción sumaria de la conversación, sino que es necesario distinguir entre sus diversas formas y estudiar éstas en cuanto a sus posibilidades pedagógicas.

b) *La conversación desde el estrado.* Las dificultades que surgen se ilustran fácilmente por medio de un ejemplo tomado del dominio no pedagógico, de lo que hoy se denomina conversación desde el estrado o mesa redonda: se organiza una reunión de representantes, en lo posible muy prominentes, que se sientan alrededor de una larga mesa —nótese bien: no en círculo, sino de un solo lado, pues el otro debe quedar libre ante la mirada del público— y se espera de ellos una conversación esclarecedora sobre un tema de actualidad. La razón por la cual esto no da resultado y se transforma generalmente en una sucesión de monólogos independientes entre sí, resulta fácilmente comprensible luego de nuestras reflexiones anteriores: es que no existen en absoluto las premisas necesarias para una conversación genuina; falta específicamente tanto la fundamental carencia de intención, como también la situación de ocio, liberada de la seriedad de la vida. Podría objetarse que aquí sólo se plantea una cuestión de palabras; que el concepto de conversación no debe tomarse tan estrictamente y que tal vez sería me-

por llamar a esta situación discusión en mesa redonda, tal como en efecto muchas veces se hace. Es verdad que esta denominación sería algo más acertada. Sin embargo, también así surgen dificultades. Si bien en este caso se sacrifica la exigencia de una situación distendida y desembarazada, y si bien es cierto que también las auténticas discusiones se entablan a menudo públicamente, por ejemplo en una asamblea o ante una concurrencia grande que no participa de la misma, tales discusiones se conducen con miras directas al asunto y sin tomar en cuenta la presencia del público. Cuando es el público el que en realidad ha de usufructuar el resultado de tales actos, y no los participantes, la discusión deja de ser productiva en el sentido de promover la causa mediante el debate de las opiniones, y se convierte en un mero espectáculo en el cual se presenta el ejercicio de los diversos puntos de vista en una escaramuza que se parece a una maniobra militar. El desembarazo de la conversación que en tal caso se representa es puro espectáculo, vale decir que en último término es un hecho deshonesto. Ni en una conversación ni en una discusión resulta posible convenir de antemano lo que se va a decir y cómo se distribuirán los papeles. No quiero afirmar con ello que lo que así se intenta carezca de sentido, pero se trata de un extravío si se pretende aplicar la equívoca perspectiva de una discusión o, más aún, de una conversación. Por el contrario, se trata de una forma peculiar, cuya modalidad propia en el terreno del habla de los hombres debería ser debidamente estudiada y elaborada.

c) *La conversación en la enseñanza.* Desde este punto de vista debe considerarse también la así llamada conversación de enseñanza, que desempeña un notable papel en la discusión pedagógica actual.²⁷ En verdad, la con-

²⁷ No podemos detenernos aquí a considerar la vasta literatura pedagógica del presente, que en su totalidad representa una cosecha valiosa, pero poco penetrante por el momento. Únicamente hemos de intentar establecer algunas líneas generales a partir de la presente problemática. Me remito a la exhaustiva bibliografía de R. Maskus y R. Renard, "Lebendige Schule", año 19, 1964, págs. 291 y sigs. En forma complementaria añadimos: K. Stöcker, *Neuzeitliche Unterrichtsgestaltung*. Munich, 1960, de su índice: *Das Unterrichtsgespräch*, págs. 150 y sigs., H. Netzer, *Erziehungslehre im Abriss*. Bad Heilbrunn, 1956², en su índice: *Das Gespräch*, págs. 82 y sigs.

versación sobre el estrado sirvió en nuestro contexto, al tratársela en forma detenida, para facilitar el tratamiento de la conversación de enseñanza. El sentido que se le da a esta noción de conversación pedagógica, convertida ya casi en consigna, tiene indudablemente gran importancia. Cuando se pretende dar cierta soltura al carácter mono-lógico de la exposición verbal en la enseñanza, para promover así la actividad propia de los niños aun dentro de la misma enseñanza, la vía de la conversación parece brindarse como cosa muy natural. Mas por importante que sea este impulso, queda sin embargo abierta la pregunta respecto a si la conversación es el medio apto para provocar la forma deseada de actividad propia del alumno, o si, a la inversa, tiene en realidad sentido designar como conversación la participación del alumno deliberadamente estimulada. No se trata aquí de una cuestión nimia referente a la definición de un concepto que podría llevarse a efecto de un modo o de otro. Aquí han de rendir su fruto las diferenciaciones anteriores entre las diversas formas del hablar recíproco. Sólo sobre este suelo es posible definir adecuadamente la forma correcta de la conducción conversacional deseada, y muchos fracasos evidentes tienen su origen en el hecho de que los interesados se hayan conformado con un concepto de la conversación demasiado difuso.

Surge sin más de nuestras reflexiones anteriores que una conversación en su sentido estricto y elaboradamente definido está fuera de lugar en la enseñanza. Pues a ésta le falta la situación distendida del ocio que es *conñitio sine qua non* para que pueda desarrollarse una conversación auténtica y, a la inversa, la enseñanza perdería su seriedad si entrara en la disolución de una mera "conversación". Ciertamente, también la conversación de ense-

ñanza tiene por objeto, en la medida en que es enseñanza, alcanzar una determinada meta. Tiende a "trabajarse" la obtención de un resultado, tal como con barbarie suele decirse hoy. Y si la enseñanza tiende a alcanzar esta meta, la conversación no puede desplegarse libremente. Se convertiría bien pronto —aunque sólo fuese a causa del gran número de participantes— en pura chachara. Ni siquiera tenemos en cuenta el hecho de que la enseñanza no dispone del tiempo imprevisible que requiere el despliegue de una conversación despreocupada. Sólo desde el ángulo de la meta puede determinarse en este caso lo que lleva hacia adelante y lo que puede desviar del camino. Esta forma de hablar requiere una guía, una dirección. Se trata de una conversación conducida, orientada por la observación de determinado rumbo. Y esto es imposible sin la presencia disciplinadora del maestro. Éste se ve en la obligación de mantener viva, una y otra vez, la marcha de la conversación, que sin su ayuda pronto se extinguiría. Esto no es una falla, puesto que aquí falta algo para que sea una genuina conversación, y no hay por lo tanto nada que resulte menester eliminar; lo que sucede forma parte de la naturaleza de la conducción, que en este caso, en la enseñanza, requiere el hablar unos con otros. Sin duda no se dará lugar a ningún malentendido si hablamos abreviadamente de una conducción de la conversación, así como también es lícito que conservemos la expresión conversación de enseñanza. Lo único que debe entenderse con toda claridad es que el estilo en que en este caso hablan unos con otros no puede pedirse prestado irreflexivamente a algún concepto desvaído acerca de la conversación, sino que hace falta desarrollarlo partiendo de las condiciones específicas de la enseñanza.

Lo que importa es, por lo tanto, elaborar con mayor precisión la modalidad del hablar que corresponde a semejante conversación dirigida y teleológica. Se trata en primer lugar de una modalidad teleológica y referida a objetivos concretos, que se mantiene como tal aun en el hablar alternado de los participantes. Se mantiene así, mancomunada, en las condiciones dadas. Entre las formas

de conversación que hasta ahora hemos tratado, la que más se le aproximaría sería la de la reunión consultiva. En todo caso se acerca a ésta una vez que la tarea ha sido claramente comprendida. Entonces surgen proposiciones para una solución, se reflexiona sobre consecuencias, se añaden nuevos puntos de vista, etc. La diferencia respecto a las formas antes tratadas referentes a la reunión consultiva, residiría en que ésta tiende a obtener decisiones para la acción, mientras que la conversación a la que ahora nos referimos permanece en el delimitado ámbito del conocimiento puro.

Podría también pensarse, por lo tanto, en una discusión. Pero el acontecer dentro del aula se diferencia también de una auténtica discusión por el hecho de que en ésta entran siempre en juego puntos de vista o concepciones enfrentados. En este sentido, los alumnos no tienen todavía puntos de vista fijos capaces de dar base para la discusión. Se trata más bien de una experimentación conjunta, en la que uno de ellos recoge un pensamiento de otro, como un destello que suscita la continuidad. No se trata, pues, de la oposición recíproca de discusión auténtica, en la cual chocan las opiniones, sino de una genuina cooperación, que en este sentido permite de nuevo la comparación con la conversación propiamente dicha. A veces las diversas contribuciones se eslabonan tan bien en el camino hacia la meta común que no dejan ningún intersticio. Resulta entonces poco importante de quién proviene cada uno de los aportes; en tal caso bien podría pensarse en un monólogo con intervinientes que se turnan al azar.

Pero ante todo la así llamada conversación didáctica se distingue de las demás formas del habla dialógica por el hecho de la existencia de alguien, el maestro, que posee el saber superior que torna transparente para él todo aquello en lo cual los demás sólo penetran con esfuerzo, y que le permite reconocer lo que lleva adelante y lo que extravía, y orientar así el vaivén de los discursos. Es como si ejerciera desde lo alto una supervisión del mapa de la enseñanza, observando los caminos que eligen los

alumnos con el fin de avanzar hacia su meta. Aun cuando surge alguna ocurrencia sorprendente, él la contempla a la vez en el contexto de la totalidad. Y hasta cuando con adecuada reserva deja que los alumnos tomen por caminos errados y obtengan sus propias experiencias, conserva sin embargo siempre, en segundo plano, una posición que confiere seguridad, dispuesto a intervenir en cualquier momento, si ve que el desconcierto podría convertirse en desánimo.

Lo que nos haría falta es disponer de verdaderos protocolos de tales conversaciones didácticas (buenas y malas), que permitieran observar con precisión la modalidad de la conducción de la conversación.²⁸ Para advertir cuánto puede lograr semejante actividad dirigida con discreción, es conveniente estudiar alguna vez en todos sus detalles los informes de Wagenschein, que constituyen amplios protocolos de procesos didácticos que realmente se han llevado a cabo. Un ejemplo particularmente bello me parece el tratamiento de la postulación de la infinitud de los números primos: cómo en este caso un grupo de alumnos va acercándose a su meta luego de comprender claramente el planteamiento y cómo, a través de una tensa reflexión, experimenta al mismo tiempo algo decisivo acerca de la esencia del entendimiento matemático.²⁹

Desde luego no todas las conversaciones pueden alcanzar este grado. Existen también otras formas del hablar, por ejemplo cuando se trata de una orientación preliminar dentro de un nuevo dominio y es cuestión, antes que nada, de despertar el interés. En tales formas, más bien sueltas y preparatorias, se modifica espontáneamente el modo de la conducción discursiva, acercándose a la con-

²⁸ Cí. sobre todo los protocolos en P. y E. Petersen, *Die Pädagogische Tatsachenforschung*, realizados por Th. Rust. Paderborn, 1956.

²⁹ M. Wagenschein, *Ein Unterrichtsgespräch zu dem Satz Euklids über das Nicht-Abbrechen der Primzahlreihe*, ahora en: *Ursprüngliches Verstehen und exaktes Denken*. "Pädagogische Schriften", Stuttgart, 1965, págs. 102 y sigs.

versación libre no comprometida. También así tienen sentido, por cuanto se admite su carácter preparatorio sin considerar que ésta sea la única forma viable. En todos los casos hay que cuidarse de exageraciones. El concepto de conversación didáctica no implica una panacea, ya que debe ser aplicado de manera muy diferenciada respecto a sus diversas posibilidades. A menudo lo que se lleva a cabo mediante una determinada forma de ejercicios no es más que un amaestramiento y carece, por lo tanto, de todo valor profundo.

d) *La disertación magistral*. Partiendo de este principio lingüístico-filosófico general, es posible deducir otra consecuencia más. Hemos discriminado entre las formas del habla dialógica y monológica, tratando de establecer en lo posible nítidas diferencias. Surge entonces la cuestión: ¿en qué medida pueden transformarse una en otra? Esto, en el terreno pedagógico, quiere decir: ¿en qué medida es posible trasladar cualquier forma monológica dada a otra dialógica, en aras de una vivificación? Esto se da sin duda sólo en grado muy restringido. Si bien en el transcurso de la historia varía la participación en la educación que cabe a ambas formas, en lo fundamental las dos desempeñan funciones peculiares que son intercambiables. Loch, en sus ya mencionados *Aportes a una fenomenología de la conversación y enseñanza*, investigó esta relación como "una relación polarizada de oposición y complementación" y analizó en esa ocasión ambas funciones con toda claridad.³⁰ Por más que el énfasis de su tratado incida más en la elaboración de la situación conversacional (que él no determina en forma en exceso diferenciada), muestra sin embargo de modo simultáneo el derecho de la otra parte. Frente a la tan difundida sobrevaloración de la conversación en la escuela que rige hoy, puede verse en las páginas de Loch una verdadera rehabilitación del discurso didáctico.

Es cierto que el antagonismo entre "conversación" y

³⁰ Loch, op. cit., pág. 641.

"enseñanza", por más que objetivamente visto se nos imponga, no es aceptable sin reservas en sentido conceptual. La conversación es una modalidad del habla, mientras que la enseñanza existe no sólo en el ámbito del lenguaje, sino también en el de la vida activa inmediata —piénsese sólo en la enseñanza de un oficio—, en el que se obra mediante el ejemplo, al mostrar cómo se hacen las cosas, etc., circunstancia sobre la cual Loch mismo llama la atención en forma expresa al tratar de la "pre-estructura" de la enseñanza.³¹ Asimismo, en la medida en que se mueve dentro del medio lingüístico, la enseñanza puede adquirir decididamente las formas del hablar recíproco —cuando recurre a preguntas que expresan la ansiedad de saber y a respuestas instructivas, o al repaso verbal y al subsiguiente examen—, sin convertirse con ello en una verdadera conversación. En el plano pedagógico será lo mejor definir esta antinomia como conversación por un lado y discurso didáctico por el otro.

Y en tal caso será un elemento decisivo que el coherente discurso didáctico mantenga una importancia fundamental, no trasladable a formas dialógicas. En la medida en que la tarea de la escuela consiste en transmitir un acervo de saber y habilidades previamente dado, que a su vez sólo puede ser tratado mediante un ordenamiento esquemático, conserva el discurso didáctico en la clase su plena justificación. Una vez reconocido esto en lo fundamental, surge el problema ulterior respecto a cómo deberán sopesarse en la enseñanza las formas monológica y dialógica en mutuo cotejo y cuál es la función necesaria que cumplen estas dos formas de la enseñanza. Ya nadie querrá sacrificar la rica cosecha de la reforma pedagógica que estimula la actividad propia del alumno. Pero también habrá que reconocer que la enseñanza en su totalidad jamás podrá disolverse en la conversación o en formas similares a la conversación.

Esto, empero, nos conduce de vuelta a la cuestión general: ¿qué constituye, en el marco de las diversas for-

³¹ Loch, *op. cit.*, pág. 649.

mas del discurso, lo específico del discurso didáctico pronunciado en clase? En lo esencial se trata del mismo rasgo que hemos destacado como característico de la disertación, a diferencia de las formas del discurso que se dirigen a la voluntad y al sentimiento: la ley de la objetividad sobria. También en este sentido el discurso didáctico pronunciado en clase se diferencia tanto de la arenga política como del sermón y se acerca a la forma general de una disertación, de una conferencia. Una cierta diferencia parece consistir en que la disertación ocasional tiene un sentido en sí que debe conquistar a los oyentes en cada caso, despertando su interés en el asunto, mientras que la clase escolar tiende a conservar un contexto didáctico más amplio. Su intención es enseñar y no sólo adocinar o informar. Vale decir: su misión no es tratar de un solo tema por separado, por interesante que éste pueda ser en sí, sino transmitir un amplio conocimiento de todo un dominio temático. Por otra parte, no sólo debe transmitir conocimientos, sino también desarrollar habilidades, promover intuiciones, cultivar formas del pensamiento y comportamientos de trabajo. Todos estos son puntos de vista ajenos a la disertación ocasional.

Debe agregarse otro aspecto: en el caso de la disertación en un sentido general resulta muy discutible cuánto asimila el oyente, y el disertante no tiene ninguna posibilidad de averiguarlo. De otro modo, transgrediría sus límites y convertiría la libre relación con los oyentes en una relación pedagógica. El maestro, en cambio, es responsable del éxito de su enseñanza. Esto exige no sólo una búsqueda de sencillez y claridad, sino también la necesidad de involucrar al alumno mediante preguntas confirmatorias y el repaso de la materia, hasta llegar a la introducción al pensar y trabajar en forma independiente. Nos encontramos con ello de lleno en el ámbito de la didáctica, ya ampliamente investigada en cuanto teoría autóctona y que ha producido una literatura casi inabarcable. Sería de desear que desde este ángulo se elaborara con mayor precisión la adecuada forma discursiva y expositiva de la disertación didáctica, y se señalara

el punto llegado al cual ésta requiere por sí misma, movida por una necesidad interior, la introducción de formas didácticas dialógicas.

e) *La conversación libre.* Si bien la conversación libre y desembarazada no forma parte de la enseñanza regular, ello no significa sin embargo que tal conversación no desempeñe ninguna función pedagógica. Tiene su lugar sin duda en la relación entre maestro y alumno, aunque no en la atmósfera teleológica de la enseñanza, sí en el espacio libre de objetivos, en el recreo, en la excursión, en el encuentro fuera del colegio. Y aún más, desde luego, en las relaciones educacionales extra escolares, cuya forma más simple es la relación entre padres e hijos. Sin embargo, en este sentido debe observarse con todo rigor una frontera esencial: puesto que una conversación genuina en el fondo sólo es posible cuando se reconoce una plena igualdad de derechos, sólo podrá desarrollarse en la medida en que el mayor reconozca esa plena igualdad de derechos del menor y converse con él de persona a persona. Esto significa que la conversación sólo puede desarrollarse en un espacio que excluye toda intención educativa. Pues la voluntad de educar anula necesariamente la igualdad de derechos. Si en tales casos una conversación logra a pesar de todo o quizás precisamente por eso efectos educativos, se trata de un resultado más allá de toda labor planificada, consecuencia del acontecimiento en sí mismo. No puede provocarse conscientemente semejante conversación fructífera en un sentido pedagógico. No podemos menos que reconocer que en general existen muchos efectos, pedagógicamente decisivos, que no pueden ser inducidos por el hombre en forma intencional. Forma parte de estos efectos, en el plano más elevado, la conversación profunda cuando se desarrolla por sí misma. Ahora bien, también en este caso hemos de discriminar una vez más entre las diversas formas del hablar unos con otros, pues junto a estas formas de la conversación libre fuera de la intención pedagógica, existen otras posibilidades de hablar unos con otros en las que cobra impor-

tancia precisamente la superioridad de una de las partes, [a parte educadora. Aun cuando por lo general se da el nombre de conversación también a estas formas, no se trata de conversaciones en el sentido estricto que nosotros postulamos. Pertenecen a este grupo la conversación con un guía espiritual, la conversación terapéutica, etc., todas las cuales responden a su propio sentido interior únicamente cuando se reconoce con claridad su estructura conversacional, que se diferencia de la de la auténtica conversación.

f) *El desahogarse*. Para explicitar tales posibilidades muy diferenciadas unas de otras, recurriré a un ejemplo singular, si bien muy importante: el desahogarse. Ante todo, para clarificar el uso lingüístico: a diferencia del desahogo que mencionáramos antes, durante el cual dos partes se desahogan recíprocamente con motivo de una cuestión conflictiva con el fin de eliminar obstáculos que se han levantado entre ellos, en este caso se trata más bien de una necesidad que siente un hombre más joven de desahogarse ante otro generalmente mayor y más maduro. Se manifiesta en él esta necesidad porque espera del otro una ayuda con respecto a las incertidumbres y dificultades que él solo no puede superar. Preguntamos por el sentido de esta forma de desahogarse, vale decir por la función que adquiere al respecto la explicación verbal, y por el significado que tiene el hecho de que el desahogo tenga lugar ante el otro, ante un oyente digno de confianza y comprensivo. Preguntamos además cuál es la estructura dialógica resultante de esa situación.

Naturalmente, lo que interesa en primer lugar es que la formulación verbal de por sí contribuya esencialmente al esclarecimiento de lo que, por ser confuso y amenazador en su confusión, oprime al hombre en cuestión. Sin embargo, no se trata tan sólo de la formulación lingüística, pues si así fuera, también el sentarse uno a escribir calladamente, reflexionando sobre sus propias ideas, obtendría el mismo éxito. En estos casos, ya por su mera presencia el oyente cumple una función inductora: me-

diante su atenta expectativa estimula la marcha del proceso de formulación verbal, que, si se tratara sólo de un monólogo (oral o escrito), se estancaría bien pronto. En esta situación, por otra parte, una vez que ha comenzado a decir lo que tiene que decir uno se ve forzado a hablar hasta el fin. No es posible detenerse a mitad de camino. En este sentido ya la franqueza que se manifiesta frente al otro, el modo comprensivo de escuchar y la confianza brindada tienen un efecto liberador y animan a proseguir. Pero esto no basta, ya que el que trata de desahogarse espera más que esa atenta forma de escuchar. Espera del otro una activa participación en sus reflexiones. Sólo gracias a esa circunstancia se trata, pese a toda unilateralidad direccional, de una genuína conversación. En el desahogo se da simultáneamente una forma mancomunada de la reflexión. El oyente opone reparos, plantea preguntas que amplían el panorama cuando las cosas no parecen quedar en claro; también se presta a dar informaciones y enseñanzas cuando dispone de un saber más vasto que el de su interlocutor. Sobre todo, ve las cosas también desde otro punto de vista y así lo expresa en la conversación. De tal modo, el que necesita desahogarse se libera de sus propios prejuicios y errores. El asunto en cuestión es liberado de la inhibición subjetiva. Por este motivo uno procura el desahogo, sobre todo cuando teme estar en un callejón sin salida. Tanto lo falso como lo correcto, una vez expresado, se tornan palpables. Se hace cosible entonces ponerse de acuerdo con lo que sucede. Se logra reconocer lo falso en su falsedad y entonces es más fácil dejarlo de lado. Pero al mismo tiempo uno se ve confirmado en la certidumbre con respecto a lo que ha reconocido como correcto. También se atreve uno a mejorar su relación con lo correcto luego de haber pasado lo correcto su examen de validez.

Semejante desahogo puede variar según el tema o la cuestión de que se trate, y, según sea el caso, ocupan el primer plano puntos de vista diferentes. Los casos más sencillos son aquellos en que se trata de dificultades objetivas que se someten a la consideración conjunta. La fun-

ción del desahogo es en este caso un reiterado examen crítico de las posibilidades y de la conducta que debe adoptarse. La conversación se mantiene entonces en términos absolutamente concretos. El que se desahoga no tiene la intención de abrir su corazón, no se llega a tocar en absoluto asuntos personales y éstos, por lo tanto, no pueden obstaculizar la discusión. Tal vez sería lógico hablar entonces de una simple conversación consultiva y no incluir el caso en este grupo.

Ciertamente, los problemas más serios surgen sólo cuando las dificultades son interiores, anímicas, que mueven al hombre a quien acosan a procurarse el desahogo, sobre todo en los casos en que ya no ve ninguna salida a causa de graves complicaciones culposas. No tienen por qué ser siempre casos tan graves, pero con fines de orientación es mejor que hablemos del caso extremo. En tales circunstancias el desahogo debe ayudar en la emergencia a la persona afectada. Esto no se logrará si el otro sólo trata de aplacarlo y declara con tono de consuelo que "no es para tanto", que "todo esto no es tan grave". Más bien es necesario tomar el problema muy en serio y tratar de ver decididamente la causa de las dificultades. La función del desahogo en una conversación es la de una purificación crítica. Para ello debe penetrar en profundidad. Con inexorable claridad ha de apartar todas las apariencias superficiales, todas las excusas y pretextos, a fin de acercarse al meollo de la dificultad.

Esto exige una franqueza ilimitada, ante todo por parte de aquel que necesita desahogarse, quien no debe ocultar nada que pudiera alegarse contra él. Pero también la exige por parte del otro a quien se dirige, que tiene el deber de no pasar nada por alto movido por una falsa consideración. Semejante conversación de desahogo es en primer término una crítica y sólo puede cumplir esa función si con toda dureza pone a descubierto las dificultades y las faltas y también la culpa existente. Sólo sobre esta base podrá luego, en una segunda fase, resultar constructivo el desahogo, obteniéndose realmente consejo y ayuda con respecto a lo que haya que hacer. A ello se agrega

otro aspecto: es la acogida comprensiva de lo que se dice por parte del que oye. ¿ues una conversación de desahogo no es un interrogatorio y no debe degenerar en tal aun en las situaciones más espinosas. El que presta el oído no es juez, sino alguien destinado a dar ayuda. La franqueza sin restricciones, sin la cual el desahogo no podría conducir al éxito, debe brindarse voluntariamente. El que se presta a esta conversación puede sin duda señalar esta condición previa del éxito, vale decir pedir franqueza, pero jamás deberá arrancarle al otro, con astucia o artes de desenmascaramiento, algo que no entrega voluntariamente. La conversación de desahogo se mueve en una atmósfera de confianza y de un máximo respeto en el plano humano. Donde se quiebra esta condición, se han transgredido los límites de este tipo de conversación, que en tal caso sólo puede quedar interrumpida.

Ahora bien, la acción auxiliadora y esclarecedora de esta comprensión rige también en casos más simples, en que no se puede hablar en absoluto de culpa y complicación, a menudo ni siquiera de dificultades reales, sino a lo sumo de una sensación de torturante inseguridad que impulsa a un hombre a confiarse a otro. El hombre, y particularmente el hombre joven, manifiesta en tales casos su ansiedad de ser comprendido por una persona que le muestre su adhesión. Esto tiene validez, por ejemplo, en aquellos casos en que el vuelo de nuevos pensamientos y de elevados ideales arrastra a uno hacia dimensiones imprevisibles, o bien cuando irrumpen nuevos sentimientos y pasiones, hasta ahora desconocidos, digamos un incipiente amor, hasta el punto de inquietarlo, puesto que cree no reconocerse ya a sí mismo. Siente la necesidad de poder esclarecerse a sí mismo mediante el desahogo frente a un hombre comprensivo y superior. Y esta necesidad ha de ser entendida por el hombre mayor en toda su profunda justificación. No tiene derecho a sustraerse a semejante exigencia.

Tal como lo expresó Nietzsche cierta vez: "Uno solo nunca tiene razón, pero entre dos comienza la verdad",³²

³² Nietzsche, *op. cit.*, vol. 5, pág. 203. Cf. L. Feuerbach: "Dudo de lo que veo yo solo; sólo aquello que también ve el otro es seguro". Obras completas, ed. W. Bolin y F. Jodl. Stuttgart, 1903 y sigs., vol. 2, pág. 304.

así también en este caso no sólo se trata de que en la atmósfera de la cálida comprensión se disuelvan los espasmos y se reordenen espontáneamente las cosas en confusión, sino que gracias a tal comprensión se liberen asimismo de su desorientación subjetiva, se purifiquen y se eleven a un nivel humano más amplio. El que se desahoga siente una especie de justificación y confirmación. Pues lo que se le puede hacer comprender a otra persona cobra al mismo tiempo validez general y resulta como ser incorporado al vasto acervo de lo humano. Esto rige aun cuando se trate de casos de serias fallas y de culpa real. Tales casos, por cierto, no se archivan, ni se anulan, ni son subvalorados. La función crítica de la conversación de desahogo se mantiene muy decididamente. Pero cuando se lo reconoce como posibilidades subyacentes en la naturaleza humana y se llega a la conclusión de que no por ello el que ha incurrido en esa culpa queda eliminado del ámbito de lo humano, tales casos se liberan del carácter de algo sin esperanza y fuera de lo humano. Únicamente así se puede inspirar la fuerza necesaria para un escarmiento radical que permitirá emprender un nuevo comienzo.

Para quien presta su oído y aconseja, todo ello implica gran responsabilidad pedagógica. El que la acepta asume al mismo tiempo una ligazón humana. Si bien no puede ahorrar los juicios objetivos al que se desahoga, ya que es necesario que éste reconozca su responsabilidad, el oyente ha de penetrar con su propia reflexión y con íntima participación en los problemas: su misión es consolar y aconsejar y así debe introducirse con su propia alma en las necesidades y emergencias del otro. Escuchar en tales circunstancias constituye siempre un serio compromiso y sólo una verdadera confianza logrará que se pueda ayudar al otro. Permanecer en una posición de pura objetividad, escuchar y preguntar para sólo así conseguir un

esclarecimiento, puede ser admisible en ciertas situaciones terapéuticas —que no me atrevo a juzgar—, pero en cualquier situación pedagógica resultará antinatural y en última instancia inhumano. Cuando se llega a una situación semejante, el educador, desde el punto de vista humano, ha fracasado.

Esta forma de desahogarse ante otro, ante una persona mayor y más madura, que necesariamente tiene lugar de manera confidencial, acaso sea la forma más profunda de la conversación pedagógicamente fructífera. No puede ser provocada en forma artificial, y el intento de una intervención directa conduce por lo general a que el joven se retraiga amedrentado. Sí debe ser aceptada tal conversación cuando el joven la busca y entonces el mayor puede allanarle el camino hacia ella yendo cautelosamente a su encuentro. Sin embargo, para que semejante conversación pueda conducir al éxito, el educador deberá haber meditado previamente sobre todas sus posibilidades, apreciando con claridad la responsabilidad que asume.

Partiendo de esta forma simple de desahogarse se desarrollan luego las ya mencionadas posibilidades de conversación educativa en sentido más amplio: la conversación médica, en particular la terapéutica, la conversación sacerdotal, etc. Se diferencian de la forma de desahogo hasta ahora tratada por el hecho de que en estos casos la otra parte, a raíz de una específica responsabilidad como médico, como sacerdote o sencillamente como padre y madre y en general como educador, intenta intervenir directamente con exigencias y exhortaciones. Desde este ángulo tales conversaciones adquieren un carácter más duro, y cada una de ellas ostenta sus propias reglas. La posición médica del terapeuta no es la misma que la del sacerdote que se halla preocupado por la salvación del alma.

Como caso extremo de esta serie se presenta la severa amonestación o exhortación que trata de penetrar con su palabra en la conciencia del otro y se convierte de este

modo en una forma de hablar unilateral, limitándose la participación del interpelado a un asentimiento a menudo obtenido a la fuerza y, en ciertos casos, a la promesa de enmendarse.³³

³³ Ref a la amonestación, cf. O. F. Bollnow, *Existenzphilosophie und Pädagogik. Versuch über unstetige Formen der Erziehung*. Stuttgart, 1965³, cap 3: *Die Ermahnung*, págs. 60 y sigs.

SEGUNDA PARTE

I. LA APREHENSIÓN DEL MUNDO POR MEDIO DEL LENGUAJE

Hasta ahora hemos analizado con amplitud de miras la función del lenguaje en el trato de los hombres entre sí, intentando fijar los diversos modos del habla, las diversas formas del trato hablado, como asimismo las correspondientes tonalidades del discurso. Hemos hablado también de las dificultades que deben superarse en la expresión lingüística. Ya en esta exposición quedó deslindado un vasto campo de investigaciones fértiles tanto en el sentido antropológico como en el pedagógico. Esto ha sido posible sin que previamente nos preguntáramos qué es el lenguaje, qué función le toca cumplir en la vida humana y con qué recursos desempeña sus tareas. Hemos abordado el lenguaje hasta cierto punto de un modo global como totalidad, pues habíamos partido del supuesto de que el lenguaje se encuentra a disposición del hombre desde siempre como algo obviamente dado. Si bien nos hemos ocupado así del uso del lenguaje, dejamos de prestar atención al lenguaje mismo.

1. EL REINO DE LOS NOMBRES

a) *La denominación de las cosas.* Ahora hemos de abordar un nuevo comienzo, con el fin de comprender más profundamente la función que el lenguaje tiene que cumplir en la vida humana y en el trato con el mundo. Se atribuye al investigador lingüístico suizo Saussure la burlona declaración de que las concepciones acerca del lenguaje de la mayoría de los filósofos aluden a nuestro patriarca Adán, quien llamó hacia sí a los animales para

otorgar a cada cual su nombre.¹ Esto sin duda no sólo vale en cuanto a los filósofos, sino que es aplicable también a los pedagogos, más aún, a la muy difundida concepción del lenguaje en general.

También a nosotros nos resulta práctico apelar a esta divulgada concepción, que ya se expresa en la historia de la creación registrada en el Génesis. Allí leemos: "Y Yahveh Dios formó del suelo todos los animales del campo y todas las aves del cielo y los llevó ante el hombre para ver cómo los llamaba, y para que cada ser viviente tuviese el nombre que el hombre le diera. El hombre puso nombre a todos los ganados, a las aves del cielo y a todos los animales del campo"... Bien podemos transferir lo que aquí se dice de los animales al contorno restante de la creación y luego a las cosas producidas por el hombre, o sea a toda la realidad. De acuerdo con esta concepción, la hazaña primaria del lenguaje consiste en dar nombres. Mediante los nombres el hombre consigue que el mundo circundante esté a su disposición. La palabra es un nombre y el nombre es una designación para las cosas. Las cosas se llaman como el hombre las denomina.²

Pero ya a este respecto se presenta una dificultad que a menudo pasa inadvertida. ¿Qué significa esta homología de la palabra y el nombre? ¿Qué es, en su primera acepción, un nombre? En sentido estricto el nombre es en primer lugar el nombre propio. Los hombres llevan un nombre. Se llaman Juan Pérez o Isabel González. Los hombres llevan nombres desde que están en posesión del lenguaje. No existen hombres sin nombre,³ aun cuando la característica del otorgamiento del nombre puede va-

¹ Citado por Gipper, *op. cit.*, pág. 271.

² Por el momento hago caso omiso del hecho de que la libertad humana para dar nombres tiene su límite, puesto que algunas cosas fueron denominadas por Dios mismo; Dios "llamó día a la luz y noche a las tinieblas", y lo mismo ocurrió con cielo y agua, tierra y mar. De modo que el hombre ya encontró algunas cosas previamente provistas de nombres. Más adelante hemos de ocuparnos todavía del significado de este hecho.

³ Cf. Trübners *Wörterbuch*.

riar mucho históricamente y no siempre haya adquirido la forma de nombre de pila y apellido como es usual entre nosotros.

El nombre sirve para designar a tal o cual hombre determinado y diferenciarlo así en cuanto individuo inconfundible con otros y también para mantener esta situación más allá de posibles separaciones. "El nombre propio sirve para la identificación", dice Ammann en su trabajo de investigación fundamental para el presente contexto, que se titula *El habla humana*.⁴ En este sentido el nombre es comparable al ademán señalador. Sin embargo, es distinto si en medio de una muchedumbre (pongamos por caso, una clase escolar) señalo a un hombre con el dedo o lo llamo por su nombre. En el primer caso se trata sólo de un hombre aislado destacado por un momento y que luego vuelve a hundirse en la masa; en el segundo, se trata de un individuo determinado que se siente aludido o interpelado muy de otro modo, o sea "personalmente". Por eso es también posible designar non su nombre a un hombre aun cuando no esté presente. Por eso Ammann, eme subrayó agudamente esta situación particular del nombre propio, enfatiza: "El nombre propio puede concebirse en su función identificadora como un elemento demostrativo orientado hacia un objetivo único. Así como la línea prolongada que sale dpi dedo índice toca el obieto colocado en el espacio, así la relación teleológica del nombre alcanza su obieto pasando por sobre todas las barreras espaciales y temporales".⁵ Pero no solamente los hombres pueden disponer de un nombre propio, sino también los lugares en el espacio. También ciudades, montañas, ríos, etc., poseen su nombre propio. Con ello, sin embargo, nos acercamos al límite. Fntre los animales sólo los muv cercanos al hombre fun cerro, por ejemplo) obtienen un nombre propio, v rara vez se aplica un nombre individual a obietos inanimados. Aun cuando entre ellos se distingue a algún ejemplar

⁴ Ammann, *op. cit.*, 1* parte, pág.

⁵ Ammann, *op. cit.*, pág. 69.

determinado, diciéndose, por ejemplo, "mi casa" o "mi escritorio", no se los individualiza sin embargo mediante un nombre particular. Se trata, pues, tan sólo de un estrecho segmento de la realidad, la que goza de la distinción de un nombre propio.

Ahora bien, no cualquier nombre es un nombre propio. Ya en la historia del Génesis se decía que los animales obtuvieron sus nombres, pero con ello no se quería expresar que los animales uno por uno hubieran obtenido sus nombres individuales, sino que las especies animales, tales como caballo y vaca, león y lobo, etc., habían sido designadas con su nombre. Los nombres designan a las especies animales, a las especies vegetales. Todas las especies y subespecies de la naturaleza, en la medida en que nos son conocidas, llevan un nombre. Y en este caso la relación varía. No lleva el nombre el ejemplar individual, sino para la definición de la especie a la cual éste pertenece, y todo lo que forma parte de tal especie. Esto "es" luego el individuo. De acuerdo con el ejemplo de Ammann: el animal se llama león, el determinado león en la jaula, en cambio, no se llama león, sino que es un león, la rosa en el jarrón no se llama rosa, sino que es una rosa, etc.⁶

Pero podemos avanzar un paso más: también las cosas de nuestro mundo circundante poseen sus designaciones lingüísticas, aun cuando en este caso podemos preguntarnos si tiene sentido seguir hablando de nombres. Todas las herramientas y utensilios y todo lo que en general es reconocible en nuestro mundo como una conformación de figura determinada, lleva una palabra con la que lo denominamos, en este sentido, pues, un nombre, y este nombre expresa "qué" es la cosa en cuestión. Diremos de modo provisional (que seguidamente habrá que modificar) : el nombre designa una noción con la cual concibo la cosa en cuestión. O bien podemos recurrir a la formulación más cautelosa, pero que no deja de suscitar dudas, de Ammann: "Se da nombre, en el sentido riguroso de la

⁶ Cf. Ammann, *op. cit.*, pág. 83.

palabra, no a la cosa individual y tampoco a la totalidad de las cosas de un género; se da nombre a la cosa, y tras la denominación se oculta la idea de la cosa".⁷

Por el momento nos apartaremos en forma provisional de estas definiciones y resumiremos con Ammann: "Vivimos en un mundo de cosas nombradas, un mundo donde todo tiene su nombre, todo lo que supuestamente permanece o bien retorna con regularidad".⁸ Fundamentalmente el nombre es casual, puede ser elegido deliberadamente por el hombre y basta para designar al ente de que se trata, con tal de que cumpla su función. Es esto lo que se quería decir en la narración del Génesis.

b) *El apoderamiento por los nombres.* Así comprendemos la función originaria del nombre: mediante el nombre el mundo se nos torna disponible. Sin nombre todo se vuelve borroso. Sólo gracias al nombre se hace posible destacar en la corriente algo determinado que se repite, que retorna. He ahí la función del lenguaje que Herder reconoció con toda claridad. Reproduciré el pasaje decisivo textualmente: "El hombre demuestra su reflexión cuando la energía de su alma obra con tanta libertad como para lograr, dentro del gran océano de sensaciones cuyo rumor lo atraviesa, afectando todos sus sentidos, separar, si así puedo decirlo, *una* ola, para detenerla, dirigir su atención sobre ella y cobrar conciencia de que ella presta atención. Demuestra su reflexión cuando en medio de todo el ensueño flotante de las imágenes que desfila ante sus sentidos, logra concentrarse en un momento de vigilia, ateniéndose voluntariamente a *una* imagen, sometiendo a ésta a una clara y quieta contemplación, y separando para sí señales que indiquen que éste es el objeto y ningún otro... Esta *primera* señal del reconocimiento meditativo ¡fue la palabra del alma!, ¡con ésta se inventó el lenguaje humano!"⁹ Luego ilustra esto con el ejemplo

⁷ Ammann, *op. cit.*, pág. 84.

⁸ Ammann, *op. cit.*, pág. 81.

⁹ Herder, *Vom Ursprung der Sprache, op. cit.*, vol. 5, págs, 34 y sig.

de la oveja: "Ahí está, de pie, enteramente tal como se manifiesta a sus propios sentidos. Blanca, suave, lanuda... su alma, que se ejercita meditando, busca una señal. .. ¡la oveja bala!, ha encontrado una señal... La oveja vuelve. Blanca, suave, lanuda... ve, tantea, reflexiona, busca una señal... bala, ¡y entonces vuelve a reconocerla! '¡Ja!, ¡tú eres la que bala!', siente en su fuero íntimo; lo ha reconocido humanamente, puesto que lo reconoce con claridad, esto es, con una señal, y lo nombra".¹⁰ El nombre, por lo tanto, hace posible que en la corriente sin pausa de los fenómenos, "en el gran océano de sensaciones", se pueda retener algo determinado para volver a reconocerlo en un momento venidero. Mediante la nominación las cosas se tornan asibles y de tal suerte el hombre conquista una posición firme en el mundo.

De ahí procede la sed de nombres característica de cierta edad del desarrollo infantil. De manera incansable los niños preguntan: ¿qué es esto? Y cuando se les dice la palabra correspondiente se dan por satisfechos y no siguen preguntando qué se quiere decir con ello. Ellos avanzan penetrando en su mundo, tratando de acoger dentro de sí, antes que nada, el caudal de los nombres. Aquello que ya conocen por su nombre, deja de parecerles extraño. Ha perdido su condición amenazante. Muchos hombres adultos conservan esta propensión. Así, por ejemplo, desde una atalaya para observar un paisaje, se muestran ansiosos por enterarse de los nombres de todas las montañas aunque nunca hayan oído hablar de ellas, de modo que no les dicen nada y probablemente caerán en el olvido en el próximo instante. Es como si sólo al nombrarse el nombre alcanzara su conclusión la vivencia visual.

Aun cuando hoy ya no creamos en el poder mágico del nombre, el conocer el nombre implica, sin embargo, también para nosotros en situaciones inciertas algo tranquilizador. Un ejemplo de Ammann: "Un diagnóstico médico contiene siempre algo de tranquilizador frente a la terrible incertidumbre acerca del carácter de la en-

¹⁰ Herder, op cit., pág 36.

fermedad. Una vez que la cosa ha sido llamada por su nombre, se tiene la sensación de no tener que enfrentarla ya con total impotencia, aun cuando las reales posibilidades de ayuda sean bastante reducidas". Es que también para nosotros vale aquello de que "el nombrar... es el primer acto de dominio espiritual".¹¹

Esto tiene fundamental importancia pedagógica y bastaría sin más para poner fin al tan difundido desprecio respecto a las "meras palabras". Únicamente a través de las palabras aprende el niño a conocer a su mundo. En este sentido Jean Paul enfatiza: "Mediante la denominación se conquista lo exterior como se conquista una isla".¹² O en otro lugar: "Sin la palabra índice —el dedo índice espiritual...— la vasta naturaleza se levanta ante el niño como una columna mercurial carente de escala barométrica".¹³ No puede reconocerse en ella nada definido. De modo fundamental lo expresa también Fröbel: "Es como si cada cosa se hubiera vuelto cosa para el niño sólo en virtud de la palabra. Antes de la palabra, aun cuando el ojo externo parecía advertirla, no existía para el niño en absoluto; es como si sólo la palabra hubiese creado la cosa para el niño".¹⁴ La palabra no es, por lo tanto, algo posterior, añadido a una cosa preexistente, sino que la palabra crea la cosa. "Aun cuando el ojo externo parecía advertirla", no existía para el niño, no constituía ningún miembro de su mundo.

Esto rige como fundamento absoluto: vemos en nuestro mundo circundante sólo las cosas para las cuales nuestro idioma tiene nombres. Todo lo demás es como si no existiera, como un oscuro bastidor de fondo añadido. Pensemos, por ejemplo, en el mundo de las plantas. Es un error creer que las plantas existen para todos los hombres con idéntica diversidad. Vemos únicamente aquellas plan-

¹¹ Ammann, *op. cit.*, págs. 89, 90.

¹² Jean Paul, *Levana*. Parágrafo 131. *Obras completas*. Edición histórico-crítica. Iª sección, vol 12. Weimar, 1937, pág. 363.

¹³ Jean Paul, *Levana*. Parágrafo 131, *op. cit.*, pág. 363.

¹⁴ F. Fröbel, *Menschenziehung. Ausgewählte Schriften*, ed por E. Hoffmann. Vol. 2. Bad Godesberg, 1951, pág. 56,

tas para las que tenemos nombres. Sin duda, es posible que en forma ocasional pueda advertirse con alegría estética una flor hermosa sin que se sepa de qué clase de planta se trata. Uno se asombra y se alegra por un instante, pero luego se nos escapa, no es posible retenerla en la memoria. Y para ver en general una nueva especie de plantas se requieren conocimientos botánicos bastante notables.

Por supuesto, esto no sólo es válido en lo referente al mundo externo perceptible a través de los sentidos, sino en una medida mucho mayor cuando se trata de la vida interior del hombre mismo, de sus sentimientos y sensaciones, de las cualidades de su alma, de sus virtudes y vicios, etc. Todos estos aspectos como tales sólo se determinan mediante la designación lingüística. Con ella se destacan y se tornan asibles para la percepción interior. Stefan George lo ha resumido en un verso, inspirado con profundo sentido en Heidegger: "No sea cosa alguna donde caduca la palabra".¹⁵ De hecho, lo que rige es el postulado fundamental de Wittgenstein: "Los límites de mi lenguaje implican los límites de mi mundo".¹⁶ Sólo que tales "límites de mi mundo" no permanecen invariables, pues el hombre tiene la posibilidad de destacar lo nuevo y nunca viste mediante el recurso de denominarlo con un nombre, recogiénolo así en su mundo como algo que en adelante existirá para él. De este modo se manifiesta la gran realización creadora de la nominación, que jamás queda concluida y que hasta cierto punto aún hoy continúa. También Nietzsche declara: "¿Qué es originalidad? Ver algo que aún no lleva nombre, que aún no puede ser nombrado a pesar de encontrarse ante los ojos de todo el mundo".¹⁷ Y Presser, al citar estas palabras, agrega: "El mundo se enriquece con cada nueva palabra; pues

¹⁵ Stefan George, *Das Wort*. Cf. al respecto M. Heidegger, *Das Wort. Unterwegs zur Sprache*. Pfullingen, 1959, págs. 217 y sigs.

¹⁶ L. Wittgenstein, *Tractatus logicophilosophicus* 5.6, op. cit., pág. 64.

¹⁷ Nietzsche, *Fröhliche Wissenschaft*, op. cit., vol. 5, pág. 203.

cada nueva palabra es una luz que alumbra algún rincón del mundo y torna visibles cosas, pensamientos y sentimientos que antes yacían inadvertidos en la oscuridad".¹⁸

c) *El deslinde en el marco de lo que fluye*. Ahora bien, no siempre las circunstancias son tan simples como en el caso de los animales y las plantas, donde las especies definidas se ven premodeladas por la naturaleza misma. Así, por ejemplo, cuando se quiere catalogar una planta, es posible dudar acerca de si se trata de un género o de otro, pero —haciendo caso omiso de excepciones— nunca puede tratarse de un ejemplar intermedio entre los dos géneros. Algo similar sucede también con respecto a las cosas fabricadas por los hombres, en cuyo caso ya su finalidad utilitaria determina "qué" son. Lo mismo observamos en lo referente a casi todas las conformaciones de contorno bien definido. Sin embargo, no siempre las cosas aparecen claramente definidas por sí mismas. Weisgerber lo ha ilustrado gráficamente con el ejemplo de las constelaciones, puesto que allí el ordenamiento no está dado por la naturaleza, sino que procede notoriamente del arbitrio de los hombres que determina cuáles son las estrellas del cielo que va uniendo para formar determinadas constelaciones.¹⁹ Esto clarifica de modo muy bello la generalidad de los casos en que la realidad se presenta como una transición constante entre una y otra, de modo que el deslinde queda librado al albedrío, y el lenguaje puede arrojar la red de sus designaciones de manera muy diversa sobre la realidad. "En un proceso multiforme los fenómenos se transmutan unos en otros, se entrelazan entre sí, y se requiere un acto de libre albedrío cuando se presenta la necesidad de ordenarlos para que se vuelvan comprensibles."²⁰

¹⁸ H. Presser, *Das Wort im Urteil der Dichter. Ein Beitrag zur Sinndeutung des dichterischen Worts*. Diss. Bonn, 1940.

Agradezco este trabajo, rico en ideas y reflexiones, numerosas y valiosas indicaciones.

¹⁹ I. Weisgerber, *Vom Weltbild der deutschen Sprache*, vol. 1. EKisseldorf, 1953², pág. 40.

²⁰ Weisgerber, *op. cit.*, pág. 40.

Como ejemplo elocuente que ilustra con nitidez esta realización del lenguaje, señalaremos las designaciones de los colores. Estamos acostumbrados a diferenciar cuatro colores básicos: rojo, amarillo, verde y azul. (Si hoy día el verde se considera ocasionalmente como color mixto, esto es consecuencia de una reflexión posterior basada en las relaciones entre los colores y no en lo inmediatamente dado.) Pero en la "realidad" propiamente dicha estos colores no se encuentran preformados. Allí tenemos más bien (si nos limitamos a los colores "puros") la gama cerrada dentro de la cual los colores se disuelven constantemente unos en otros y en la que ninguno de ellos se destaca respecto a los demás. En el fondo también se podría insistir arbitrariamente en otros colores como básicos. Y si dentro de la realidad visible consideramos a tales colores como colores "puros" y a otros en cambio como mixtos, ello no se basa en una predeterminación de la naturaleza, sino en una orientación de la percepción, dada por las designaciones de color previamente establecidas. Esto lo acentúa Porzig partiendo del espectro solar: "Ahí tenemos una gama de colores que se extiende a través de una infinita secuencia de transiciones desde el púrpura hasta el violeta. En rigor, no existen dentro de esta secuencia puntos destacables. En torno a qué lugares de la gama agrupa uno las diversas matizaciones, vale decir, cuántos y qué colores admite, es cosa de la percepción eslabonadora. Este eslabonamiento se lleva a cabo con ayuda de las palabras, vale decir de los nombres dados a los colores".²¹ De modo que la percepción del color se ve de antemano dirigida por el lenguaje mediante sus designaciones lingüísticas. El hecho, empero, de cuáles son los colores que el lenguaje destaca como básicos, constituye un azar histórico, pues la situación también podría darse de otro modo, y, por otra parte, se ha dado de otro modo tratándose de otras lenguas.

Un ejemplo muy instructivo lo proporciona el arco iris. Posee, "como se sabe", "los siete colores del arco iris".

²¹ W. Porzig, *Das Wunder der Sprache*. Munich, 1950, pág 59.

Pero si se le pide a un hombre desprevenido de nuestra época, que hasta ese momento estaba seguro de ese número de siete colores, que los nombre, en la mayoría de los casos se trabará y le costará encontrar el séptimo color. En realidad tenemos que enfrentarnos una vez más con el *continuum* fluyente, en el cual no se encuentran pre-establecidas divisiones de ninguna clase que pudieran servir a la aplicación de formaciones conceptuales. Y si preguntamos por qué el arco iris tiene siete colores y no tal vez cinco, la única respuesta podrá ser: porque en la imagen mítica del universo merece una especial distinción el número siete (así, por ejemplo, la semana tiene siete días). Y puesto que este principio ha perdido su validez en cuanto a nuestras designaciones de colores, nos resulta difícil reconocer la vigencia del número septenario.

Un ejemplo impresionante, que nos viene sobre todo de la lectura de Homero, lo constituye el hecho de que los griegos no tuvieran ninguna palabra para el azul, que a nosotros en cambio nos parece obviamente un color básico. Esto provocó en su tiempo toda una literatura acerca de la así llamada ceguera para el azul de los griegos. Hasta se pretendía explicarla aduciendo una conformación diferente del ojo. Las lenguas clásicas —así resume Ammann esta discusión— "si bien disponen de una cantidad de expresiones para referirse a este o a aquel tono de azul, no relacionan estas diversas manifestaciones con un valor básico dado, ni las conciben como matices de un mismo color. Para el hombre de la antigüedad el color azul, en efecto, no existe, y este hecho no pudo dejar de influir, por cierto, en la pintura antigua".²² A la inversa, existen por otra parte denominaciones griegas de colores (como *χρῆμα*) que para nosotros, los alemanes, resultan inaccesibles, "cerradas"²³ —aun cuando disponemos de ejemplos para tales denominaciones, ya que nos falta la comprensión del correspondiente núcleo central formativo de una unidad, y por lo tanto lo que allí aparece como un agrupamiento unitario, se nos presenta como

²² Ammann, *op. cit.*, pág. 129.

²³ Lipps, VS, pág. 28.

un compuesto de colores del todo diferentes. Algo similar sucede también con nuestra propia evolución del lenguaje: el hecho de que hasta bien avanzada la época del barroco la noche fuese parda, y de que sólo a partir del romanticismo sea azul, constituye un fenómeno que no puede explicarse con un cambio de significado de las palabras, sino que se funda en la circunstancia de que, en cada caso, se trata de cosas diferentes, que se ven unidas bajo el nombre de un color.²⁴ Aún hoy suceden cosas parecidas, cuando un color de moda (ya se trate de telas de vestir o de automóviles) pone de relieve como color determinado lo que hasta entonces sólo había sido un matiz casual de color; pero ahora estamos en condiciones de reconocer ese matiz también en otros contextos. Nuestra comprensión del mundo del color se ha visto con ello modificada y enriquecida.

Otro ejemplo más, extraído del copioso material que nos aportan los lingüistas con respecto a esta cuestión, es el siguiente: muchos pueblos habitantes de desiertos no saben distinguir entre verde y azul (ya que esta diferencia nada importa en su mundo), y en cambio disponen de numerosísimas designaciones colorísticas con referen-

²⁴ Ref. al problema de la noche parda, cf. K. Viëtor, *Die Barockformel "braune Nacht"*. "Zeitschr. f. deutsche Philologie", vol. 63, 1938, págs. 284 y sigs. Como documentos significativos pueden agregarse: Abraham a Sancta Clara: "Cómo se ve atravesado el aire húmedo por pardos velos" ("Huy! und Pfuy! der Welt". 1707. *Der Nebel*) ; Kant: "Cuando la temblorosa luz de las estrellas irrumpe a través de las sombras pardas de la noche" (*Obras*, ed. por E. Cassirer, vol. 2. Berlín, 1922, pág. 247) ; y también Nietzsche: "Sobre el puente se irguió en la noche parda" (*Venedig, op. cit.*, vol. 8, pág. 360). En cuanto a la historia de la palabra, cf. *Trübners Deutsches Wörterbuch*. El que la palabra pardo para decir violeta "sea en verdad una palabra muy distinta", de modo que dos palabras diferentes han confluído aquí sin diferenciarse para formar una sola, no es en este caso lo decisivo. Lo que importa es que en general hayan podido confluír y así hayamos concebido como uniformes cosas de aparición diferente y que a lo sumo se distingue en matices de clarooscuro; pues si en general el lenguaje guía a la percepción, esto significa que concebimos como congenial u homogéneo aquello que se designa con una misma palabra.

cia al amarillo y al marrón, esto es, los colores que predominan en el terreno de importancia decisiva en el mundo en que viven. Una vez más, ello significa que no sólo disponen en este sentido de una mayor cantidad de nombres, sino que al respecto también pueden ver más, que el dominio que les importa está estructurado para ellos con mayor riqueza.²⁵

Y aquí hemos de detenernos. La investigación comparativa de las designaciones de colores en los diversos idiomas ofrecería un campo abundante. Pero para nuestros fines sólo constituyen ejemplos, por cierto impresionantes, que demuestran hasta qué punto nuestra percepción es conducida por el lenguaje: sólo estamos en condiciones de percibir aquello para lo cual nuestro lenguaje tiene una palabra.

Con el ejemplo de los nombres de los colores quedó en evidencia un punto de vista general: si el mundo de las designaciones lingüísticas no está prefigurado en la realidad, sino que sólo ha sido aportado por el hombre y es realzado por éste, no existe ninguna estructuración general unitaria. Ésta difiere según las diversas lenguas, según los intereses y las necesidades vitales de los pueblos que las hablan. Es lo que ya Humboldt destaca: "Todas las demás (nociones, es decir no las constructivamente producidas, sino las que se encuentran dadas en el lenguaje natural) actúan sobre la zona situada en su centro, si así puede llamarse al objeto que ellas designan, con un corte que las interfiere y las separa de diversas maneras, e involucran menos y más y otros y diferentes destinos".²⁶ Cada lengua puede arrojar la "red" de sus nociones de diversa manera sobre la realidad. Las mallas de esta red no sólo pueden estrecharse de diverso modo, sino que, más allá de esta cualidad, también cada lengua puede juntar diversas cosas en una unidad, y separar por el

²⁵ Cf. Kainz, *op. cit.*, vol. 2, págs. 125 y sig. y la bibliografía allí indicada.

²⁶ W. v. Humboldt, *Obras completas*, edit por la Königlich-Preussische Akademie der Wissenschaften. 1ª sección. *Obras*, vol. 4, pág. 29.

contrario otras. Así surge una realidad construida de muy diversas maneras, dentro de la cual viven los hombres y en cuyo suelo arraigan y crecen los niños al aprender a hablar.

Los lingüistas, sobre todo los que se dedican a las llamadas lenguas "primitivas", han acopiado y puesto a nuestra disposición un rico material al respecto. Kainz lo ha resumido del modo siguiente en su *Psicología del lenguaje*: "Lo que más salta a la vista cuando se examinan los léxicos primitivos, es en todo caso la concreta especialización del vocabulario. Lo biológicamente importante, en virtud del acentuado interés que provoca, se pone de relieve también en el orden lexicográfico. Entre los lapones existen denominaciones específicas para el reno de un año, de dos años, de tres años y de cuatro años. Hay veinte palabras para designar el hielo, cuarenta y una para la nieve en todas sus formas, veintiséis verbos para el congelarse y para las formas del deshielo. Otra comprobación nos aporta el árabe antiguo con sus innúmeras expresiones para decir camello, león, etc. En reemplazo de nuestra palabra 'arena' los beduinos disponen de aproximadamente diez expresiones, mediante las cuales descomponen el objeto 'arena', que a nosotros nos parece uniforme, según su color, consistencia, resistencia al peso y demás elementos constitutivos importantes para ellos. Hay indios norteamericanos que tienen tal cantidad de expresiones especializadas para las distintas formaciones de nubes que sería imposible reproducirlas mediante el acervo lexicológico de una lengua cultural".²⁷ A nosotros no nos interesa en este sentido la estructura peculiar de las llamadas lenguas primitivas ni su polinomia ni el hecho de que en su ámbito vital dispongan generalmente de una mayor plenitud de denominaciones especiales, en desmedro de los conceptos generalizadores. Lo que en este sentido nos interesa es que en ciertas zonas para ellas importantes no sólo dispongan de mayor número de palabras, sino que con ayuda de éstas también se hallen

²⁷ Kainz, *op. cit.*, vol 2, págs. 124 y sig.

capacitadas para una percepción muchísimo más diferenciada, o sea que simplemente vean cosas que desde nuestro lenguaje nosotros no podemos ver.

Por otra parte, observar las lenguas primitivas puede a menudo servir para señalarnos rasgos de nuestra propia lengua que solemos pasar por alto. Sólo hemos de recordar el gran número de designaciones usadas para nombrar al caballo. Ciertos ámbitos vitales, que se destacan por su singular importancia para la vida, o que por lo menos se han destacado en este sentido alguna vez en la historia, se distinguen por un gran acervo de palabras y éste permite al hombre que de él dispone una visión y un trato más especializados.²⁸

d) *Las nociones como concepciones*. Habíamos partido de una representación simple del lenguaje, según la cual éste forma un reino de nombres con los cuales nombramos a la realidad. Así es como hay nombres propios y nombres genéricos, nombres para las cosas y para las nociones generales. Todo en nuestro mundo lleva su nombre. La clara determinación del nombre que pretendía que éste fuese una pura designación de un objeto, designación que en sí misma nada significa, fue ampliándose paso a paso y perdió con ello su definición. El nombre no es algo añadido a *posteriori* a un objeto de antemano conocido, sino que el nombre más bien transforma al objeto destacándolo como cosa determinada y definida. Y lo que en cada caso se destaca, no bien sobrepasamos el dominio de los puros nombres propios, depende del arbitrio de la lengua. Esto comienza por tener validez cuando se reúne a cosas nítidamente delimitadas mediante designaciones en común. La red de las designaciones lingüísticas puede tenderse de una manera más estrecha o más amplia, de tal modo o de tal otro. Pero esta regla adquiere mayor validez aun cuando se pretende trazar líneas fronterizas dentro del

²⁸ Cf. L. "Weisgerber, *Vom Weltbild der deutschen Sprache*. Semivolumen 2. *Die sprachliche Erschliessung der Welt*. Düsseldorf, 1954², págs. 66 y sigs., 79 y sig. *idem*, *Die Muttersprache im Aufbau unserer Kultur*. Düsseldorf, 1950, págs. 30 y sigs.

reino de las transiciones siempre fluyentes con el fin de destacar algo determinado. El lenguaje no hace el dibujo de un mundo ya estructurado, sino que en grado decisivo introduce el lenguaje la estructuración en el mundo. Es creativo. Podemos seguir designando como nombres todo este dominio de designaciones lingüísticas, a pesar de que la noción rigurosa del nombre comienza a disolverse entonces paulatinamente en cuanto designación pura.

Para comprender este influjo del lenguaje, hemos de dar todavía un paso importante. De modo deliberadamente indefinido habíamos dicho que las palabras constituyen nombres para nociones. Pero no quedó definido qué debe entenderse como nociones. De acuerdo con conceptos tradicionales, las nociones se obtienen mediante la abstracción de una diversidad dada y se determinan con definiciones. La definición se realiza académicamente mediante la indicación de una noción más amplia y que sea la más próxima superior, agregándosele un signo diferencial (mediante el *genus proximum* y la *differentia specifica*). (Digamos, por ejemplo: el cuadrado es un rectángulo con lados iguales entre sí.) Y puesto que dentro de la secuencia de las nociones es posible ascender cada vez más alto, la totalidad de las nociones va ordenándose en la conformación de una pirámide nocional, cuyo punto más elevado y más general es la noción del ser. A la inversa, partiendo de este punto es posible descender lentamente atravesando progresivas diferenciaciones hasta llegar a las nociones individuales. La posibilidad de abarcar el mundo con la mirada depende de este sistema.

A partir de este conocimiento se ha visto una y otra vez que una de las tareas esencialísimas de la educación y ante todo de la enseñanza escolar consiste en transmitir a los niños nociones claras, usando como criterio la posesión de definiciones nítidas. De ahí la gran importancia que se atribuyó a los ejercicios de definición. Y provocaba risa la falta de habilidad de los niños que contestaban a la pregunta por la noción según el esquema: X es, si... A este contexto pertenecen también los ejercicios de as-

cender hacia nociones superiores y descender hacia inferiores, cultivados particularmente por Basedow, por ejemplo. Tales ejercicios desempeñaban un papel grande en el quehacer escolar tradicional. Todo conocimiento cierto del mundo parecía depender de un conocimiento cierto de las nociones y éstas a su vez debían acreditarse mediante claras definiciones. En consecuencia, la aptitud para formar definiciones claras constituía la pieza medular de toda formación intelectual. Hubo algo, sin embargo, que debió haber despertado sospechas: la arti-ficiosidad y el carácter de juego inherentes a todos estos esfuerzos, que se observan aun en el caso de un educador tan genial como Pestalozzi. En el fondo, todos los ejercicios de definición eran sólo un ocioso deporte mental, perfectamente útil como ejercicio fortuito de las fuerzas intelectuales, pero que carecía de valor formativo importante.

El maestro sensato sentía sin duda esto, aunque sin encontrar salida alguna respecto a tal calamidad. Sin duda esa salida no puede hallarse mientras* se conserva el concepto de las palabras como nombres de nociones definibles.

Aquí debe entrar en función el nuevo modo de reflexionar y la premisa de cuestionar fundamentalmente el supuesto de que todas las nociones son definibles. Desde luego, puede darse por sobrentendido que ciertas nociones son definibles. Nociones matemáticas, físicas, pero también jurídicas y en general científicas, pueden y tienen que ser claramente definidas. Pero la cuestión que se plantea es si *todas* las nociones pueden ser definidas. Y a esta pregunta tendremos que responder negativamente. En el fondo, sólo puede haber nociones definibles allí donde es posible una estructura sistemática constructiva. No bien pasamos, en cambio, hacia el lenguaje nacido en la vida cotidiana, esta posibilidad cesa, sin que ello se haga notar como falla en nuestra forma de asumir la vida. Nos encontramos por lo tanto ante la alternativa o bien de atenernos al concepto tradicional de noción definible —y entonces nos vemos obligados a admitir que

hay muchas palabras sin que les correspondan nociones—, o bien de corregir en lo fundamental nuestros conceptos de noción.

A este respecto, le debemos una vez más a Hans Lipps la ruptura decisiva. Lipps designa esta otra forma, o sea las nociones no definibles, como concepciones. Luego de haber establecido, en su *Lógica hermenéutica*, que existen nociones con las cuales resumimos algo, adoptando una actitud teórica un tanto similar a la del diagnosticador, continúa diciendo: "Usualmente, sin embargo, llegar a reconocer algo equivale a poder arreglárselas a su respecto",²⁹ vale decir, a poder tener trato con ese algo. Frente a la actitud teórica, es ésta la actitud de la vida actuante. Lipps continúa: "En su modo de ser tratables, las cosas, en la medida en que tengo que habérmelas con ellas..., se convierten en lo que son. Comprenderlas quiere decir tomarlas por... Como pueden tomarse, digamos, resistencias, para entenderse con ellas. Las concepciones facilitan el avance. Se trata de asideros que uno domina, con los que puede asir algo, mediante los que uno mismo logra un sostén". El recurso del asidero se presenta en los escritos de Lipps en diversas ocasiones. Para él la palabra noción * está emparentada con asir. Designa algo que agarro para tener trato con ello, para utilizarlo debidamente. "Concebir las cosas quiere decir: considerarlas como...". Vale decir como algo útil que introduzco para mis necesidades. Y esto por lo que tomo las cosas se designa luego por la palabra. Lipps expone entonces algo que llega a ser decisivo para la didáctica: "Tales concepciones existen únicamente en su realización como asideros. Por esta razón, si bien pueden ser claramente expuestas, no es posible presentarlas en forma perdurable al igual que las nociones conformadas a la representación que sirven para resumir. Tales concepciones resultan accesibles sólo a través de ejemplos: al permitir adoptar... subrepticamente un punto de vista

²⁸ En alemán *Begriff*, noción o concepto, deriva de *greifen*, asir. (N. del T.)

²⁹ Lipps, HL, pág. 56.

que se torna orientador para la visión de conjunto y que activa las referencias constitutivas... " ³⁰ Volveremos en seguida sobre esta cuestión, desde el punto de vista genealógico. Aquí sólo mencionaremos un ejemplo con el que Lipps aclara la esencia de semejante concepción: "Una noción puede ser comprendida como *camino* en la medida en que se aprende a descubrir un camino también allí donde falta toda señal exterior de ello".³¹ Así la noción de "camino" no se obtiene gracias a la abstracción procedente de muchos caminos individuales, ya que puede suceder que allí donde busco un camino no existan en absoluto las señales de ello: por el contrario, sólo en virtud de la decisión de alcanzar una meta concibo lo que es un camino, vale decir, aquello que en determinado modo despeja un espacio.

El hecho de que tales nociones no sean sistemáticas, sino de que en cada oportunidad consistan en abordar la realidad de un modo particular, es cosa que hemos de destacar todavía especialmente.

e) *Un ejemplo: la silla*. Trataré de esclarecer la naturaleza de tales concepciones por medio de un ejemplo: la silla.³² Todos sabemos qué es la silla que diariamente utilizamos. Pero si intentamos definir qué es una silla, nos invadirá una gran perplejidad, sobre todo si prescindimos de los intentos "infantiles" de recurrir a la finalidad utilitaria y tratamos de definir a la silla desde un punto de vista "objetivo", en cuanto cosa espacialmente material, de determinada forma. ¿Cuáles son las señales que permiten definir una silla como silla? (Ejecutar este ensayo *in extenso* sería muy demostrativo, pero nos llevaría demasiado lejos en este caso.) Pero aun cuando se incluya a la silla en la noción inmediata superior de "mue-

³⁰ Lipps, HL, págs. 56 y sig.

³¹ Lipps, HL, pág. 57.

³² Cf. H. Gipper, *Sessel oder Stuhl? Ein Beitrag zur Bestimmung von Wortbedeutungen im Bereich der Sachkultur*. En: "Sprache Schlüssel zur Welt. Festschrift für L. Weisgerber". Düsseldorf, 1959, págs. 271 y sigs.

ble para sentarse", sólo reemplazaríamos una noción familiar por otra artificial que, en el fondo, ha sido inventada únicamente para lograr una definición adecuada. En verdad, sólo queda esa respuesta infantil que cualquier maestro trata de borrar en la cabeza de sus alumnos: una silla es algo sobre lo cual uno se sienta. Pero tampoco esto es suficiente, pues uno puede sentarse asimismo sobre muchas otras cosas. Y repite entonces la pregunta: ¿cuál es el criterio que se aplica para caracterizar a una silla entre las diversas posibilidades de sentarse? De este modo aquí se afirma lo que antes, siguiendo a Lipps, hemos expuesto en términos generales: semejantes nociones no surgen de una realización cognoscitiva teórica —como cuando reunimos ciertos objetos de acuerdo con relaciones exteriores de similitud—, sino únicamente del trato práctico con el mundo, y sólo desde este ángulo pueden aprehenderse. Emergen, para hablar con Heidegger, del mundo de lo que está a mano y, como tales, se sustraen al dominio de la lógica tradicional.

Con un criterio un poco más amplio, pues, tenemos junto a la silla toda una serie de muebles para sentarse: el banquito, el sillón, el banco, el sofá y también el trono. En una exposición de Munich que tuvo por tema "La silla: Su función y construcción desde la antigüedad hasta el presente",³³ se exhibieron también muchas otras formas, desde la silla plegadiza y la silla de arcón hasta la *bergère*, el *fauteuil*, la silla hamaca, la *chaiselon-gue*, etcétera. Resultaría sin duda difícil de definir a todos estos tipos de silla de un modo diferencial según señales objetivas, pues las diferencias verdaderas radican enteramente en otro aspecto: son las diferentes maneras de sentarse las que van creando los muebles que les corresponden. Por ejemplo, sólo se comprende qué es un escabel, un taburete, un banquito, cuando se sabe que sirve para sentarse acurrucado, casi en cuclillas. Y el sentarse así tampoco puede definirse como cierta sub-

³³ *Der Stuhl, seine Funktion und Konstruktion von der Antike bis zur Gegenwart*. "Die neue Sammlung". Munich, agos-to-sept., 1960.

especie del sentarse, ya que se trata de una forma totalmente independiente de las posturas del cuerpo. Lo que en el mobiliario en cuestión descubrimos como señales objetivas sólo adquiere sentido en el modo correspondiente de sentarse (como negligentemente tenemos que expresarnos a falta de mejores designaciones lingüísticas) cuando éste por sí mismo se relaciona con el objeto. Se trata, por así decirlo, de la objetivación de una determinada manera de sentarse.

Partiendo de ahí comprendemos que sólo un ente corporalmente organizado como corresponde está en condiciones de concebir, de asir la noción de una pieza semejante del mobiliario. Supongamos por un momento —como puro experimento intelectual— la existencia de un espíritu incorpóreo puro o bien la de un ser vivo provisto de las mismas facultades mentales, pensemos en un perro con mentalidad humana, y veremos que éstos no serían capaces de concebir la cosa en cuestión, a no ser dando un rodeo para lograr la comprensión del hombre.

Pero ello tampoco depende sólo de la organización corporal. Si recurrimos a un ámbito cultural diferente y nos encontramos, por ejemplo, con un banquito como los que usan los polinesios como sostén de la cabeza cuando duermen, se nos presenta a primera vista una cosa de conformación extraña en la que acaso sospechemos la presencia de un utensilio. Sólo el conocimiento de las formas de vida de una cultura ajena puede transmitirnos la noción. Si dijimos antes en términos generales que únicamente un ser que tiene necesidad de sentarse puede comprender lo que es una silla, hemos de recordar ahora que el sentarse no constituye en modo alguno una posición natural de descanso para el hombre. Hemos de comprender con claridad que la silla es un invento relativamente reciente. Si omitimos el trono como asiento para el soberano —que implica una forma de sentarse diferente, condicionada por un ceremonial y de ningún modo apropiada para descansar—, veremos que la silla sólo ha surgido con sus características básicas en la Edad Media occidental. Incluso en la actualidad la mayor parte de la

humanidad ignora la silla y también el sentarse en el sentido en que nosotros lo practicamos. Ello vale no sólo respecto a los llamados pueblos primitivos, sino también para culturas elevadas como las del Extremo Oriente. Advertimos, pues, que sentarse en una silla constituye una posición de descanso humano históricamente configurada, y tal vez también pasajera desde el punto de vista histórico. Una historia espiritual del sentarse (que es fundamentalmente bastante más que una historia de los estilos de los muebles para sentarse) plantearía un problema interesante y de alcances profundos.

No bien se observa se advierte que la mutación penetra incluso en nuestros días. Cuando hoy, por ejemplo, dada la cotización general de las antigüedades, resulta difícil vender un sofá de la época del romanticismo burgués (*biedermeier*), ello se debe a que al hombre actual no le atrae sentarse en el mismo, porque no responde a sus exigencias de comodidad. Sin duda, no podemos afirmar que una cama turca moderna o un sofá-cama sean más cómodos, pero el hombre actual los siente más adecuados para él. Y si pensamos en las sillas de comedor del siglo XIX, debemos reconocer que éstas serían una tortura para el hombre moderno. En semejante silla no se siente cómodo, se encuentra demasiado rígido, demasiado tenso. Y sin embargo esta silla sirvió para sentarse en el preciso sentido de la palabra. En un sillón moderno o, mejor dicho, dentro de un sillón moderno, uno ya no puede estar sentado, sino a lo sumo apoltronado, repantigado. Para el modo de sentarnos aue nosotros sentimos como natural, nuestros padres difícilmente encontrarían una expresión reproducible en la lengua escrita.

Creo que en esta digresión se ha puesto en evidencia algo esencial: si pasamos de la naturaleza independiente del hombre al medio ambiente técnicamente transformado por el hombre, vemos que éste configura su mundo conforme a sus necesidades y de una manera históricamente mutante. No se trata de un mundo existente aue *a posteriori* es aprehendido mediante nociones, sino al revés: el hombre configura su medio ambiente según

sus nociones. Dicho con mayor precisión: la noción y el objeto se generan en el mismo proceso; no en la contemplación teórica del mundo (lo que implica siempre un mundo ya existente), sino en la creación de este mundo. La noción no sólo reproduce una imagen, sino que es por sí misma productiva. Y sólo porque la sociedad entera ha producido el objeto de acuerdo con su necesidad puede el individuo asir luego la noción por medio del objeto. Las nociones son medios de orientación dentro de este mundo circundante o, según Lipps, son "asimientos", mediante los cuales logramos adueñarnos de la realidad.

Con este ejemplo se confirma lo que habíamos anticipado al tratar de la noción típica de la concepción: cada una de estas nociones mediante las cuales concebimos el mundo, aprehende al mundo a partir de su propia necesidad. No hay detrás ninguna noción superpuesta que luego se diferencia: cada noción penetra inmediatamente en la realidad, asiéndola. Silla, taburete, banco, etc., no obedecen a ninguna noción superior o sobrepuesta, a no ser que introduzcamos una palabra artificial y extraña al lenguaje, como mobiliario para sentarse. Y sentarse, acurrucarse, acucillarse, etc., tampoco obedecen a ninguna noción superpuesta, a no ser que introduzcamos la de posturas corporales semierguidas. Todo ese esquema de *genus VTOxvmuvn* y de *differentia svecifica* se quiebra, puesto que cada noción aprehende de una nueva manera y crea su mundo peculiar. La unidad del mundo se disuelve en la multiplicidad de las perspectivas

A pesar de todo, aún podemos seguir llamando nombres a las designaciones lingüísticas de estas concepciones ("por más que esto se convertiría en una vasta "discusión acerca de palabras"). La cosa en cuestión "se llama" no más silla. Y podemos hacerlo acaso con mayor facilidad aún que anteriormente, ya que los "asimientos" que acuñan en estas concepciones emergen del trato actuante con el mundo, y pueden entrar ampliamente en acción con independencia de la conducta lingüística. Ellos no se encuentran todavía lingüísticamente preformados (por lo menos en lo fundamental).

2. EL SIGNIFICADO DE LAS PALABRAS•

a) *La discriminación entre palabra y nombre.* Hasta ï ahora hemos considerado a las palabras únicamente en „ la medida en que constituían nombres puros (nombres • propios o nombres para entidades conceptuales), entendiendo por nombre, en el sentido de Ammann, una palabra que designa algo pero no expresa nada, vale decir que su función consiste en señalar algo sin aportar nada para la comprensión de aquello que señala o para nuestra actitud frente a aquello que señala. El nombre propio que un hombre posee no declara en absoluto qué clase de hombre es. Lo designa, pero no lo caracteriza.³⁴ En sí mismo no tiene significado alguno. Pero también el nombre de una cosa es en sí mismo algo extrínseco a esa cosa; dice simplemente que algo se llama así, no declara nada acerca de esa cosa y no aporta nada para su comprensión. En la medida en que las palabras no son nada más que nombres para las cosas, resultan también traducibles de una lengua a otra sin perder su sentido. Sin embargo, no todas las palabras son meros nombres. Por más que en general los límites sean imprecisos, de manera que a menudo no se sabe a qué atenerse, fundamentalmente es necesario que discriminemos con claridad entre ambas nociones. Muchos errores de la filosofía tanto como de la pedagogía proceden del hecho de no haberse practicado esta diferencia, y de que se haya tomado a las palabras sin más por nombres para las cosas. Pues los nombres puros son siempre, dentro del lenguaje, sólo determinados fenómenos fronterizos que no expresan todavía en absoluto la esencia plena de la lengua.

De todas maneras hasta ahora hemos utilizado el lenguaje (en una simplificación metodológicamente útil) sólo en la medida en que existen designaciones lingüísticas para las cosas y en la medida en que la red de tales designaciones es arrojada sobre la realidad de distinta manera

³⁴ Cf. Ammann, *op. cit.*, pág. 47.

según las distintas lenguas. También en este sentido nos habíamos detenido en la función puramente mostrativa del nombre. Pero en realidad en el lenguaje el nombre sobrepasa esa mera función designativa, aun tratándose del puro nombre, al añadir algo que procede de los recursos lingüísticos específicos, que no sería explicable a partir de la pura designación y que ahora contribuye a la interpretación de lo designado. Esto hace que se vea condicionado por el lenguaje no sólo *aquello* que concibo (o no concibo), sino también el modo *como* lo concibo y lo incorporo a mi mundo. Basándome en las exposiciones de Humboldt, interpreto aquí tan sólo algunas posibilidades.

b) *El carácter expresivo de la palabra.* Toda palabra no es meramente un signo fonético arbitrariamente elegido, sino que, en cuanto formación sonora, también posee un determinado tono emocional, un determinado carácter expresivo que ejerce su efecto en la comprensión de lo que con ella se designa. Ya se trate de una vocal alta o baja, de una consonante dura o blanda, toda palabra tiene su carácter expresivo emotivamente asible, que a menudo aun se ve reforzado por medios gráficos que aluden al sonido. Fröbel y también otros desarrollaron toda una simbólica fonética.³⁵ Recuérdese el conocido poema de Rimbaud *Vocales*.³⁶ Ernst Jünger recogió ideas parecidas en su *Elogio de las vocales*.³⁷ Aun cuando hay mucho de juego en todo esto y aunque ello no resulta científicamente sostenible, se ha señalado en esos casos un rasgo esencial del lenguaje. Forman parte de ese ca-

35 Cf. Fröbel, *op. cit.*, pág. 134: "Las partes componentes de las palabras (visibles como letras) no son por lo tanto de ningún modo algo muerto, por cuya composición arbitraria o casual surgen palabras... sino algo que lleva un significado en sí mismo, y va formando la palabra de acuerdo con un ordenamiento coherente y necesario".

36 A. Rimbaud, *Voyelles*. Poesías completas, con traducción alemana por W. Kuchler. Heidelberg, 1946, pág. 105.

37 E. Jünger, *Lob der Vokale*. "Blätter und Steine". Hamburgo 1941², págs. 47 y sigs.

rácter de la palabra los efectos fonético-gráficos y onomatopéyicos y muchos otros. Ello ha sido investigado tan detenidamente en el campo de la lingüística que aquí nos basta con señalarlo. El "cuerpo verbal", por así decirlo, forma parte inseparable del significado de una palabra. Y aun cuando no le prestemos mayor atención, subrepticiamente la sonoridad de las palabras nos orienta en cuanto a la comprensión de lo que significan. En este sentido Humboldt declara: "La palabra (entendiéndose en este caso la formación fonética), que hace aue la noción se convierta en un individuo del mundo del pensamiento, añade a ésta mucho de lo suyo, y al recibir la idea, gracias a la palabra, su determinación, queda al mismo tiempo aprisionada dentro de ciertos límites".³⁸ "Sin embargo, la noción puede desprenderse tan poco de la palabra, como puede el hombre dejar de llevar sus rasgos faciales."³⁹ Aun cuando este carácter expresivo no autoriza a formular postulados de vigencia general, el individuo se halla en un estado de dependencia respecto a él.

Tal carácter expresivo tiene vigencia aun en el reino de los puros nombres propios, de modo que todo lo dicho anteriormente debe modificarse un tanto si lo consideramos desde este ángulo. Proust lo ha dicho en forma insuperable al describir cómo la imagen de una ciudad extraña va a meda determinada por la sonoridad de su nombre. De los muchos ejemplos contenidos en su obra citaremos aauí uno sólo: "El nombre Parma Cuna de las ciudades aue yo más ansiaba visitar desde que había leído *La Chartreuse*) se me aparecía firme, liso, pardo-violeta y suave, ñor eso, cuando alguien me hablaba de alguna casa situada en Parma y en la que podría encontrar albergue, me procuraba un pensamiento placentero, me sugería que yo viviría en una morada lisa, firme, pardo-violeta v suave aue no guardaba relación alguna con las viviendas de cualquier ciudad italiana, puesto que mis representacio-

³⁸ Humboldt, *ov. cit.*, vol. 4, pág. 23.

³⁹ Humboldt, *op. cit.*, vol. 7, pág. 100.

nes respectivas no descansaban en nada más que en las graves sílabas del nombre Parma".⁴⁰

Como comprobación de que no se trata de una peculiaridad de un poeta tal vez específicamente sensibilizado al respecto, mencionaremos otro ejemplo de procedencia enteramente distinta. Karl Philipp Moritz escribe en su *Anton Reiser*: "En general, en su infancia, solía Anton sentirse inducido por la sonoridad de los nombres propios de personas o ciudades a concebir extrañas imágenes o representaciones de los objetos que esos nombres designaban. El nivel sonoro de las vocales en un nombre semejante contribuía en grado máximo a determinar la imagen. Así el nombre de Hannover sonaba siempre en su oído como algo magnificante, y, antes de haberla visto, esa ciudad era para él un lugar con altas casas y torres y de aspecto claro, luminoso. Braunschweig le parecía un sitio alargado, de aspecto más oscuro y más grande, y a París (guiado también por un sentimiento oscuro inspirado por el nombre) se la representaba preferentemente como ciudad plena de casas claras, blancuzcas".⁴¹ Lo que aquí se ha expresado con ejemplos especialmente nítidos tiene importancia decisiva para la comprensión del hombre y sobre todo del niño pequeño (Moritz, por cierto, habla de un niño). Sólo que los niños rara vez se atreven a reconocerlo y así estas cosas también rara vez se tornan palpables.

c) *Las metáforas*. Existe, empero, otro influjo muy distinto que el lenguaje ejerce sobre la comprensión de las cosas y de los sucesos que describe. Éste se basa en el hecho de que en el lenguaje ninguna palabra existe por sí sola, sino que de los troncos lingüísticos se derivan familias enteras de palabras que se conciben como una integridad coherente, y dentro de las cuales la comprensión de la palabra individual se orienta siempre de con-

⁴⁰ M. Proust, *Auf den Spuren der verlorenen Zeit*. J. Der Weg zu Swann, en traducción de R. Schottländer. Berlin, 1925, vol. 2, pág. 290.

⁴¹ K. Ph. Moritz, *Anton Reiser*. Insel Verlag o. J., pág. 49.

formidad con ese todo. Así, por ejemplo, de viajar deriva viaje, viajero, viajante, viandante, viático, etc. Se trata de todo un sistema de semejanzas de concepción, de analogías, etc., que atraviesa la lengua y crea un sistema de referencias que nunca podría descubrirse si se partiera del puro pensamiento abstracto. Ni siquiera es necesario que en todos los casos el nexo de derivación se experimente en forma consciente (como en los ejemplos que acabamos de nombrar); este nexo actúa subrepticamente en la comprensión de tales nociones y puede ser sacado a la luz mediante una reflexión expresa (tal como lo ha logrado en forma muy bella Giel con respecto a la noción de la experiencia ^{41a}). En estos casos la etimología llega a ser un recurso legítimo para la comprensión concreta. Esta fuerza del lenguaje capaz de crear nexos que no están dados en la cosa por sí mismos resulta de particular importancia. Nos hallamos ante las llamadas metáforas. Bajo metáfora se entiende, como se sabe, la transferencia de una palabra desde su significado original hacia un nuevo ámbito. En tal caso se habla de un sentido figurado de la palabra en cuestión, de un sentido transferido. El lenguaje no designa a cada cosa nueva con una palabra nueva especialmente acuñada para ella, sino que procede con su acervo de palabras de un modo más económico, transfiriendo una palabra ya existente, en virtud de alguna analogía, a un nuevo dominio. Pongamos por caso la palabra pluma, que en primer lugar significa una pluma de ave y ha sido transferida a la pluma para escribir. Tales metáforas se presentan no sólo ocasionalmente, sino que atraviesan todo el idioma, en especial en la zona de lo espiritual y lo anímico (cuando se piensa, se siente, se adopta una actitud, etc.). Ya sea que entendamos algo, que lo aprehendamos o que lo abarquemos con la mirada, etc., por doquier se trata originariamente de significaciones sensoriales, palpables, que en estos casos son transferidas a procesos espirituales. Kainz acentúa con razón: "La metáfora es un fenómeno primario de la vida

^{41a} K. Giel, op. cit.

idiomática... Casi todo nuestro caudal idiomático descansa sobre una base metafórica".⁴² Por lo demás, si la metáfora propiamente dicha se basa en el hecho de que se la comprende en cuanto metáfora, vale decir en cuanto uso lingüístico figurado, transferido, mientras que permanece vivo en la conciencia el significado original, con el correr del tiempo puede llegar también a pulirse hasta el punto de que ya no se la sienta como metáfora. En este sentido, Jean Paul, en una sentencia muy citada, caracterizó a nuestro lenguaje como diccionario de metáforas empalidecidas.⁴³ La metáfora se convierte de tal modo en un significado verbal independiente.

Vista así, la metáfora podría aparecer como expresión de un defecto de nuestro lenguaje, obligado a recurrir a semejantes soluciones de emergencia por falta de fuerza para formar una nueva palabra para cada noción. En realidad, este aparente defecto, en virtud del cual se designan cosas diversas con una misma palabra, es expresión de una singular perfección. Si en verdad el lenguaje designara con una nueva palabra cada nuevo objeto, surgiría una cantidad inabarcable de palabras incoherentemente yuxtapuestas. Todas juntas sólo transmitirían una imagen del mundo parecida a una especie de mosaico en el cual una partícula se coloca junto a otra. En virtud de la metáfora, en cambio, todo nuevo fenómeno se retrotrae a los fenómenos ya conocidos, y queda de tal suerte incorporado desde el primer momento al marco determinado de un horizonte intelectual. Cuando, por ejemplo, hablo del pie de la lámpara, no es que éste simplemente se denomine pie. No se trata de un mero nombre para esta parte de la lámpara, sino que de un modo determinado se lo incluye dentro del cuadro de una comprensión ya existente. Un pie es algo sobre lo cual uno se para, y desde ahí se entiende la función de esta parte de la lámpara. Es como si en cierto modo se la personificara, al concebirse su posición sobre la base como un estar

⁴² Kainz, op. cit., vol. 1, pág. 239.

⁴³ Jean Paul, *Vorschule der Ästhetik*. Parágr. 50, op cit., vol. li, pág. 170.

parado, estar de pie. Esto tiene validez general con respecto al uso metafórico. Se trata de una interpretación (no sólo de una denominación) de la cosa a que nos referimos. Ésta ya no se ve "tomada" de un modo determinado, innecesario, sino que se convierte en motivo de una realización productiva del lenguaje, que puede llevarse a cabo de diversas maneras en las diversas lenguas. Únicamente en virtud de las metáforas se instala mediante el acervo de palabras de la lengua una trama de referencias significantes, que estructuran el mundo de una manera determinada única, en la que, por otra parte, ciertas cosas van unidas y otras separadas. Para dar un solo ejemplo, por cierto bien importante, el hecho de que la palabra *idea* derive en griego de ver y no de oír, influyó de modo decisivo en el desarrollo de la filosofía occidental. Tan sólo gracias a las metáforas, pues, adquiere el mundo una estructura interior, una estructura que no sólo es legible, sino que es engendrada por el hombre e introducida en su mundo de modo interpretativo.

Se agrega a esto algo más: mientras que un mero nombre sólo indica cómo se llama una cosa, en el caso de la metáfora se ejercita un movimiento. El oyente comprende la comparación sólo si realiza dentro de sí —aunque sea de modo muy tenue— la misma comparación y con ello el mismo movimiento ideativo del cual luego surge el entendimiento. La metáfora no se da por satisfecha con un pasivo oír, sino que obliga al oyente a pensar por sí mismo y sólo de tal forma el entendimiento, el simple entendimiento de la palabra, llega a ser una realización intelectual activa. Fichte se refirió a este aspecto con particular precisión: "Quien quiera llegar a la cosa misma, ha de poner en movimiento su propia herramienta intelectual, aplicando la regla que le indica la imagen".⁴⁴ La palabra individual aparece sostenida por todo un trasfondo, y con la comprensión de la palabra individual ha de lograrse también la realización de dicho trasfondo.

⁴⁴ J. G. Fichte, *Reden an die deutsche Nation. Obras*, edit. por F. Medicus. Vol 5, pág. 428.

Se puede objetar, naturalmente, que no es necesario que exista tal comprensión del trasfondo acompañante. Las metáforas "se marchitan" y se convierten en significados verbales independientes. Cuando se menciona una pluma para escribir ya no suele pensarse en la pluma de ganso. En este sentido muchas cosas sólo pueden ahora ser descubiertas por el filólogo. (¿Quién recuerda, por ejemplo, que "palabra" se relaciona con "parábola"?) Pero esto no ocasiona grandes daños: frente a las metáforas que empalidecen se crean constantemente otras nuevas, y aun en las empalidecidas continúa una ligera reverberación del significado original.

Pero con todo esto la función de las metáforas queda insuficientemente definida. No todas tienen por objeto expresar idiomáticamente algo que hasta el momento no ha sido designado. También pueden servir para definir de modo más atinado, más ilustrativo, algo que en sí ya dispone de una denominación. Sirven de tal forma para dar mayor intensidad al lenguaje. Si, por ejemplo, digo que el comportamiento de un hombre es "bestial", con ello no se traslada la noción de la bestia a otra realidad, que en tal caso es designada como bestia en un sentido impropio,⁴⁵ sino que se caracteriza el comportamiento del hombre con referencia al animal. Porzig destaca sobre todo este aspecto. "La transferencia no es, pues, un recurso ocasional de emergencia, sino un procedimiento regular, destinado a crear designaciones ilustrativas en los casos en que no se dispone de ellas o en que se han vuelto obsoletas".⁴⁶ Y luego añade que la palabra utilizada con un significado transferido "aporta así, en cierto modo, la atmósfera del ambiente que le es propio, y en ello se funda precisamente su efecto ilustrativo e incisivo". Porzig da como ejemplos: excusas rengas, pretextos malolientes, explicaciones torcidas, argumentos raídos. Todas estas expresiones también podrían formularse de modo más directo: excusas inhábiles, explicaciones in-

⁴⁵ Lipps, VS, pág. 66.

⁴⁶ Porzig, *op. cit.*, pág 36

exactas, etc. Pero tales expresiones serían pálidas. Sólo en virtud de la caracterización metafórica se logra una puntería segura. "Uno ve renquear a las excusas, percibe el olor de los pretextos sacados de algún balde de desperdicios, nota las líneas desplazadas de la explicación y la manta deshilacliada de los argumentos".⁴⁷

En este sentido, la metáfora es particularmente un recurso para la creación poética, en la medida en que la tarea de los poetas consiste en llevar las declaraciones idiomáticas a una superlativa expresividad. Por esta razón la metáfora fue ante todo una cuestión de estética. La metáfora se presenta en estos casos como una abreviada comparación. Y sin duda también en este terreno la metáfora alcanza su máximo enaltecimiento. No obstante, se ignoraría su verdadera esencia si se viera en ella nada más que un "ornamento" poético del discurso. Por el contrario, lo que en la poesía se destaca en su más elevada gradación, constituye un principio formativo que atraviesa todo el lenguaje y que debe apreciarse en tal función universal, vale decir de acuerdo con su facultad de interpretar y estructurar la realidad en un sistema de nexos que establecen un sentido.

d) Las *concepciones lingüísticas*. Podemos dejar a un lado la cuestión de si con estas definiciones queda suficientemente caracterizada la naturaleza del uso idiomático metafórico, ya que de todos modos hemos de proceder a examinar una ampliación esencial de las consideraciones expuestas hasta ahora. Pues el significado de una palabra se escinde a menudo y se produce una multiplicidad de posibilidades de aplicación, sin que pueda recurrirse en este caso a la noción de lo metafórico para discriminar así entre significado básico y significado transferido o figurado. Nos asociamos una vez más a Hans Lipps, quien, por lo que advierto, nos ha llevado hacia lo más profundo de estos nexos. Lo mejor será que partamos de ejemplos en que se basa el propio Lipps: "*La feria* se encuentra no lejos de aquí: pero también *la feria* comienza a

⁴⁷ Porzig, *op cit.*, pág. 36.

las ocho de la mañana. Pero *gritar como en la feria* se dice asimismo cuando se hace referencia a un modo impropio y exagerado del uso de la palabra. *Feria* significa en todos estos casos lo mismo: se refiere a un determinado quehacer, a una determinada agitación. El significado del vocablo permanece indiferente frente a la diversidad de aquello que por su medio puede nombrarse o designarse o expresarse".⁴⁸ O bien este otro ejemplo: "Cuando se yuxtapone: *la mesa* en el cuarto, ir a la mesa, departir *de sobremesa*, etc., lo que aparece aquí significativamente en todos los casos es la *mesa* como centro del orden doméstico y de la comunidad. Representa, por así decirlo, aquello que en ella se condensa. Aquello en cuya función algo es *mesa* no puede citarse simplemente en cuanto objetivo práctico. También es algo sabido cuando, por ejemplo, se habla de la *mesa* en el laboratorio en cuanto lugar adecuado, en cuanto centro regulador de su instalación. Lo que se reconoce como *mesa* y se comprende así prácticamente, vale decir que de acuerdo con ello se utiliza y se trata como tal, se ve como rozado por una nueva y específica interpretación intelectual cuando se lo encuentra expresado en la palabra *mesa*".⁴⁹ No se puede decir sencillamente que el "significado básico" de mesa es el de un mueble, pues esta relación actúa también a la inversa, y la manera cómo se concibe este determinado mueble se ve a su vez modificada y enriquecida por los significados "transferidos"; se lo percibe "rozado por una nueva y específica interpretación intelectual". Lo que en verdad significa la palabra feria o la palabra mesa no tiene ningún significado intrínsecamente definible, ni tampoco una serie de significados surgidos a través de la transferencia de una noción básica; permanece "indiferentemente abierta" frente a sus diversas posibilidades de aplicación. "Ninguna palabra de la lengua queda regionalmente fijada. Lo que significa

⁴⁸ Lipps, HL, págs. 90 y sig.

⁴⁹ Lipps, HL, pág. 91.

no puede fijarse en forma objetiva".⁵⁰ Lipps menciona como otro ejemplo el vaso que puede ser recipiente, vehículo, florero, la determinación de una medida y muchas otras cosas. "La determinación del significado es distinta de la de la noción; la abierta indiferencia de feria, mesa y vaso no es una 'generalidad'." ⁵¹

El lenguaje, por lo tanto, cumple aquí una realización creadora, al reunir diversas cosas a partir de un centro unitario. "El lenguaje actúa ordenando, en la medida en que su articulación estructura el contexto de la realidad."⁵² Este centro, sin embargo, en el cual o desde el cual se junta lo diverso, no puede indicarse independientemente de las diversas posibilidades de aplicación, sino que sólo puede ser rastreado partiendo de estas últimas. Lipps retoma para la designación de este rendimiento idiomático la noción de las *concepciones*. Nos ocupamos antes de las concepciones prácticas que emergen en el trato activo con el mundo, de los "asimientos", "mediante los cuales se logra aprehender algo y con los cuales se logra también un sostén propio",⁵³ y lo hemos explicado mediante el ejemplo de la silla. Tampoco estas concepciones son idiomáticamente libres, pero en estos casos el lenguaje sólo sirve para designar lo asido y no es orientador en cuanto a la forma de la concepción. Lo que, por ejemplo, se concibe como silla o como cama, se ve condicionado únicamente por el entendimiento objetivo. El lenguaje no ejerce influencia alguna sobre el entendimiento propiamente dicho. De tales concepciones, empero, se releva una segunda especie en la cual se añade como realización del lenguaje "una específica interpretación intelectual". Son los casos de los cuales hemos partido, como *feria* y *mesa*, en los que el lenguaje reúne cosas diversas de por sí, cosas que previamente no forman un conjunto y que sólo se reúnen a partir del lenguaje. "El lenguaje funda referencias, en la medida en

⁵⁰ Lipps, HL, pág. 104.

⁵¹ Lipps, HL, pág. 92.

⁵² Lipps, HL, pág. 92.

⁵³ Lipps, HL, pág. 56.

que entre lo más diverso se establecen estructuras, como en el caso de *jugar, esquinas, aristas, rincones*, etc."⁵⁴ Luego afirma: "En el lenguaje se prefiguran asimientos, sólo que no se trata de concepciones prácticas, sino perceptoras".⁵⁵ Sólo en estas "concepciones perceptoras" alcanza la palabra su última posibilidad. La palabra ha perdido todo resto de una función meramente reproductiva. La palabra se adelanta y sólo bajo su conducción aprehendemos la realidad de determinado modo. "La palabra dirige aquí la concepción. Y se 'sabe usar' tales asimientos en la medida en que en ellos se hace evidente la potencia del lenguaje."⁵⁶ He aquí una auténtica energía del lenguaje, formativa de la realidad. Lipps habla también de una "realización epistemológica" del lenguaje, para indicar que el lenguaje esboza siempre las líneas dentro de las cuales puede moverse el conocimiento y recuerda la frase de Humboldt, según la cual vemos al mundo tal como el lenguaje nos lo muestra.

e) *Un ejemplo: el jugar*. Intentaré clarificar la naturaleza de semejante concepción "perceptora" mediante un ejemplo, al que también solía recurrir Lipps: el de la palabra *jugar*. Partiremos de los dos pasajes más importantes que contienen las manifestaciones de Lipps al respecto. En uno de ellos escribe: "Lo que significa, por ejemplo 'jugar' en sí mismo, no puede ser fácticamente aislado; sólo al examinar sus derivaciones se descubre una dirección que se mantiene con firmeza. Por así decirlo, es algo formal lo que se vuelve decisivo en este caso, algo que a su modo se cumple en cada caso: en la falta de seriedad del mero 'juego', en la libertad de 'juego' que tienen ciertos mecanismos, en lo difícil que es aprehender aquello que entra en 'juego', etc."⁵⁷ Y por otra parte: "Se juega a los naipes, se juega una partida, pero también se juega con el otro o se juega por dinero,.

⁵⁴ Lipps, HL, pág. 93.

⁵⁵ Lipps, HL, pág. 92.

⁵⁶ Lipps, HL, pág. 93.

⁵⁷ Lipps, VS, pág. 68.

hay muchas cosas en juego, etc. ¿Pero a qué se llama así, vale decir, *jugar*! Ninguno de estos ejemplos es meramente *jugar* y ninguno lo es tampoco del todo. Jugar es en verdad algo que sólo puede sentirse cuando se observan sus concretas mutaciones. En la raíz verbal se presenta aquí el aporte de una posibilidad idiomática de aprehender lo diverso. Se nos muestra a la luz del lenguaje. Hay algo que aquí se introduce interpretativamente".⁵⁸

Para repetir esto en nuestros propios términos, diremos que no se puede indicar el significado de tal palabra como algo común a todos estos ejemplos, vale decir como lo que es "el jugar en sí", independientemente de su realización a través de los diversos ejemplos. No existe ninguna cosa, y en este caso ningún proceso, que se *llame* así. En el sentido de nuestras investigaciones anteriores jugar no es un nombre para algo.

De tal modo, si un niño, al oír una palabra desconocida, pregunta: ¿qué es esto?, ¿qué es un gigante? o ¿qué es un elefante?, etc., podemos responderle, pero si se le ocurre preguntar: ¿qué es jugar?, no podremos contestarle. Sólo se lograría una descripción forzada, mediante ejemplos, y difícilmente se arribaría a una respuesta satisfactoria.

Los ejemplos podrían multiplicarse a voluntad, y cada uno de ellos aportaría algo nuevo a la comprensión. Pero, curiosamente, si bien se lograría desarrollar poco a poco dicha comprensión, no se obtendría en ningún caso un punto de partida firme (pues nunca se podrán indicar las señales que servirían para reconocer si algo determinado puede llamarse justificadamente "jugar"). De algún modo será necesario haberlo comprendido de antemano. Uno permanece siempre de manera forzosa en este circuito (lo que de ningún modo ocurre en el caso de otras explicaciones de palabras). Lipps dice que lo que significa una palabra "sólo puede sentirse cuando se examinan sus mutaciones concretas", con lo cual "sentir" en este caso significa el modo conceptualmente difícil de aprehender, al

⁵⁸ Lipps, HL, pág. 92.

que uno recurre para cerciorarse de la comprensión orientadora al respecto.

Desde luego se puede tratar de encontrar el significado básico de la palabra en un diccionario etimológico, para explicar sus derivaciones partiendo de ahí. Se encontrará, por ejemplo: "El significado básico de juego es 'danza', con pasos hacia adelante, hacia atrás y de costado, danza que también puede convertirse en ronda".⁵⁹ Pero con ello la problemática sólo se desplaza. Se plantea la pregunta acerca de qué posibilita las diversas mutaciones partiendo de ese punto y, por consiguiente, la pregunta se replantea entonces en otro orden. Por otra parte, de acuerdo con los conocimientos lingüísticos actuales, la pregunta no puede plantearse en el terreno de la historia del idioma. Ésta, como siempre, sólo puede procurar indicios. Ciertamente, un niño que hoy aprende a hablar y que en este proceso aprende qué es "jugar", no requiere ninguna clase de historia de la lengua. Por el contrario, el lenguaje ha de resultar comprensible siempre a partir de su existencia actual.

Precisamente los significados básicos verbales mues-;tran con particular claridad la naturaleza de estas concepciones idiomáticas. Lipps lo explicita sirviéndose del ejemplo de "estar de pie" y "estar acostado". Por ejemplo, comprueba: "Algo *puede* estar de pie de otra manera |de lo que *puede* estar acostado. *Poder* estar acostado en algún lugar significa solamente que hay sitio para ello. En cambio *poder* estar parado o de pie se refiere a la condición de no verse impedido para ello".⁶⁰ Pero no ademos continuar el examen de estos ejemplos importantes e interesantes. Ha adquirido fama el ejemplo mediante el cual Stenzel, cotejando diferentes lenguas, ilustra la diversidad de las concepciones verbales no prefigurada por el asunto en sí: la comparación de /FO>, *fun-giessen* (fundir en alemán). "Los tres vocablos no coinciden... Solamente en verdaderos *giros* se cumple el significado de un vocablo semejante por medio de am-

⁵⁹ Cf. *Trübners Deutsches Wörterbuch*.

⁶⁰ Lipps, HL, pág. 94.

pliación y restricción del significado de *giessen*... Las derivaciones de %é(a) muestran primero que no es esencial el estado líquido, mientras que la palabra alemana no puede prescindir del mismo... Para %í(a) es esencial el dejar caer, la privación de la base mediante el vuelco del recipiente, de la pala, del carcaj, del asador... Algo muy diferente se encuentra en el caso de *fundo*: el movimiento se realiza aquí velozmente, más bien con violencia, no desde arriba hacia abajo, sino impulsado por el empuje horizontal de una fuerza externa, casi arrojado a lo lejos... Los procesos básicos propiamente dichos podrían reproducirse en forma óptima mediante gestos: *yéa*, por el giro de la mano como si diera vuelta a un recipiente; *fundo*, por un empujón que desplaza y arroja con violencia y cuyo movimiento tiene tendencia más horizontal que desde arriba hacia abajo",⁶¹ mientras que la palabra alemana *giessen* sólo se puede emplear cuando se trata de líquidos que uno vuelca hacia afuera. Se manifiesta, pues, con evidencia, cómo las diferentes lenguas recogen, a partir de una serie de procesos comparables, concepciones definidas en cada caso que varían de un idioma a otro.

f) *La así llamada indeterminación de los significados de las palabras*. El camino inaugurado por Lipps, que conduce desde una comprensión más profunda del lenguaje hasta una renuncia al concepto de un significado verbal denunciado con rigor, tiene estrechos puntos de contacto con una evolución que parecería perfilarse dentro de la filosofía inglesa. Wittgenstein formula este viraje con el postulado: "El significado de una palabra es su uso en el lenguaje".⁶² Y Haller lo glosa así: "Esta reformulación de la antigua pregunta por el significado quizás no parezca a primera vista muy elocuente, y sin embargo lleva dentro de sí, si así puedo decirlo, una carga de dinamita... Nos enteramos de qué quiere decirse con determinada palabra no mediante la investigación de al-

⁶¹ J. Stenzel, *Philosophie der Sprache*. Munich, 1934, pág. 86.

⁶² Wittgenstein, *Schriften I*, op. cit., pág. 311.

gún enigmático factor X llamado significado, sino que mediante la observación y descripción de su uso llegamos a saber qué significa tal palabra".⁶³ Sin embargo, de este modo el problema no queda resuelto, sino sólo planteado con mayor nitidez. Haller llama explícitamente la atención sobre las dificultades de este procedimiento: el uso idiomático "no es estrictamente normativo", sus reglas no pueden indicarse completamente; el uso mismo está sujeto a modificaciones y ampliaciones que no podemos predecir, "esta indeterminación... tiene su fundamento profundo e irrefutable en la apertura del sistema idiomático de las lenguas naturales".⁶⁴ No basta, pues, sustituir un significado fijo por un catálogo de posibilidades de uso, sino que es cuestión de poder aprehender el centro no indicable que reúne las diversas posibilidades de uso en una concepción idiomática. Debe elaborarse la "hermenéutica" de este procedimiento. Y así arribamos exactamente a la problemática de Lipps.⁶⁵ A partir de la comprensión del lenguaje alcanzada hasta aquí, ante todo a partir de la visión abierta frente a la diversidad de aquello que en el cuadro del lenguaje aparece unitariamente como "palabra", nos hacemos cargo de lo impropio de los reproches que una y otra vez se levantaron contra la pretendida inexactitud del lenguaje. La lucha contra la falta de claridad de los conceptos no sólo se justifica, sino que resulta necesaria mientras nos movemos dentro del ámbito de los conceptos definibles. Esto sucede sobre todo en el ámbito de las ciencias, en la medida en que éstas están en condiciones de crear sus conceptos de un modo puramente constructivo. Las ciencias pueden y deben insistir en la clara determinación de sus conceptos.

⁶³ Haller, op. cit., págs. 139 y sig.

⁶⁴ Haller, op. cit., pág. 140.

⁶⁵ Enteramente en el sentido de la lógica de Lipps, también Haller exige, más allá de la investigación del texto lingüístico, "la investigación de las situaciones en las cuales podemos o no podemos decir algo en forma correcta, o bien incorrecta" (Op. cit., pág. 141).

Pero tal no es ya el caso cuando penetramos en el ámbito de las concepciones idiomáticas propiamente dichas, ya que éstas se sustraen, dada su naturaleza, a toda fijación conceptualmente expresable. Todo intento en esta dirección tiene que fracasar. A lo sumo podría intentarse descomponer las metáforas en una serie de significados individuales conceptualmente expresables, pero con ello se destruiría la ocasional interpretación dada por la designación metafórica, y esa destrucción comprendería todo el carácter interpretativo inmanente al lenguaje. Esto adquiere mayor validez si se trata de las concepciones idiomáticas aún más complejas. Por otra parte, semejante ensayo fracasaría bien pronto. Por lejos que pudiera llegarse, quedaría siempre un resto insoluble, y precisamente dentro de ese resto se oculta el misterio verdadero del lenguaje. El lenguaje permanece sin ofrecer solución alguna respecto a los conceptos definibles con rigor. Sus palabras guardan una inevitable indeterminación. Sólo puede intentarse reducir esta carencia en la medida en que se pueda.

Sin embargo, toda esta consideración es falsa y errada con respecto a la esencia del lenguaje. Hemos de reconocer que esta aparente carencia es en realidad señal de su mayor perfección, una perfección que, por cierto, no se había descubierto hasta ahora en el plano de la lógica tradicional, hacia la cual sólo ahora y luchando contra los prejuicios del pensamiento tradicional hemos de allanar fatigosamente el camino. Trataré de poner esto en claro recurriendo a un caso paralelo. Helmholtz pronunció una vez una sentencia característica para la conciencia de su tiempo, referente al progreso de la física, diciendo que el ojo humano, desde un punto de vista puramente óptico, es un mecanismo tan imperfecto que uno devolvería a cualquier oculista un instrumento así "con las expresiones más duras sobre la negligencia de su trabajo".⁶⁶ Claro que esto vale solamente mientras se considere que el ojo es un mecanismo construido para deter-

⁸⁶ H. v. Helmholtz, *Vorträge und Reden*, vol. 1. Braunschweig, 1896⁴, pág. 286.

minada tarea de reproducción de la imagen. Se modifica esta valoración (como, por otra parte, ya lo notó Helmholtz) no bien se cae en la cuenta de que el ojo humano desempeña una función en alto grado múltiple dentro de un contexto vital bien determinado, y que al servicio de esta compleja función vital la aparente carencia de precisión óptica es precisamente una ventaja. Algo análogo ocurre con el lenguaje. Mientras se consideraba el lenguaje atribuyéndosele una pura función de reproducción destinada a transmitir la imagen de una realidad pronta y prefigurada, la falta de nitidez conceptual podía tomarse como una carencia. En cambio, no bien se descubre al lenguaje en el desempeño de toda su función vital, como realización mental productiva, dentro de cuyo marco nuestro mundo fue siempre interpretado, y prefigurados y dirigidos nuestros conceptos, se hace preciso reconocer que esta "indeterminación" forma parte de su esencia más íntima y que sólo a ella se deben sus realizaciones más sutiles. No puede intentarse eliminar esta carencia sin destruir el lenguaje en su esencia más íntima. Este es en verdad un resultado revolucionario hacia el cual conduce el punto de vista de Lipps. Con ello, por cierto, no queremos decir que se da carta blanca a la negligencia en el uso del lenguaje, sino al contrario: mientras nos encontramos en el ámbito de los conceptos definibles, el esfuerzo por conquistar la claridad de los conceptos debe continuar con invariable energía. Pero hay que reconocer que este contorno sólo es capaz de abarcar una parte relativamente pequeña del lenguaje. No porque más allá de este contorno se deje lugar a la arbitrariedad, sino que más bien se trata de encontrar la forma adecuada de precisión lingüística aplicable a estas tareas específicas. En este sentido mucho puede aprenderse de la acuñación del lenguaje poético.

3. LA VISIÓN DEL MUNDO DESDE EL LENGUAJE

a) *Retrospección.* Al final de este camino debemos echar una mirada hacia atrás. Hasta ahora en nuestras reflexiones adquirió importancia en medida creciente la tarea creadora del lenguaje con respecto a la interpretación de nuestro mundo. Hemos partido de la función de las palabras como nombres y tuvimos que discriminar entre nombres propios y nombres genéricos.

1. Los nombres propios en sentido estricto sirven únicamente para la identificación de un individuo determinado, para que éste pueda ser retenido como tal. En este caso el lenguaje cumple meramente la función de destacar, de apropiarse en forma mental, pero no aporta ninguna interpretación de lo denominado.

2. Otra cosa ocurre con los nombres para géneros y especies y en general con las palabras que designan nociones acumulativas. Pues en este caso la manera en que algo determinado se destaca dentro de la realidad mediante aquello que el lenguaje junta o separa y la manera en que traza sus límites, sobre todo cuando la realidad aparece como permanente transición de un estado a otro, implica una realización creadora del lenguaje. Ya no puede éste considerarse como una simple reproducción de una realidad preexistente, sino que sólo mediante su propia realización y gracias a la red de sus designaciones produce el lenguaje la imagen de una realidad estructurada.

3. Forma diversa adquieren las condiciones dadas cuando no se trata de nociones de abstracción, sino de concepciones surgidas del trato práctico. La palabra designa en este caso el "asimiento" con el cual logramos de modo activo un sostén en la realidad.

4. La fuerza interpretativa del lenguaje se acrecienta fundamentalmente cuando tomamos en consideración el aspecto sonoro. La sonoridad de una palabra posee como tal un determinado carácter expresivo y éste determina.

con su efecto sobre los sentimientos (en mayor o menor grado), la comprensión de lo que se designa con la palabra.

5. En primer lugar hay que mencionar aquí el sistema de las designaciones metafóricas que atraviesa todo el lenguaje, sistema en el que lo metafóricamente designado se acoge dentro de determinado contexto significativo, se ilustra a partir de ahí con ilustrativa expresividad, e instituye de cierta manera, no necesariamente prefigurada en la realidad, su interpretación.

6. Lo anterior se perfecciona en las concepciones idiomáticas, como las que pueden reconocerse en los significados verbales básicos. De una manera que nunca logra plenas soluciones conceptuales, funda nexos de sentidos y crea horizontes de comprensión, capaces de incorporar en un todo interpretativo a los fenómenos individuales.

b) *El lenguaje como mundo intermedio.* Todo esto sólo pudo ser señalado en nuestro trabajo, pues aquí no se trata de presentar una elaborada teoría lingüística, sino exclusivamente de esbozar, partiendo de tal teoría, las premisas necesarias para la comprensión de la importancia pedagógica del lenguaje. Resumimos el resultado obtenido hasta ahora diciendo que el lenguaje no retrata simplemente una realidad preexistente, sino que estructura a ésta de modo definido, la interpreta y, partiendo de sus interpretaciones, construye nuestra realidad en cuanto mundo configurado por el lenguaje.

Cassirer desarrolló este punto en conexión con su *Filosofía de las formas simbólicas*: "El hombre —expresa en su síntesis retrospectiva titulada *¿Qué es el hombre?*— [vive en un universo simbólico y no en un universo mera-lente natural. El lenguaje, el mito, el arte y la religión forman parte de este universo. Constituyen los abigarrados hilos que van tejiendo la red de símbolos, la trama de la experiencia humana... El hombre no conserva, [como el animal, una relación inmediata con la realidad; pues como si no pudiera mirarla a la cara. En la medida en que el pensar simbolista y el actuar simbolista del hom-

bre maduran, la realidad en bruto parece sustraérsele... Vive a tal punto en las formas idiomáticas, en las obras de arte, en los símbolos míticos o en los ritos religiosos, que nada puede experimentar o advertir a no ser mediante la interacción de estos recursos artificiales".⁶⁷ Lo que es válido en general con respecto a las "formas simbólicas", rige en acrecentada medida respecto del lenguaje en cuanto capa más elemental e inferior de este "mundo de símbolos". Esto significa, por lo tanto, que únicamente por el medio del lenguaje tenemos acceso a la realidad, que aun el acto más simple de percepción tiene lugar dentro del medio del lenguaje, y que luego, desde que poseemos un lenguaje —y poseemos un lenguaje desde que somos hombres en general—, jamás podemos percibir la realidad en su desnudez.

En este sentido, Weisgerber habla de un "mundo intermedio", colocado entre nosotros y las cosas, que media siempre a su manera para que tengamos acceso a la realidad. Weisgerber elabora esta suposición hartamente convincente sobre la base de un rico material lingüístico.⁶⁸

Habría que señalar que la idea de un "mundo intermedio" se encuentra ya en Cassirer, expresada en forma simplificada, cuando habla de una realidad "desnuda" que no podemos asir. Tal vez no sea posible expresarse de otro modo, pero esto invita a encubrir la relación funcional entre lenguaje y realidad mediante el esquema simple del paralelismo de dos mundos. En rigor, hablar de una realidad situada "detrás" del lenguaje no tiene sentido, pues lo que podemos asir gracias al lenguaje ya es realidad, y a la inversa, esta realidad sólo nos es dada "en" el lenguaje y jamás uno puede representársela desprendida del lenguaje.

En el fondo se trata de la tan debatida relación entre la cosa en sí y el fenómeno de la filosofía kantiana. Y de hecho este modo de consideración lingüístico-filosófico

⁶⁷ Cassirer, *Was ist der Mensch?*, *op. cit.*, pág. 39.

⁶⁸ L. Weisgerber, *Vom Weltbild der deutschen Sprache*. Semivol. 1: *Die inhaltsbezogene Grammatik*. Düsseldorf, ²1953, págs. 25 y sigs.

no es otra cosa que una consecuente continuación y ampliación del principio filosófico trascendental. Las formas de contemplación y de pensamiento han sido sustituidas por la totalidad de formas simbólicas (mitos, poesía, etc.), y entre ellas la forma más elemental es el lenguaje. La manera óptima de concebir la función del lenguaje en la estructura de nuestra imagen del mundo parte de aquí.

En su época, Humboldt vio esto ya con lucidez y lo formuló en su estilo clásico: "Así como el sonido individual se introduce entre el objeto y el hombre, así el lenguaje en su totalidad se introduce entre él y la naturaleza, que ejerce sobre él efectos interiores y exteriores. Se rodea de un mundo de sonidos [con lo cual se refiere a las palabras], para acoger el mundo de objetos dentro de sí y trabajar sobre ellos".⁶⁹ Aquí se expresa con claridad el conocimiento fundamental. El lenguaje no es un medio externo que sirve para comunicar una experiencia previa, sino que, con anterioridad a que el hombre pueda en general acercarse a las cosas, antes que pueda captarlas con sus sentidos e inferir experiencias de tales captaciones, se introduce el lenguaje entre él y las cosas y dirige su modo de captar. El hombre no dispone de otro camino hacia la realidad que no sea el que pasa a través del lenguaje. Éste constituye el medio dentro del cual las cosas del mundo interno y externo pueden ir a su encuentro por primera vez. Humboldt lo manifiesta en forma enfática: "El hombre vive con los objetos... tal como exclusivamente el lenguaje los lleva hacia él".⁷⁰ "El hombre piensa, siente y vive únicamente en el lenguaje".⁷¹

La totalidad de la comprensión de este modo contenida en el lenguaje es designada por Humboldt como visión o concepción del mundo. Resume luego su pensamiento fundamental lingüístico-filosófico diciendo que cada lengua contiene una visión o concepción del mundo deter-

⁶⁹ Humboldt, op. cit., vol. 7, pág. 60. La abreviación no modifica el sentido de esta cita, puesto que la restricción inicial queda anulada en la mencionada continuación.

⁷⁰ Humboldt, op. cit., vol. 4, pág. 432.

⁷¹ Humboldt, op. cit., vol. 7, pág. 60.

minada. Para repetirlo una vez más, diremos que esto tiende a expresar que el lenguaje no es en sí un medio neutral que sirve para enunciar un pensamiento, sino que en cierto modo va formando ese pensamiento. Sin embargo, puesto que cada una de tales formaciones idiomáticas, cada interpretación idiomática del mundo, destaca siempre una sola posibilidad entre otras diversas, cada imagen surgida de este modo es unilateral, dado que brinda una sola "visión" junto a otras posibles. Las diferencias entre los idiomas son, por lo tanto, esencialmente, diferencias entre visiones del mundo. En este sentido Humboldt recalca: "Así en cada lengua hay una visión del mundo que le es propia".⁷² "Su diversidad no consiste en diferencias entre sonidos y signos, sino que se trata de una diferencia entre las visiones del mundo propiamente dichas".⁷³

Por eso el hombre, en virtud de la lengua que habla, se ve ligado siempre a determinada perspectiva: la de esa lengua. De modo que, en el pasaje ya citado, Humboldt continúa: "Mediante el mismo acto por el cual [el hombre] va extrayendo de sí mismo el tejido de la lengua, se va entretejiendo en ésta, y cada lengua traza un círculo alrededor del pueblo al que pertenece, y del cual es posible salir únicamente en la medida en que al mismo tiempo se pasa al círculo de otra. El aprendizaje de una lengua ajena debiera ser entonces la adquisición de un nuevo punto de vista respecto de la anterior visión del mundo".⁷⁴ Cada cual se encuentra "entetejido" en el mundo que su lengua le transmite.

c) *La significación de la gramática.* En este punto se impone un necesario complemento que habría sido difícil introducir en un capítulo anterior. Hasta ahora, al considerar la importancia del lenguaje para la comprensión del mundo y de la vida, habíamos partido exclusivamente del influjo de las palabras individuales, dejando comple-

⁷² Humboldt, op. cit., vol. 4, pág. 27. ⁷³Humboldt, op. cit., vol. 7, pág. 60. ⁷⁴ Whorf, op. cit., pág. 12.

tamente a un lado las cuestiones de la sintaxis. Sin embargo, la importancia de éstas no es menor, sino probablemente mucho mayor aún, ya que estos aspectos no determinan partes constitutivas separadas en la estructura del mundo, sino tal estructura en su totalidad. Sólo que dichos medios sintácticos son más difíciles de definir. Ante todo, dada la gran similitud de las lenguas indogermánicas, estos aspectos no llaman la atención mientras nos movemos —para el cotejo lingüístico— dentro del marco de estas lenguas. Sólo cuando uno se traslada al círculo de idiomas completamente extraños, puede apreciar tales nexos.

El lingüista norteamericano Whorf, basándose principalmente en su conocimiento preciso de la lengua *hopi*, elaboró en forma excitante las influencias de la gramática sobre el pensamiento. No podemos ocuparnos sino brevemente de sus resultados, y lo haremos porque éstos, a pesar de proceder de un punto de vista totalmente distinto, coinciden de manera asombrosa con las ideas de Humboldt, confirmándolas desde el punto de vista de la ciencia lingüística moderna.

Whorf acentúa expresamente el hecho de que la gramática misma "forma los pensamientos".⁷⁵ "La formulación de pensamientos... se ve influida por la gramática de cada caso."⁷⁶ Pues "los esquemas estructurales de las oraciones... [son] más importantes que las palabras".⁷⁷ En perfecta coincidencia con Humboldt expone: "Cada lengua constituye un gigantesco sistema estructural propio, en el cual se encuentran culturalmente predeterminadas las formas y categorías sobre cuya base el individuo no sólo se comunica, sino que también eslabona la naturaleza, advierte fenómenos y conexiones o bien deja de percibirlos, canaliza su reflexión y construye el edificio de su conciencia".⁷⁸ Whorf dio a su concepción, haciendo un expreso parangón con el principio de relatividad

⁷⁵ Whorf, op. cit., pág. 12.

⁷⁶ Whorf, op. cit., pág. 54.

⁷⁷ Whorf, op. cit., págs. 52 y sig.

⁷⁸ Whorf, op. cit., págs. 12, 20, 145.

einsteiniano, el nombre de "principio de relatividad lingüística".⁷⁹ Desde el punto de vista lingüístico-filosófico en general, sus exposiciones suscitan máximo interés. Pero puesto que, según observo, tales nexos tienen para la pedagogía una importancia menor, me limitaré a unas breves indicaciones, a fin de mantener abierto el horizonte, en este aspecto, para otros conceptos.

Como es sabido, nuestros idiomas construyen sus oraciones de acuerdo con el esquema bi-articulado de sujeto y predicado. Esto es tan obvio para nosotros, que, por regla general, ni siquiera lo notamos, y cuando aparecen excepciones, como en el caso de oraciones impersonales, surge la necesidad de penosas explicaciones gramaticales. Pero en este esquema radica desde un comienzo un presupuesto decisivo: que todo acontecer se entiende como acontecer de algo o a algo, como un hacer de un hacedor o un asumir pasivamente de alguien que asume pasivamente, vale decir que basamos todo suceso en un sustrato que se mantiene como tal a lo largo de las modificaciones. Para poder aplicar este esquema, hemos de destacar previamente por medio de nuestro lenguaje a tales portadores del acontecer respecto a lo que presenta la naturaleza. Esto se cumple usualmente por medio de nuestras "palabras principales", los sustantivos. Ahora bien, Whorf llama la atención sobre el hecho de que los ejemplos de la lógica usual se eligen siempre de un modo que corresponde a esas condiciones. Cuando esta lógica habla de mesas y sillas y de otros objetos manufacturados por los hombres, éstos ya presentan "un grado singular de aislamiento" que facilita la aplicación de los esquemas idiomáticos. Sin embargo, continúa diciendo, "la pregunta realmente interesante no se refiere a lo que hacen las diversas lenguas con tales objetos artificialmente aislados, sino ¿qué hacen con la naturaleza fluyente, en su movimiento, colorido y formas cambiantes, con nubes, orillas, con el vuelo de los pájaros?"⁸⁰ Su respuesta es: nuestra lengua,

⁷⁹ Whorf, op. cit., pág. 41.

⁸⁰ Whorf, op. cit., pág. 40.

con ayuda de los sustantivos, se facilita las cosas al recortar dentro de la naturaleza fluida objetos artificialmente aislados. Nuestros "términos como cielo, *colina*, *pantano* nos invitan a considerar cualquier aspecto inasible de la naturaleza infinitamente variada como una *cosa* separada, más o menos como una mesa o una silla".⁸¹ Dicho brevemente: nuestra lengua es objetivadora, hace de todas las cosas —incluyendo las que en realidad sólo son un proceso pasajero— objetos aislados que se mantienen como algo fijo a través del tiempo.

Con sus ejemplos, consistentes todos en sustantivos, Whorf se atiene más bien a las constantes transiciones dentro del ámbito espacial del cual sólo es posible desprender objetos artificialmente aislados. Con mayor fuerza todavía actuaría esto en el aspecto temporal. Únicamente gracias a esta tendencia de nuestro lenguaje adquiere el *ser* perdurable su preeminencia frente al mero devenir, cosa que luego ejerce sus efectos hasta penetrar en los fundamentos de toda la filosofía occidental. Solamente gracias a este trasfondo comprendemos todas las dificultades que afrontan los filósofos de la vida en su intento por redescubrir la *inocencia del devenir* (Nietzsche) y aprehender la vida en su vitalidad (Dilthey). Toda la visión de esta problemática cambia no bien se reconoce que tales dificultades emergen *solamente* de los presupuestos de nuestro lenguaje y de que incluso la primacía del ser frente al devenir depende del "principio de relatividad lingüístico", de modo que no puede pretender en absoluto ninguna validez general, puesto que las cosas también pueden abordarse de otro modo partiendo de otras lenguas.

Whorf desarrolla esto de manera frontal respecto a otro problema: la ciencia natural moderna, en la cual Cassirer, en su obra final *¿Qué es el hombre?*, a pesar de toda su [comprensión y su conocimiento de la función de la lengua, veía aún la cúspide insuperable de toda evolución | espiritual humana. Whorf establece que dicha ciencia no

⁸¹ Whorf, *op. cit.*, pág. 46.

posee en modo alguno validez general, sino que ha surgido de los supuestos específicos de nuestro lenguaje. "Lo que nosotros llamamos 'pensamiento científico' es un desarrollo especial del tipo lingüístico occidental indoeuropeo."⁸² Expresa asimismo la sospecha de que la física moderna, con su introducción de la noción de campo, ya ha sobrepasado el límite de lo que puede aprehenderse adecuadamente con los medios de la conceptualidad indogermánicamente acuñados, y que sus dificultades, como la relación de indeterminación de Heisenberg, la complementariedad de onda y corpúsculo, la imposibilidad de perseguir la identidad de una partícula elemental, la disolución de la determinación espacial, etc., tienen su causa en el hecho de que nuestro lenguaje conceptual demuestra ser inadecuado para ellas. Considera así que "las modernas lenguas especializadas son un impedimento para el progreso científico"⁸³ y requiere con toda seriedad la "creciente colaboración de la lingüística con la filosofía general de las ciencias naturales".⁸⁴ De acuerdo con su concepción, tal colaboración sería posible ante todo como una "lingüística contrastante",⁸⁵ una ciencia que sobre una base universal realiza un confrontamiento comparativo de las leyes estructurales de los diversos idiomas. Esta ciencia tendría que reexaminar, por una parte, las ocultas causas lingüísticas de nuestro pensar científico-natural y demostrar qué aspectos se ven idiomáticamente condicionados y resultan, por lo tanto, históricamente casuales, aunque estemos habituados a aceptarlos como necesarios y generalmente válidos. Forman parte de ello sobre todo las nociones básicas de las ciencias naturales, tales como espacio, tiempo y materia. "Las nociones de *tiempo* y de *materia* no se dan a todos los hombres de la misma manera, sino en virtud de su experiencia. Sus formas dependen de la lengua o las lenguas dentro de cuyo uso se han des-

⁸² Whorf, *op. cit.*, pág. 46.

⁸³ Whorf, *op. cit.*, pág. 22.

⁸⁴ Whorf, *op. cit.*, pág. 39.

⁸⁵ Whorf, *op. cit.*, pág. 100.

arrollado."⁸⁶ Por otra parte, esta ciencia tendría que investigar si otras lenguas podrían o no proveer medios más adecuados para superar las dificultades conceptuales que aparecen en la física moderna.

Whorf llega a tales conceptos sobre todo gracias a su conocimiento de la lengua hopi (una tribu india norteamericana de la región que hoy constituye el estado de Arizona). Desarrolla con este recurso "un modelo indio del universo, una lengua que carece de nuestras nociones de espacio-tiempo".⁸⁷ Nos muestra en detalle cómo esta lengua concibe la realidad con medios enteramente distintos y cómo a esta visión del mundo idiomáticamente distinta le corresponde al mismo tiempo un comportamiento humano por completo diferente, que en muchos órdenes podría servirnos de modelo, aunque sólo fuese porque nos hace notar los peligros de nuestro propio comportamiento. Un ejemplo solamente: seducidos por la concepción de un futuro calculable, caemos nosotros en una peligrosa "indiferencia frente a lo imprevisible en la vida";^M hacemos muy poco con el fin de afrontar catástrofes inesperadas. La exposición de Whorf de la lengua hopi no puede sintetizarse en breves pasajes, pero merece ser estudiada a fondo en cuanto modelo de una interpretación del mundo radicalmente distinta.

d) *El "morar" dentro del lenguaje.* Luego de este necesario complemento retomaremos el hilo de nuestras reflexiones anteriores. Con el concepto de visión del mundo queda designada en profundidad la función antropológica del lenguaje. En el terreno de la biología moderna se ha dicho que el animal vive en un medio ambiente cerrado en función de su especificidad genérica. Se quiere expresar con ello que para el animal no existe el mundo

⁸⁶ Whorf, op. cit., págs. 102 y sig.

⁸⁷ Whorf, op. cit., pág. 96.

⁸⁸ J. v. Uexküll, *Umwelt und Innenwelt der Tiere*. Berlín, 1921². ídem: *Streifzüge durch die Umwelten von Tieren und Menschen*. Rowohlt's Deutsche Enzyklopädie, vol. 13. Reinbek bei Hamburg, 1956.

entero de las cosas que nosotros conocemos, sino que debido a su organización sensorial y a sus instintos se ha recortado un estrecho segmento de las únicas cosas para él significantes. Sólo éstas forman su medio ambiente. Todo lo demás es como si no existiera. Ahora bien, es algo análogo, aunque en un plano mental superior, lo que la lengua realiza para el hombre. Pudimos ver que ya los meros nombres condicionan lo que el hombre es capaz o no de percibir en el mundo. Yendo más allá, la fuerza interpretativa de las palabras hace que se comprenda aquello con lo que uno se topa en el mundo y que lo incluya en el mundo que le es familiar. Gracias al lenguaje la realidad se transforma para nosotros en un mundo familiar dentro del cual podemos movernos con seguridad. Sólo con ayuda del lenguaje *mora*⁸⁹ el hombre en el mundo, encuentra en él su suelo y su seguridad. En este sentido podemos comprender la frase acerca de la casa *del ser*⁹⁰ en la cual moramos nosotros, los hombres.

La dificultad o la insuficiencia que padecen siempre las imágenes de este tipo, consisten en que esta casa o la jaula en la cual el hombre se encuentra encerrado, este círculo del cual según Humboldt no es posible salir, no puede ser reconocido en absoluto por el hombre que se halla dentro. Ese hombre, por así decirlo, ve a través de tales paredes. Nada sabe acerca de la visión del mundo a la que se encuentra ligado. Vive dentro de ella con obvia naturalidad. Es como si la visión del mundo se hallase a espaldas del contemplador y condujese su concepción de manera inconsciente para él. Sólo al enfrentarse con una lengua ajena lo ilumina de modo ocasional, como un rayo, la comprensión de que su posibilidad de ver las cosas no es la única posible y que junto a ella existen otras que ostentan el mismo derecho. Y sólo la contemplación filosófica es capaz de elevar hasta la conciencia los anticipos de entendimiento y las concepciones orientadoras contenidas en el lenguaje, y de "relacionar a *posteriori*...

⁸⁹ Ref. a la noción del habitar, cf. O. F. Bollnow, *Mensch und Raum*. Stuttgart, 1963, págs. 125 y sigs., 276 y sigs.

⁹⁰ Lipps, HL, pág. 60.

aquello que cumple de este modo una función subrepticia",⁹¹ sin poder desprenderse sin embargo de ello. De ahí que la visión del mundo de una lengua sea algo completamente distinto de la imagen del mundo que una ciencia esboza por sí misma mediante una labor consciente (digamos la imagen del mundo de la física).

Tal conocimiento filosófico-antropológico general involucra al mismo tiempo una gran significación pedagógica. Mediante el lenguaje el mundo forma una unidad cerrada, dentro de la cual la vida humana puede transcurrir con natural seguridad. El lenguaje determina lo que el hombre percibe y cómo lo percibe, lo que siente y lo que no siente. Pero el lenguaje, sobrepasando este aspecto, orienta toda su conducta en el mundo. Determina las metas que él ambiciona y los medios con los que trata de alcanzarlas. "El hombre piensa, siente y vive únicamente en el lenguaje."⁸²

Pero dado que el lenguaje, a diferencia del instinto animal, no es innato al hombre, sino que debe ser aprendido —y esto quiere decir bien o mal aprendido, de este o de aquel otro modo—, se genera aquí un vacío, un espacio libre que la educación ha de llenar con responsabilidad. Es decisivo el modo mediante el cual se transmite el lenguaje al hombre que va creciendo, pues esto condiciona para él el mundo en que vive y el modo en que se comporta en dicho mundo. La educación por medio del lenguaje y hacia la adquisición del lenguaje no constituye, por lo tanto, aun cuando se la considere desde la mira de la comprensión del mundo, un campo especializado cualquiera, sino que abarca a la educación en su totalidad y en su núcleo medular. Esta tesis deberá ser fundamentada más detenidamente aún en lo que sigue. Pero antes es necesario precaverse contra el malentendido que podría surgir de una concepción demasiado sim-

⁹¹ Cf. F. Kümmerle, *Verständnis und Vorverständnis. Subjektive Voraussetzungen und objektiver Anspruch des Verstehens*. "Neue Pädagogische Bemühungen", vol. 22 Essen, 1965. [Cf. www.friedrich-kuemmel.de; edit.]

⁹² Lipps, *Die Wirklichkeit des Menschen*. Francfort, 1954, págs. 153 y sigs.

plista acerca de la integridad cerrada de la visión idiomática del mundo y acerca del mundo que ésta transmite.

e) *La apertura del lenguaje.* La interpretación del lenguaje como visión del mundo y su caracterización como círculo en el cual se halla encerrado el pueblo que lo habla y, naturalmente, también el individuo, requieren en todo caso cierto complemento para que no sean malentendidas. Lo que se quiere expresar con la imagen de la "envoltura" o del "círculo" que rodean al hombre, es bastante claro y difícilmente podrá ser expresado de otro modo, pero sugiere tal vez demasiado la representación de un medio separador y oculta así el hecho de que precisamente el lenguaje aproxima al mundo, que al mismo tiempo descubre el mundo y lo hace accesible. Podemos llamarlo brevemente la función de apertura del lenguaje: el hecho de que con ese abrir la realidad esté creando al mismo tiempo ataduras a determinadas interpretaciones y de que con tales interpretaciones conduzca al mismo tiempo hacia la realidad, esta doble estructura entre aprehensión anticipada por parte del hombre y cumplimiento por parte de la realidad, debe ser comprendido como factor perteneciente a la esencia más íntima del lenguaje. Se funda en la estructura básica de todo conocimiento humano: es posibilitado por una comprensión previa y conducido por la misma, sin quedar, no obstante, inhibido por esa comprensión previa.⁹³

Esto es particularmente válido frente al concepto humboldtiano de visión del mundo o de concepción del mundo, y el abuso político al que en años pasado fue sometida la noción de concepción del mundo justificaría cierta desconfianza en este caso. Se consideraba la invocación de una concepción del mundo libremente elegible como alegato final en la disputa de las opiniones. En este sentido se podría parafrasear una sentencia hegeliana y decir que invocando la concepción del mundo se ha roto entre nosotros la comunidad. Así también respecto al lenguaje

⁹³ Cf. *Die Macht des Worts*, op. cit., págs. 54 y sigs.

resultó fácil imaginar que la noción de concepción del mundo constituía una entidad fija, un espíritu popular que había de hipostasiarse para engendrar las palabras individuales y las formas del lenguaje, con pretensión de validez absoluta.

En realidad, habría que proceder aquí con mayor cautela. Por lo pronto, puede asegurarse únicamente que con cada palabra del lenguaje surge una determinada interpretación. De modo que sólo puede hablarse de comprensión y, en este sentido, tal vez de una imagen del mundo inherente a tal palabra. Se sobrentiende que la imagen del mundo atribuida a la palabra individual sería bastante pobre, aun cuando de todas maneras pudiera contener las motivaciones de trasfondo en virtud de las cuales ésta podrá ser correctamente comprendida. Como imagen del mundo de una lengua debería designarse luego la totalidad de los supuestos emergentes de las palabras individuales. Con semejante manera de pensar la concepción del mundo perdería su *pathos* "metafísico". Nos hallaríamos entonces ante un caso de empirismo. Y con ello surgiría inmediatamente la dificultad de que no es de ningún modo seguro que los horizontes de comprensión de las palabras individuales puedan ser reunidos para formar una imagen del mundo unitaria, coherente y libre de contradicciones.

f) *Un ejemplo: sacrilegio y pecado.* Aportaré un ejemplo con el que Lipps se complacía en ilustrar estas relaciones: la relación entre sacrilegio y pecado. Ambos vocablos son significativos en cuanto a la naturaleza de las concepciones idiomáticas en general. No existe ninguna noción superpuesta, como sería, por ejemplo, la de fechoría, por debajo de la cual se podrían discriminar las subespecies conforme a señales distintivas, sino que en ambos casos se trata de interpretaciones enteramente diferentes, no sólo del hecho, sino de todo el hombre con respecto al hecho. Y resulta que cada una de las dos nociones ya encierra en sí una imagen del mundo perfectamente definida y que estas dos imágenes del mundo se encuen-

trán yuxtapuestas en forma inconciliable, pues se excluyen mutuamente de acuerdo con principios estrictamente lógicos. Aquí sólo puedo señalarlo brevemente.

Si, en primer lugar, preguntamos en qué contexto utiliza el lenguaje la palabra sacrilegio, observaremos que menciona, por ejemplo, una empresa sacrilega, una negligencia sacrilega, etc. La tragedia griega nos presenta esta noción con gran énfasis. Tiene afinidad con *hybris*, el indebido salirse el hombre de lo que le corresponde, el interferir en un orden superior, que desencadena la adversidad sobre el destino del hombre. El sacrilegio no es en este caso castigado, tampoco provoca venganza, sino que la adversidad así desencadenada se descarga sobre el hombre, arrastrando a justos e injustos. Vemos que se trata de una palabra que pertenece a un mundo extraño, pagano desde nuestro punto de vista, que nos resulta mucho más accesible en la tragedia griega que en nuestro presente. Pero también cuando se presenta entre nosotros, por ejemplo en el caso de la negligencia sacrilega, vemos arrogancia en ésta y también un sentimiento en última instancia pagano, que llega a nuestro mundo a través de muchas superestructuras.

Frente a esto, el pecado es enteramente otra cosa. Pecado es una palabra característica de la esfera cristiana. De pecado se trata únicamente cuando se habla de un estado pecaminoso original, de un mal de origen. El pecado es una caída en la tendencia primariamente pecaminosa del hombre. El pecado atrapa al hombre siempre en su debilidad, como a un ser que claudica ante las tentaciones, mientras que la acción sacrilega constituye, en su altivez, precisamente una consecuencia del exceso de fuerza, por lo que conserva siempre una extraña grandeza. No podemos dar aquí fundamentos más detallados al respecto. Nuestro ejemplo sólo debe servir para poner en claro la extraña "dicotomía" que atraviesa nuestra visión idiomática del mundo. Ésta no es de ningún modo tan acabada en sí como podría parecer en primera instancia. Contiene concepciones multiformes y en alto grado inconciliables entre sí. En este caso se trata de dos inter-

pretaciones procedentes de períodos muy distintos del pasado, que en el acervo de la lengua se encuentran una junto a la otra. Tal vez en este caso podrá decirse que se trata de diversos "estratos" que se superponen dentro de la lengua. Pero no todas las contradicciones pueden explicarse de esta manera historicista. Ellas forman parte de la naturaleza primaria del lenguaje. Por lo tanto resulta difícil hablar simplemente de una visión del mundo unitaria de la lengua alemana o de la lengua griega, etc. Aun cuando así se perfila una imagen del mundo elemental, se trata, con todo, si se observa en detalle, de conformaciones diversificadas y en parte contradictorias. De ahí que el que habla tampoco se encuentre enclausurado en una imagen del mundo cerrada, sino dentro de los horizontes de comprensión sumamente diversificados de las palabras individuales, por lo que queda abierta la cuestión de cuál es el punto hasta el que estos horizontes se unen para formar una totalidad.

Hay que añadir otra cosa: aun cuando el hombre individual se halle encerrado en el horizonte de comprensión de su lengua, no por eso está irrevocablemente encadenado a determinadas concepciones. Incluso el lenguaje, tal como está dado, no forma más que el marco dentro del cual cada individuo debe librar su combate con el mundo para llegar a algún acuerdo, y dentro del cual también debe formarse su particular imagen del mundo. Así, por ejemplo, las imágenes del mundo de diferentes poetas, que pueden distar mucho entre sí y que, sin embargo, pueden existir todas dentro del marco de una misma lengua (digamos la alemana). Lo que designamos como visión del mundo de un lenguaje, no son en verdad representaciones condicionadas por ciertos contenidos, sino más bien maneras generales de la captación, ciertas formas de la contemplación y del pensamiento.

Pero recalquemos que la lengua no es en absoluto algo cabal y firme, sino que se transmuta, tal como lo hemos observado con motivo de la nominación. No me refiero tanto a la lenta mutación suprasubjetiva que interesa

antes que nada a los lingüistas, sino a la manera en que el individuo lucha con su lengua, cuando con fatigosos esfuerzos trata de conquistar expresiones frente a lo que parece inefable y de tal suerte no sólo aprehende nuevas realidades, sino que también acrecienta y modifica el lenguaje. La concepción anterior, según la cual se considera que el lenguaje constituye un sistema de formas fijas, no queda así anulada, aun cuando, para decirlo en términos matemáticos, sólo es válida en primera aproximación y requiere subsiguientes correcciones estructurales. Debemos pasar de una consideración estática a una consideración dinámica del lenguaje. Las definiciones hasta ahora logradas sólo señalan el punto de partida después del cual se producen las verdaderas realizaciones de creación idiomática. Y con éstas se transforma y se incrementa siempre, al mismo tiempo, la "imagen del mundo" de la lengua.

II. DEDUCCIONES PEDAGÓGICAS

1. LOS SUPUESTOS DEL PRINCIPIO VISUAL TRADICIONAL

Si las ideas sobre el lenguaje desarrolladas hasta ahora son correctas, tendrán que permitir deducciones de muy vasto alcance, incluso revolucionarias, en el terreno pedagógico. Las designaré de antemano como restauración de la dignidad de la palabra luego de un largo período de desconfianza y desprecio por parte de los pedagogos. Puesto que se partía de la premisa fundamentalmente falsa según la cual las palabras sólo constituyen designaciones posteriores aplicadas a cosas existentes, perceptibles con anterioridad e independientes de las palabras, estas últimas aparecían como meras sombras de las cosas, y tomadas en sí no eran más que ruido y humo. De ello se infiere luego el principio pedagógico que ya mencionamos en la introducción, con el que, según Ratke, se inaugura la didáctica moderna: "Primero una cosa en sí misma, luego la modalidad de la cosa".¹ Comenius en su *Gran didáctica* lo expresó así: "Por eso es necesario que se brinden a la juventud cosas, para que las conozca, y no las sombras de cosas".² Tal siguió siendo desde entonces el principio que regía toda enseñanza demostrativa visual, reiterada una y otra vez. La rutina de la mera enseñanza verbal implicaba entonces para la escuela una amenaza de petrificación: con el fin de eludir el peligro que radicaba en el trato con palabras vacuas, vale decir carentes de contenido contemplativo, es cuestión de presentar pri-

¹ Cf. Ratichianische Schriften, ed. por P. Stötzner, vol. 2. Leipzig, 1893, pág. 16.

² J. A. Comenius, *Grosse Didaktik*, traducido y editado por A. Flitner. Düsseldorf, 19602, pág. 135, cf. págs. 112 y sig., 130.

mero la cosa misma de un modo ilustrativo, o bien reemplazarla mediante una reproducción gráfica para llevar luego esa contemplación, mediante la atención de la mirada, a una clara definición, y reforzar ésta sólo *a posteriori* mediante la palabra añadida. Este principio inicial, tal como lo desarrolla el empirismo de la incipiente época moderna frente al tradicional realismo conceptual, parece tan claro y convincente que uno necesariamente se pregunta cómo se puede dudar en general al respecto. Es, sin duda, se diría, el único camino posible, y de ningún modo puede concebirse que algo sea falso en este principio. Sin embargo, el peligro de este procedimiento, en apariencia tan obvio, consiste en la identificación de palabra y nombre, realizada sobre la base de una teoría del conocimiento tácitamente aceptada y falsa. Con ello se ignora la esencia del lenguaje, puesto que de antemano se presupone que lo que puede acontecer en un caso específico tiene validez para la relación entre palabra y cosa, lo cual, en realidad, no acontece en forma general.

Lo correcto en este principio así caracterizado es lo siguiente: que las palabras nunca funcionan por sí mismas, sino sólo en relación con una cosa por ellas designada. Lo falso reside en establecer una relación de prioridad: que es necesario captar antes la cosa, de manera independiente del lenguaje, para poder luego añadirle la palabra. En el mejor de los casos, esto puede ser cierto tratándose de puros nombres propios. En los demás casos ambas cosas surgen con rigurosa simultaneidad. Sólo gracias a la interpretación de la palabra adquiere el objeto la forma de tal cosa determinada, forma que emerge de un fundamento subterráneo todavía indeterminado. En este sentido ambas, cosa y palabra, se dan en rigurosa generación simultánea. De ello debe partir también la pedagogía si pretende dar un fundamento adecuado a la relación entre palabra y cosa. Así se ofrece al mismo tiempo un punto de vista amplio, que indica la justificación de ambos aspectos en su complementaridad. No se trata oV toma¹ partido en el viejo pleito entre las *verba* v la=: *res*, entre las palabras y las cosas, a favor de una de las

partes, hasta ahora derrotada, para restaurar el antiguo verbalismo, sino de demostrar que tal pleito carece de sentido en la medida en que a través de un análisis profundo de lo que significa la palabra llegamos a superar los antagonismos de ambas posiciones para examinar el problema de una manera nueva.

2. PROBLEMAS DE LA ADQUISICIÓN DEL LENGUAJE

Por otra parte, desde el punto de vista pedagógico la situación es todavía más compleja, pues no podemos partir de la generación simultánea de palabra y cosa en la creación de la palabra, sino que debemos atender al proceso a través del cual el niño individual va penetrando en el lenguaje preexistente. No forma palabras, nuestro niño encuentra las palabras hechas.³ Halla toda la lengua a su disposición. No bien el niño entra en general en posesión de un lenguaje —y únicamente de esto estamos hablando— penetra al mismo tiempo en el mundo de las cosas. Anuí, en cierto modo, la relación entre palabra y cosa se invierte: son las palabras las que abren al niño el acceso hacia el mundo. *Cerrn* la <? rjalabras aprende a conocer las cosas, con el lenguaje el mundo.

Al respecto hemos de observar un poco más cómo adquiere el hombre su caudal idiomático. Nos hemos de partir para ello del principio primitivo del aprendizaje inicial del habla, en el cual sin duda desempeña un papel conocido procedimiento de señalar las cosas y nombrarlas al mismo tiempo, de modo que el niño adquiera la comprensión de los primeros nombres. Si bien es muy poco lo que en el fondo percibimos ver-

³ Las curiosas formaciones neológicas que el niño desarrolla en gran cantidad durante la etapa temprana de su aprendizaje del habla se abandonan bien pronto, para ceder su lugar al acervo tradicional de palabras. De modo que aquí podemos omitirlas

* Referente al lenguaje infantil, cf. Kainz, *op. cit.*, vol 2, págs. 1 y sigs, nuevamente con abundantes indicaciones bibliográficas.

dadere proceso que tiene lugar en el aprendizaje del habla y sin duda tendremos que resignarnos a no penetrar jamás del todo en esta zona oscura. Pero por fortuna nuestro contexto no exige que analicemos en profundidad este proceso, puesto que apenas el hombre traspasa estos comienzos elementales, la ampliación del caudal idiomático se realiza de manera fundamentalmente distinta. Sólo que hasta ahora no se ha prestado debida atención a este hecho. Y ahí precisamente es donde debe entrar en funciones el procedimiento correcto de enseñanza.

Por regla general, al niño no se le enseñan las palabras por primera vez en su relación aislada respecto a la cosa, sino que le llegan en el contexto del discurso hablado, muy casualmente, sin que esto sea la intención de los adultos e incluso sin que éstos siquiera lo noten. Partiendo del contexto del discurso (y de toda la situación, con su tono, su gesticulación, etc.) el niño debe tratar de adivinar el sentido, de ampliar y eventualmente corregir su primera comprensión al oír lo mismo en otro contexto, y asimismo de preguntar ocasionalmente —muy rara vez, por cierto— por el significado. Así se nos presenta la verdadera adquisición del lenguaje. De ahí hemos de partir también en lo relativo a la consideración pedagógica, y observar luego de cerca y sobre esta base los procesos que sirven de punto de partida al difundido principio mostrativo visual.

3. EL ÁMBITO DE APLICACIÓN DEL PRINCIPIO VISUAL

Por lo tanto preguntamos: ¿cuáles son los casos en que puede aplicarse con buen sentido el principio mostrativo visual, para comprender desde ahí también aquellos casos en que ya no es aplicable y tiene que ser reemplazado por otros procedimientos? Una vez alertados al respecto, llama la atención en primer lugar lo que sigue: este procedimiento en su forma pura sólo es aplicable respecto a cosas que se presentan nítidamente configuradas (por ejemplo, animales, plantas o utensilios) y que el niño no

conoció antes ni tampoco oyó mencionar, o sea cosas con respecto a las cuales es realmente una *tabula rasa*. Sólo entonces se podrá presentar a las cosas mediante ejemplares reales, dejar que se las observe con tranquilidad y agregar por último cómo se llaman. Pero tales casos puros serán relativamente raros. Y aun tratándose de tales cosas delimitadas con claridad, el procedimiento fracasa si el niño ya conoce la cosa en cuestión y sabe por lo tanto cómo "se llama" o qué "es". También en este caso persiste la necesidad de una presentación gráfica, ilustrativa, pero el procedimiento deberá considerarse en otro sentido. Para seguir ateniéndonos a una imagen conocida, diremos que se debe partir del cuadro ya descrito, pero no correcta o suficientemente descrito, vale decir se debe llevar a una clara definición algo ya previamente conocido. Y con este fin se vuelve a echar mano de la observación directa.

Esto vale sin duda en mayor medida cuando el niño aún no ha visto la cosa en cuestión o no la ha conocido en la realidad, pero ya conoce de alguna manera la palabra y asocia por lo tanto con ella cierta representación, que a veces puede ser falsa. En este caso la observación sirve como fundamentación *a posteriori* de algo ya anticipado sin observación. La mostración visual no se produce entonces al comienzo, sino que se presenta ulteriormente. En estos casos no se llega a conocer, por lo tanto, algo hasta entonces del todo desconocido, sino que se lleva a su definición algo indefinido, conocido de oídas. La palabra se cumple en la contemplación. Este segundo caso es el caso normal que debe servirnos de pauta. El primero, en cambio, aparentemente más simple, constituye en realidad sólo un raro caso fronterizo. La tarea de la mostración ilustrativa no pierde con ello su importancia, pero significa otra cosa y requiere por eso también un procedimiento didáctico muy distinto.

Este procedimiento ha de partir del hecho de que el niño ya comprende de algún modo la palabra en el momento en que la educación trata de aclararla. Sólo que tal comprensión es indefinida todavía en muchos aspectos, es incorrecta, y ahora, mediante un tratamiento adecuado,

ha de llegar a clarificarse. Tal clarificación se realiza mediante la presentación retrospectiva de la cosa, pues esto es lo que en verdad significa mostración ilustrativa. Pero la cosa en sí misma no es nada si se la ofrece en forma neutral, sino que de antemano se la comprende a partir de la palabra. Se trata, pues, de un despliegue de la comprensión mediante la introducción de la contemplación directa.

Para designar esta forma de mostración ilustrativa recurriremos a la noción de *rellenamiento*, que se impone por sí misma en esta descripción de los procesos. La representación indefinidamente prefigurada en la palabra debe ser rellenada a *posteriori*. Es como si la palabra fuese un boceto de un dibujo que luego habrá que rellenar realmente. Ello significa que el lenguaje se presenta en primer término, para ser seguido, mediante el relleno, por la intelección contemplativa. No queremos decir que el maestro pronuncie en primer lugar la palabra (hasta entonces desconocida) anticipando así de algún modo el programa, y que luego la haga seguir por la exhibición de la cosa designada, sino que durante la enseñanza va apareciendo colocado en el medio de la comprensión idiomática preexistente y que debe asociar su método a ésta. Con ello, en verdad, casi se invierte el orden de fundamentación en la estructura didáctica, en relación con los conceptos usuales hasta ahora: mediante el contemplativo relleno de algo ya anticipado no contemplativamente, nos encaminamos por la senda que va de la palabra a la contemplación y de vuelta a la palabra.

Esto no implica esclavizarse a la palabra. La lucha de Pestalozzi contra el manejo de palabras huecas no pierde sentido con ello, sino que más bien sólo ahora se destaca en su significación fundamental. Pero ahora resulta evidente que la palabra "hueca" no es un fenómeno de degeneración casual y, por lo tanto, en principio eludible, sino que, como condición previa, constituye el suelo que necesariamente ha de existir siempre y sobre el cual, mediante el retroceso hacia la contemplación, puede manifestarse un saber pleno.

4. EL LLEGAR A CONOCER LO YA CONOCIDO DE OÍDAS

La manera en que se lleva a cabo este rellenamiento de la comprensión indefinidamente anticipada difiere mucho según el caso. Hay que cuidarse de pretender desarrollar un método a partir del modelo de un caso singular. Observemos en primer término los nombres propios, de hombres y ciudades, pero también los nombres genéricos, de especie de animales y plantas, de los utensilios fabricados por el hombre, etc. El mundo del que hemos oído hablar es siempre mucho más vasto que el que conocemos por haberlo visto nosotros mismos. En el transcurso de su evolución el hombre va incorporando cada vez más al dominio de lo que él mismo ha "experimentado" elementos del dominio que sólo conoce de oídas. Sin embargo, por más que avance en este sentido, lo directamente experimentado seguirá siendo siempre un dominio relativamente pequeño, rodeado por el océano ilimitado de lo sólo oído (o leído). Y precisamente el hombre de edad tendrá que conformarse con el hecho de que no llegará a conocer nunca muchas cosas que habría deseado llegar a conocer. Entre estos dos dominios subsistirá siempre una relación de tensión.

Sin embargo, en este sentido no se plantea aún ningún problema pedagógico-lingüístico propiamente dicho, puesto que los nombres tan sólo designan a sus objetos, sin significar nada en sí mismos. En el caso del puro nombre propio, se trata de un llegar a conocer la realidad relativamente desprendido del lenguaje, y aún no del rellenamiento de una comprensión anticipada. Ésta aborda su objeto, por lo pronto, sin ninguna expectativa, en una u otra dirección. Y no obstante ya se descubre en los nombres propios una tendencia a enriquecerse con una interpretación propia de lo designado. En este sentido, aun aquí surge el fenómeno de cumplimiento o no cumplimiento de cierta expectativa.

Retomemos una vez más la representación (inmotiva-

da) de una ciudad, que puede surgir de la mera sonoridad de su nombre, como en el caso de Parma o de Hannover. Que la expectativa correspondiente vaya a cumplirse con una visita a esas ciudades, es cosa harto incierta. Tal vez influya en la mirada con que se contemple la ciudad en cuestión, pero es muy dudoso que la realidad dé cumplimiento a semejante representación surgida nada más que del sonido. Otra cosa ocurre si luego del encuentro personal con un hombre al que antes sólo conocíamos de oídas decimos que es muy distinto de lo que nos habíamos imaginado. Pues en este caso la representación expectante se basa en las experiencias que otros habían tenido con respecto a él. De todos modos, este caso, que ocurre una y otra vez en la vida, es elocuente, ya que demuestra cómo en el encuentro personal, vale decir en la contemplación propia de la realidad, se encuentra algo que jamás pudo ser obtenido mediante experiencias ajenas.

Tales experiencias engendran una singular sensación de felicidad. Los hombres se alegran cuando llegan a conocer por sí mismos lo que sólo conocían de oídas, y esta sensación tan simple debe también haberle servido a Aristóteles para decir que todos los hombres, por naturaleza, sienten alegría gracias al saber.⁵ De modo que no se trata de una frase hueca cuando un hombre asegura al otro que se alegra de haberlo conocido. De este modo, por ejemplo, se alegra un botánico cuando en la comarca encuentra una planta rara que hasta entonces sólo conocía por ilustraciones. Esta sensación de felicidad es tanto mayor cuanto el conocimiento real de algo corresponde más a la expectativa, a la esperanza que el hombre había albergado, o más aún cuando supera a ésta en forma inesperada. Pero el resultado, por cierto, también puede implicar una desilusión, cuando, por ejemplo, el niño, habiendo concebido en virtud del exótico sonido de la palabra "paralelepípedo" la representación de algo muy misterioso, se ve luego cruelmente desengañado por el esclarecimiento del sobrio significado de esa palabra. Así

⁵ Aristóteles, *Metaphysik*, 980 a.

vivimos dentro del lenguaje, en posesión de tantas palabras incomprendidas y captadas al azar, que a menudo por la mera sonoridad verbal brindan una sensación fascinadora. Sin duda son relativamente pocas las palabras que gracias a su extrañeza se presentan al niño como envueltas en el estremecimiento del misterio. Es suficiente saber que existen tales palabras y que el proceso de cómo se cumplen o no se cumplen misteriosas anticipaciones guarda un profundo nexo con el proceso evolutivo de la vida.

Un hermoso ejemplo es aportado por Keller en su relato juvenil *Der grüne Heinrich*,⁶ al narrar cómo el protagonista llama desagradablemente la atención en su época de principiante en la escuela, al exclamar durante la presentación de la mayúscula P, lleno de alegría: "¡Pero si es el Pumpernickel!" * Esto que el maestro consideró una insolencia digna de castigo y que en este caso implicaba realmente una equivocación, pues era consecuencia de una falsa anticipación, nos muestra, precisamente a causa del error cometido, la esencia de este proceso. El niño creía ahora saber realmente qué pasaba con esa palabra "Pumpernickel", tan misteriosa por el modo que sonaba, y se sentía feliz gracias a este descubrimiento. Pues las letras no son para el niño algo puramente exterior, sino más bien entidades misteriosas y mágicas. Y la circunstancia de que lo arrancaran tan cruelmente de esta jubilosa dicha cumplida, no sólo indica una total falta de sentido de humor en ese maestro, sino también su falta de comprensión de la naturaleza de este proceso. Expuse este ejemplo con tantos detalles porque me parece que ilumina una situación escolar típica. Desde luego, en este caso la suposición era errónea, pero tanto más habría sido necesario que un maestro cauteloso prestara ayuda mediante un comprensivo esclarecimiento.

Si desde aquí retrocedemos con nuestra mirada, veremos que ya es posible definir con mayor exactitud el

⁶ G. Keller, *Der grüne Heinrich*, vol. 1, cap. 3. Nombre de cierto tipo de pan. (*N. del T.*)

ámbito dentro del cual el principio de enseñanza visual puede aplicarse con sentido. Es posible ilustrar visualmente todo aquello y únicamente aquello que posee un nombre en cuanto objeto conformado con nítidos contornos, vale decir, cuando una designación idiomática se aplica a *posteriori* a una realidad ya esencialmente dada en forma independiente del lenguaje y claramente estructurada en sí misma.⁷ Pero ya vimos que no todas las palabras del lenguaje son nombres, más aún, que mediante el nombre no es posible en absoluto abarcar plenamente la esencia del lenguaje. Una falsa igualación entre palabra y nombre oculta en tal caso los nexos más profundos.⁸

5. LA CLARIFICACIÓN MEDIANTE LOS SIGNIFICADOS DE LAS PALABRAS

Ahora bien, los problemas lingüístico-pedagógicos más profundos sólo surgen cuando pasamos de las meras designaciones idiomáticas de cosas preexistentes a las palabras con sentido propio que, mediante una propia interpretación, un propio "asimiento" (Weisgerber), dan forma a su objeto y que, por lo tanto, develan para nosotros de una manera del todo productiva una realidad hasta entonces indefinida. Pues en estos casos la experiencia de la realidad propiamente dicha se ve decididamente determinada por el lenguaje. Es de lamentar que estos nexos, ya de diverso modo discutidos por la investigación lingüística, no hayan resultado sino apenas fructíferos para la pedagogía. Intentaré explicar esto por medio de algunos ejemplos simples y sin tener mayormente en cuenta las diversas discusiones. "Caballo" es, por ejemplo, un

⁷ Cf. Ammann, op. cit., Iª parte, pág. 73; 2ª parte, pág. 18.

⁸ El nuevo viraje y la inesperada profundización que experimenta el principio visual en el trabajo de K. Giel, *Studien zu einer anthropologischen Didaktik* (Tesis de habilitación, Universidad de Tubinga), no pueden ser tomados en cuenta ahora que lamentablemente la obra no se ha publicado todavía.

nombre en sentido amplio, el nombre de una determinada especie de animales. El zoólogo usará para ello con mayor precisión la denominación latina. Pero ¿"corcel", "jamelgo" o "rocín" son nombres en idéntico sentido? El caballo se concibe, se interpreta, se valora, se considera, etc., como corcel, pero no existe ninguna especie en realidad que sencillamente se llame corcel. ¿Cómo se presentará entonces en la enseñanza demostrativa visual a un corcel? Y sin embargo la enseñanza del idioma implica la tarea de rellenar con un claro significado esta palabra oscuramente recogida. ¿Cómo puede esto llevarse a cabo? Es evidente que ello requiere un procedimiento muy distinto. Trataremos de destacar esto con toda claridad por medio de un ejemplo conscientemente simple que demostró ser fructífero en medio de una discusión más especializada. Se enfrenta la tarea de representar visualmente la palabra (o la noción) *fruta*. En primer lugar podría pensarse en mostrar primero un montón de manzanas, luego un montón de peras, luego un montón de ciruelas, etc., para continuar diciendo: "¡Atención, chicos, todo esto junto, es fruta!" No creo que semejante juego sin sentido haya ocurrido nunca, por exceso de entusiasmo de un maestro o porque éste se esforzara exageradamente por obtener el reconocimiento de un superior. Sin embargo, este ejemplo imaginario se presta para poner en claro los límites de una posible demostración visual. Pues por más frutas individuales que se muestren no se esclarecerá así la comprensión de lo que significa la palabra fruta: faltará el principio según el cual estas diversas frutas podrán reunirse bajo la designación de fruta. Y tal principio jamás podrá extraerse de una demostración sensorial entendida de este modo. No existe formación alguna de una noción general, genérica, que no requiera un determinado principio selectivo. Se avanzaría si se considerara retrospectivamente la historia de las palabras y se recordara que un significado básico de la palabra "alimento", mucho más amplio en su origen, ha ido estrechándose paulatinamente hasta llegar al significado ac-

tual, tras de pasar por el sentido restrictivo del postre.⁹ Pero incluso esto sería sólo un indicio y no ofrecería todavía la solución del problema. Lo que se resume como *jruta*, no se desprende en general de una característica objetiva, sino únicamente del modo en que en este caso ciertas frutas quedan comprendidas para cumplir determinada función dentro de la totalidad de los alimentos humanos. Sin duda también esto puede asimismo explicarse, por ejemplo, mediante la diferenciación respecto a las hortalizas. Acaso pueda ilustrarse igualmente en forma visual por medio del recurso, digamos, del puesto frutero o del comercio donde se venden frutas y hortalizas. Pero todo esto ya conduce inevitablemente hacia una concepción de la vida y presupone muchísimo más de lo que pueda obtenerse mediante el presunto recurso de la percepción sensorial directa. El ejemplo anterior referente a la silla podría aplicarse también aquí de modo fructífero.

Trataré de aportar otro ejemplo, con la intención de pasar del mundo de las cosas visibles al dominio de la vida anímica. En los escritos de Salzmann se encuentra en cierta parte el relato acerca de un niño que se extravía en el bosque, pero es hallado a tiempo, circunstancia en que el educador agrega una moraleja final: "Esto que has sentido fue el miedo. El miedo es cosa grave, sin duda. Cuando crece y se hace fuerte en un hombre, éste ya no ve las cosas en forma debida ni oye ya correctamente", etcétera.¹⁰ Por más que tal vivencia pueda dar motivo al consejo, a llamar la atención sobre la naturaleza del miedo y sus desastrosas consecuencias, no resulta evidente que sirva para introducir la palabra y la noción de miedo. No he de insistir en lo irreal que sería introducir aquí la palabra miedo como algo enteramente nuevo, como si el niño todavía nada supiera y nada se imaginara al respecto. Pienso que tampoco Salzmann ha de haber querido expresar esto, sino que lo ha sentido más bien como el rellenamiento vivencial de una palabra hasta entonces

⁹ Cf. Trübners *Deutsches Wörterbuch*.

¹⁰ C. G. Salzmann, *Moralisches Elementarbuch*. 1* parte. Viena, 1788, pág. 23.

vacía. Aquí se trata de algo diferente: del hecho de que la palabra miedo no es en general un nombre con el que se designa una determinada clase de sentimientos, de modo que no resulta posible presentar el miedo ilustrándolo con un caso individual, tal como, por ejemplo, se puede mostrar mediante un ejemplar qué es una rosa silvestre, sino que únicamente podrá ser mostrado con claridad partiendo de un horizonte de comprensión más amplio y usando poco a poco diversos ejemplos.

Si intentamos resumir lo que quisimos decir mediante este ejemplo muy simplificado, veremos que se trata de que únicamente en el caso de palabras que pueden considerarse como nombres de cosas es posible presentar una cosa por ellas designada mediante la sencilla exhibición visual. Pero si se trata de las palabras del lenguaje propiamente dicho, es el caso de que no sólo denominan a su objeto, sino que lo engendran como tal, de modo que este objeto surge verdaderamente a la existencia sólo con esta palabra, o bien que sólo es advertido entonces como tal mediante tal o cual interpretación.

Esto se confirma muy especialmente a propósito de las concepciones lingüísticas de Lipps. Si nos permitimos recordar una vez más los ejemplos anteriores, será lo mejor tomar como punto de partida los significados verbales básicos, puesto que en su caso se destacan con mayor nitidez las dificultades didácticas. Lo que es en verdad estar parado, estar acostado, estar sentado, caminar, etc., no puede en absoluto ser enseñado mediante un único ejemplo visual, ni puede expresarse mediante una definición obtenida por abstracción: ello se logrará sólo mostrando estados a través de reiterados ejemplos, con el fin de provocar una comprensión creciente y más precisa. Por así decirlo, sólo puede darse un salto hacia la respectiva enunciación, para luego poner a prueba su justeza paso a paso, mediante nuevos ejemplos y nuevos giros idiomáticos. Esto rige también en el caso de muchos sustantivos. No puede ponerse en claro qué es una mesa o una silla mediante la abstracción que procede de la mostración visual: sólo es posible orientar hacia cierta

familiaridad con tales conceptos a través de un uso idiomático siempre renovado. Pero ello rige sobre todo, como queda dicho, en el dominio anímico y espiritual, pues en tal terreno no existe una realidad independiente sin más del lenguaje y que pueda ser señalada sencillamente con un nombre. No puede hacerse entender qué es virtud o qué es coraje, qué es ansiedad o nostalgia, por medio de un ejemplo expresivo: ello se logrará sólo procediendo bajo la guía del lenguaje. De tal suerte va creciendo en uno, con gran lentitud, la comprensión de tales nociones, a medida que se forman las imágenes correspondientes. Y esto requiere, desde el punto de vista pedagógico, una actitud del todo distinta. Pero tal actitud no ha sido aún elaborada debido a la orientación excesivamente unilateral que surgía de la concepción de la palabra como mera designación de una cosa. No se veían en absoluto los problemas, se aceptaba la limitación inherente a los casos en que los procedimientos tradicionales resultaban más o menos aceptables, y se abandonaba el resto al azar. Así quedó sin formación pedagógica una vasta parte de nuestra adquisición de la lengua y de la comprensión del mundo y de la vida que tal adquisición implica.

6. CONCLUSIÓN

Resumiremos: cuanto más trata uno de penetrar en los problemas de una pedagogía lingüística, tanto más se confirma la idea humboldtiana según la cual el hombre se halla encerrado en el "círculo" de su lengua y sólo convive con las cosas tal como la lengua las lleva hacia él. De hecho, en la formación de la comprensión del mundo, el lenguaje goza de una prerrogativa frente a la experiencia objetiva. Prefigura la totalidad de una comprensión del mundo que luego se realiza concreta y lentamente en el contacto con la realidad, con la experiencia de la realidad. La noción de realización en el sentido de rellenamiento, tal como se nos impone una y otra vez al describir los procesos, describe adecuadamente la aprehensión de lo que sólo de una manera insuficiente puede

ser captado mediante la demostración visual. El lenguaje toma la delantera con su comprensión, al comienzo muy difusa, para quedar luego cada vez más enriquecido mediante el contenido real y —sólo puedo usar siempre de nuevo esta acertada palabra— "rellenado" por él. Es por lo tanto el lenguaje lo que recibe a la realidad dentro de sí. De ello se infiere que el mundo abierto mediante el lenguaje es siempre mayor y más abarcador que el mundo que se vive y se experimenta en la realidad. Esto rige aun en el dominio de los nombres. Cada hombre ha oído hablar de muchas cosas que aún no ha visto, y al escuchar los nombres se forma una representación a menudo imprecisa, más o menos acertada. Cada hombre, aun el adulto, vive en medio de una plenitud de palabras aproximadamente entendidas, pero no colmadas de experiencia cierta. El cumplimiento de esta comprensión de la palabra, en el sentido de llegar a conocer algo que hace mucho ya se conoce de oídas, procura generalmente, sobre todo en el caso del niño todavía abierto hacia el mundo, la sensación de verdadera dicha que no puede explicarse con el mero incremento de lo que conoce, sino únicamente con esta vivencia del cumplimiento. Por eso aquel niño pudo prorrumper en una exclamación jubilosa cuando finalmente creyó enterarse de qué era un Pumpernickel. Y la reacción carente de humor de su maestro prueba hasta qué punto éste no comprendió tal júbilo, por cierto erróneo en este caso concreto.

En grado mayor aún es válido lo dicho, si nos referimos a las palabras significativas propiamente dichas, sólo que en su caso el cumplimiento es diferente y más trabajoso. Las dificultades son en este terreno esencialmente mayores por cuanto lo erróneo o vago de la comprensión es mucho más difícil de reconocer en tales casos y no resulta tan fácil rectificarla indicando simplemente la cosa. Resulta necesario entonces un despliegue más cauteloso de la comprensión del mundo subrepticamente contenido en la palabra, precisamente la "concepción" dentro de la cual, únicamente, ésta puede ser comprendida y utilizada en forma correcta.

No quiero detenerme por más tiempo en las consecuencias pedagógicas que se imponen en forma inmediata. Si toda nuestra experiencia del mundo se mueve en el marco de nuestro lenguaje, resulta decisiva la forma en que este lenguaje se constituye: tal como es el lenguaje, así también se torna el mundo del hombre que habla ese lenguaje. Con ello la educación lingüística llega a ocupar el centro mismo de la educación en general. Esto no sólo rige en cuanto a la formación de un caudal idiomático rico, ordenado y estructurado, sino también en lo referente a una comprensión precisa y diferenciada de los horizontes de comprensión aportados junto con las palabras. Ello es válido no sólo en lo relativo a la corrección gramatical en el empleo del lenguaje, sino más aún en lo que respecta a su aplicación responsable y concretamente apropiada en una situación dada.

El mundo va conformándose para el hombre según la imagen del lenguaje, y cada nueva precisión idiomática es al mismo tiempo un aumento, un enriquecimiento de su mundo. Esto no se refiere sólo al mundo externo, sino también al interno, espiritual y anímico. Así como el mundo externo va estructurándose en el niño al aprender éste a designarlo, a captarlo idiomáticamente, así también se estructura y se forma su fuero íntimo por medio de la expresión idiomática. Alegría y dolor, amor y paciencia, aburrimiento y expectativa, franqueza y orgullo, etc.: todo ello va configurándose bajo la conducción de las palabras que el lenguaje pone a disposición del hombre. Y con tal proceso se va formando su naturaleza interior. Lo cual sin duda no significa que el lenguaje produzca los sentimientos sacándolos sencillamente de la nada. Algo de vida anímica debe preexistir. Pero ese algo es todavía informe e inaprehensible y sólo adquiere su forma y con ello su verdadera realidad al fundirse en los moldes idiomáticamente prefigurados o, mejor dicho, al unirse a tales formas prefiguradas. Y puesto que cada lengua, como hemos visto, va acuñando esta actitud de un modo específico en cada caso, también el hombre se va formando dentro del lenguaje de un modo específico en cada

caso. Esto vale no únicamente con respecto a la "visión del mundo" de cada lengua materna, sino también, sobrepasando este límite, con respecto a la dimensión y al modo en que el hombre hace suyo su lenguaje y en que procede con el mismo. En la educación por medio del lenguaje y con el lenguaje educamos al mismo tiempo al hombre entero. De ahí que la educación lingüística sea el núcleo central de toda la educación.

III. LA FUERZA DE LA PALABRA CREADORA DE REALIDAD

1. EL FLUIR DEL DISCURSO Y LA PALABRA ACUÑADA

Hemos hablado del lenguaje en cuanto medio del que se sirve el que habla, vale decir, del lenguaje ya existente con su acervo verbal y su estructura gramatical que el que habla tiene a disposición para sus enunciaciones. En este sentido pudimos designar al lenguaje como "mundo intermedio" o bien como "envoltura" que rodea al hablante y que al mismo tiempo abre para él la realidad; simultáneamente pudimos caracterizar la "visión del mundo" contenida en esta o aquella lengua determinada. En este sentido, el lenguaje constituye un reino de posibilidades que están a disposición del nombre. Aun cuando hablamos del "cumplimiento" de la comprensión verbal gracias a una visualización concreta, se trataba de la concreción de un entendimiento ya contenido en el lenguaje. En pocas palabras: el lenguaje era un horizonte de comprensión en cuyo marco se develan las cosas. El "mundo" del lenguaje era un mundo de posibilidades. Ahora, en cambio, surge la pregunta respecto a cómo se construye dentro del lenguaje un dominio de la realidad. Aquí ya no se trata del habla en general, sino de la manera en que el hombre aprehende la realidad en la palabra, pronunciada aquí y ahora. Surge, pues, la pregunta acerca de la función de la palabra, ya no en el sentido del vocablo que se acepta porque existe, sino de la sentencia, de la palabra de definidos contornos que el hombre ha pronunciado en determinada ocasión.

No todo lo que se habla en la vida cotidiana es palabra en este sentido particularmente específico. En cierto modo

tal palabra constituye incluso una excepción; pues la mayor parte de lo que en el transcurso del día se habla, queda como empotrado en la marcha del diálogo, es discurso que no puede separarse de la conversación. Cumple con su función si el interlocutor le responde con su actitud o contestación. Debe ser entendida dentro de su propio sentido. Yerra en cambio su objetivo cuando alguien se aferra demasiado estrictamente a la formulación. Es así como una pregunta ha de ser captada y contestada de acuerdo con su sentido; no es importante cómo se formula la respuesta. Y así la conversación se realiza en el decir y responder sin que se preste atención a las palabras que se emplean. A menudo se sorprende uno a *posteriori* frente a un giro usado impensadamente y lo reitera, y con frecuencia ni el que habla sabe cómo se ha expresado, si lo interrogan al respecto. Aun el encargo o la orden han de ser comprendidos en su significado y únicamente cuando se trata de una ejecución exacta podrá tener sentido pedir una repetición de tal orden, y tampoco entonces será importante la palabra individual que se use. El lenguaje es en estos casos el medio obviamente utilizado cuando los hombres hablan entre ellos y, en tal sentido, por cierto lo consideramos en la primera parte del presente ensayo. Cuanto mejor se comprende el lenguaje, tanto menos llama la atención su forma. Este discreto 11=50 de Ja uai abra no es, empero, un defecto, sino la expresión de la obviedad con que uno se sirve del lenguaje dentro del cual se vive.

Este lenguaje usado únicamente para comunicarse puede asimismo degenerar luego, como ya dijimos, en mera charla. También el musitar y el charlar ejercen gran influencia, con su anonimidad en el seguir y seguir, con la presión constante sobre la opinión pública a la que nadie puede sustraerse fácilmente. La chachara que continúa y continúa hasta el infinito y en la cual nada se vuelve realmente asible, es de tal índole, que si posteriormente se interroga al hombre que la ha oído sólo podrá indicar de modo aproximado de qué se trataba, pero no podrá repetir nada claro o definido Sólo se podrá señalar, pon-

gamos por caso, en la situación de un testigo, que cierta palabra pudo haberse usado, pero uno no podrá asegurarlo con firmeza. También aquello de lo que trata semejante habladoría o chachara es realidad, pero lo es en el sentido en que también es realidad lo informe, lo primario, el caos.

Desde este punto de vista la palabra tal como aquí la pensamos es por cierto una excepción, en la medida en que se destaca dentro del indiferenciado fluir del habla en general como una figura idiomática definida, claramente acuñada. La palabra, en este sentido específico, surge cuando el lenguaje ya no se encuentra obviamente a disposición de uno y la palabra debe ser, por lo tanto, cautelosamente escogida o bien trabajosamente conquistada en una lucha con las dificultades ante lo difícil de expresar. Forman parte de este contexto el juicio que un hombre pronuncia en una situación difícil, ponderando el pro y el contra; también la palabra poética, mediante la cual algo oscuramente sentido logra una expresión feliz. Puede cumplir esta función asimismo una palabra dicha impensadamente, por ejemplo, una expresión ofensiva, cuando es acogida y retenida aun contrariamente a la voluntad del que habla. A raíz de una palabra pronunciada en este sentido peculiar, ya se trate de una feliz ocurrencia del hombre o de algo hallado con un esfuerzo consciente, se ha detenido el fluir del discurso. Por eso también tales palabras pueden ser conservadas en la memoria, para ser repetidas más tarde "literalmente", a diferencia de lo que sucede con la chachara. A continuación consideraremos todavía más detenidamente de qué modo se logra mediante la palabra esta elevación por encima de la corriente del discurso. Y en el momento apropiado investigaremos su efectividad, que se manifiesta de manera muy diferente de la que ejerce la presión subterránea de la habladoría, vale decir que se manifiesta con claridad, agudeza y definición. Es la "visión diurna" del lenguaje frente a su oscura "visión nocturna".

2. LA PALABRA COMO DECISIÓN

Trataré de ilustrar esta problemática mediante un ejemplo extremadamente simple: ya no se trata aquí, como en las reflexiones anteriores, de definir qué significa la palabra *rosa* sobre la base de un *espécimen* concretamente presentado, sino de discernir si determinada planta que tengo ante mis ojos es realmente una rosa. Esto puede no ofrecer problema alguno en un caso tan simple. Pero la cosa adquiere mayor interés si pregunto de qué clase de rosa se trata. En el caso de plantas desconocidas, encontradas por azar, se puede preguntar ciertamente si es posible esperar la aparición de una u otra familia de dicha planta o si se trata de otra subespecie de una familia conocida, pero que no podía esperarse en ese lugar. El conocedor entonces decidirá si es realmente esa especie cuya aparición en este lugar se desconocía hasta el momento.¹

Esto ocurre en todos los casos en que la realidad se presenta a primera vista como susceptible de múltiples interpretaciones, y que sólo logra su definición en razón de la palabra pronunciada. Es lo que ocurre cuando un médico hace su diagnóstico: esto es escarlatina (aun cuando quizás se trate de un "caso" atípico y difícil de reconocer) o cuando el juez decide: este disparo mortal se ha producido como emergencia en la defensa propia. Se trata siempre de que una situación hasta entonces vaga y nebulosa alcance su definición mediante la pala-

¹ Como ilustración recúrrase, por ejemplo, a H. Kunz, *Tofield-dia pusilla* (MICHAUX) PERSOON, subesp. nov. austríaca KUNZ, una nueva familia de la flora de los Alpes Orientales. "PHYTON", vol. 9, fase. 1 et 2 (31-XII-1960) ; *idem*: observaciones sobre algunas familias de *Rhinanthus* — *Bemerkungen zu einigen Rhinanthus-Sippen*. "PHYTON", vol. 8 fase. 3 et 4 (18-X-1959) ; *idem*: *Kleine kritische Beiträge zur Flora von Basel und Umgebung*. "Bauhinia, Zeitschrift der Basler Botanischen Gesellschaft", vol 1, entrega 3, 1960, págs. 163 y sigs.; vol. 2, entrega 2, 1963, págs. 117 y sigs.

bra pronunciada. Las maneras en que esto se lleva a cabo en cada caso particular difieren mucho. En el caso de la determinación de la especie vegetal se trata de definir a ésta correctamente. La especie propiamente dicha ya se conocía antes. Pero también hay que considerar la importancia que la definición puede asumir en la vida del hombre a quien afecta. En algún caso se tratará de un hallazgo insignificante, y el hombre en cuestión pondrá a un lado esa planta sin prestarle mayor atención; en otro caso, en cambio, se trata del descubrimiento de un nuevo lugar, por el cual el hallazgo de la planta adquiere inmediata importancia. Cosa parecida sucede con el diagnóstico del médico. También éste debe ser correcto, aunque ello no influya sobre la enfermedad misma. Con todo, la comprobación en el caso de enfermedad adquiere inmediatamente una importancia decisiva. Hasta ese momento se había tanteado en lo incierto, en la oscuridad; ahora en cambio se sabe a qué atenerse, puede uno adecuarse a la situación y disponer las medidas correspondientes. Toda la situación cobra así otro aspecto.

Mayor todavía es la diferencia en el caso de la sentencia del juez. Ahí no se presenta una realidad que requiera un correcto reconocimiento, sino que la realidad se enfoca bajo determinada luz en virtud del juicio, que sirve para interpretarla y comprenderla: sólo cobra su clara definición con el pronunciamiento de la palabra juzgadora. Esto es extensible en un sentido general, pues rige asimismo en toda situación incierta e indefinida que llega a una decisión a través de la palabra. Ésta no tiene por qué ser una palabra aislada en el sentido de un nombre, como ocurre en los primeros ejemplos, en los cuales un fenómeno problemático requiere una correcta designación. Puede tratarse también de una frase entera o de todo un discurso, siempre que lo que se siente como vago llegue a una formulación precisa.

3. LA PALABRA CERTERA

En los casos que acabamos de analizar lo que el lenguaje expresa tiende de modo acentuado a la conformación de la realidad, que en este sentido es generada sólo por el lenguaje. El lenguaje crea realidad con la palabra pronunciada. Es creador en la pronunciación en sí. Desde luego, el lenguaje no crea arbitrariamente, partiendo de la nada, sino que se ve obligado a cumplir con determinadas condiciones. Su formulación, como se dice, ha de ser "acertada". Esto implica más que el hallazgo de la palabra correcta, que como tal ya se hallaría a disposición y a la cual sólo falta escoger, por así decirlo, extra-yéndola correctamente de en medio de un conjunto. Se trata de una realización creadora, pero ésta ha de ser certera. Aun una observación arrojada al azar en medio de una disputa tiene que ser certera para tener efecto, vale decir que debe chocar con algo que realmente existe y se mantiene firme frente a la pretensión de la palabra. Una situación en que una palabra inhábil puede errar su objetivo —las palabras también pueden perderse en el vacío— queda fijada mediante la palabra que corresponde y se torna visible en su naturaleza propia.

En ocasiones se ha comparado la palabra con una flecha o con una lanza que el que habla arroja como un cazador para derribar su presa. Y en el fondo esta representación un tanto violenta forma en general el fundamento de la imagen de la palabra certera. Con ello queda "certeramente" y con agudeza designado uno de los aspectos de la palabra pronunciada (para aplicar en este caso la misma metáfora). Pero sentimos al mismo tiempo el exceso de agudeza, aquello que distingue a la palabra certera de la flecha que da en el blanco: la palabra no cobra una presa preexistente, sino que convierte, si así podemos decirlo, a un animal fugaz e indefinido en un venado susceptible de que se lo cace. La palabra certera hace que resulte asible, aprehensible, lo que hasta ese

momento se sustraía a la aprehensión gracias a su indefinición.

Resulta sumamente difícil describir con precisión este proceso. La palabra no sólo acierta en dar con una realidad existente, sino que, al acertar, produce al mismo tiempo en cierto modo esa realidad. Es como una resonancia entre palabra y cosa. La palabra sólo acierta respecto a la cosa en la medida en que concibe a ésta de un modo determinado. Sin embargo, se expresa demasiado poco si se dice que con la palabra se da forma a la realidad informe, que por lo tanto la palabra añade una interpretación, puesto que tan sólo mediante la certera interpretación cobra ella plena realidad. Hasta ese momento tampoco había existido verdaderamente.

En el contexto anterior nos ocupamos de nombres que tienen las cosas. Ahora se trata de poner mayor énfasis en llamar a las cosas por su nombre. Podemos dejar de lado a este respecto la consideración sobre cuál era la importancia, dentro de la imagen mágica del mundo, del conocimiento del nombre. Éste ejercía su poder sobre la persona en cuestión (recuérdense ciertos cuentos de hadas).² Pero también en nuestro mundo sigue sucediendo algo comparable con aquello. Mediante el nombre nos apoderamos de la cosa. Invocamos la correspondiente realidad. De acuerdo con un giro difundido, se dice que "hay que llamar a la criatura por su nombre". Esto significa que se rompen los límites de la esfera del ocultamiento y de los cautelosos rodeos verbales y se dice con toda claridad lo que se habría preferido dejar en el terreno de lo no comprometido. Este proceso tiene a menudo un efecto liberador, y en todos los casos logra una agudización de la situación. Ya no se puede rondar en torno a la cosa, ahora ésta se ve clara e inequívoca y exige que el hombre adopte una actitud igualmente inequívoca frente a ella. Lo que ha sido llamado por su nombre se destaca como algo definido, que sale del vago ámbito de las posibilidades y ya no puede disolverse en una indefinida ne-

² Cf. *Die Macht des Worts*, *op. cit.*, pág. 31.

bulosa de la cual surgió como fenómeno precedero. Se ha convertido en una firme realidad.

También se habla de una acertada comparación. En tal caso se trata de percibir algo desde un nuevo ángulo y destacarlo con nueva agudeza, gracias a una semejanza, a una asociación recién establecida. Advertir tales semejanzas constituye también una realización creadora del lenguaje. Ellas no son evidentes. Cuando realmente dan en el blanco ya no es posible sustraerse a su influjo. Uno se ve entonces forzado a ver las cosas en la perspectiva sugerida por la comparación.

Jaspers destaca con gran precisión esta fuerza creadora del lenguaje de realidad cuando dice: "Únicamente aquello que el lenguaje conquista existe de verdad, se da a conocer, cobra claridad y por lo tanto movimiento".³ "Únicamente aquello a lo que se dirige la palabra y que es expresado mediante la palabra se eleva sobre la corriente onírica del acontecer... Es una obra de encantamiento: la cosa a la que uno se dirige pronunciando su nombre está súbitamente ahí. Aquello que es y sucede en forma innominada se pierde en lo crepuscular de lo ilimitado".⁴

De modo parecido al que más arriba hemos expuesto a propósito de la visión del mundo del lenguaje, también en este caso se presentan diferentes maneras de acertar con el objeto, vale decir, diferentes posibilidades de aprehenderlo en su significación idiomática. Y a este respecto la palabra certera equivale siempre a una decisión destinada a elegir una posibilidad entre varias. En cierto modo la palabra fijadora es comparable a la caricatura, que también acierta en la representación de su objeto mediante eliminaciones y exageraciones, sobre todo cuando se trata de la representación de una persona humana, y que acierta en este sentido, logrando una representación en la que el rasgo característico se torna mucho más visible de lo que lo hubiera sido en cualquier representación pura, fiel a la realidad del retratado.

³ K. Jaspers, *Die Sprache*. Munich, 1962, pág. 33.

⁴ K. Jaspers, *op. cit.*, pág. 35.

4. LA IRREVERSIBILIDAD DE LA PALABRA ACUÑADA

El proceso de acuñación idiomática se distingue en general por una curiosa irreversibilidad. Lo que una vez se ha expresado, pronunciado, queda ahí y no puede ser retrospectivamente anulado. Ejerce así un extraño poder. Ya no puede verse la cosa con otros ojos que los que ha dado esta acuñación. Es imposible sustraerse a su fascinación. El nombre, una vez dado a la cosa, queda firmemente adherido a ella, acuña también la manera en que se considera lo denominado de un modo u otro. Así como dentro de la imagen mágica del mundo el encantamiento sólo puede ser relevado por otro encantamiento más poderoso, del mismo modo el poder de una acuñación lingüística no puede disolverse sin más: sólo es posible anularla mediante otra designación nueva, más acertada, vale decir, más efectiva. Es el poder que ejerce en general lo formado sobre lo informe. El camino va únicamente desde lo informe hacia la forma, y no se revierte.

Se advierte la peligrosidad de la palabra una vez pronunciada y la gran responsabilidad que asume el que la pronuncia. Retomemos una vez más los ejemplos anteriores: el diagnóstico pronunciado por el médico puede ser un diagnóstico errado. Esto no sólo implicaría un tratamiento falso, sino que todo el comportamiento del enfermo y de su medio ambiente tomaría con ello un rumbo fatal, sobre todo cuando se pronuncia al respecto el nombre de una enfermedad grave y temible. Asimismo la sentencia del juez puede constituir un error judicial. También en este caso se ha creado una realidad mediante la palabra solemnemente pronunciada de una manera que nunca podrá remediarse. Ya no es posible un retorno a la situación inicial, como lo era antes de sufrir ese influjo; lo único que queda será una corrección muy forzada.

Pero no hace falta que sea el veredicto pronunciado por un juez con la fuerza de la ley. Es una condición que

tiene validez con respecto a toda palabra pronunciada. "Algo sobre lo cual no se habla, no ha sucedido del todo. Únicamente la palabra da realidad a las cosas",⁵ dice en cierta ocasión Oscar Wilde en su punzante estilo. De ahí el efecto jamás anulable de una ofensa una vez pronunciada o de una sospecha una vez expresada. El efecto desafortunado de una palabra dicha irreflexivamente no puede ser suprimido. Muy acertadamente lo expresa Rilke: "En general hay que tener tanto cuidado con los nombres; es a menudo el nombre de un crimen lo que provoca el quebranto de una vida y no el acto personal e innominado en sí mismo".⁶ En forma análoga lo manifiesta Morgan: "Los actos son fluidos, no comprometen, pero las palabras son prisiones".⁷

Un recuerdo de mi temprana escolaridad demuestra con cuánto cuidado debe proceder precisamente el educador cuando tiene que habérselas con la aplicación de un nombre. El maestro había dicho refiriéndose a un discípulo, luego de una discusión con el vecino de banco, que era un "ladrón de lapiceras". No interesa qué puede haber sucedido luego. En todo caso, debido a esta palabra, el suceso, relativamente inocente sin duda, adquirió una gravedad excesiva. El alumno en cuestión quedó marcado, quedó diferenciado en el círculo de los condiscípulos por la acción de esta palabra que obraba como si fijase un tabú. Él ya era alguien especial en un sentido siniestro y nadie se atrevía a acercársele. Esto sin duda no guardaba relación alguna con el motivo dado e ilustra para el educador con toda claridad la conciencia de responsabilidad que ha de prevalecer en el uso de la palabra.

⁵ O. Wilde, citado por Presser, *op. cit.*, pág. 12.

⁶ R. M. Rilke, *Briefe*, vol 1, 1897-1914. Wiesbaden, 1950, pág. 103.

⁷ Ch. Morgan, *Das leere Zimmer*, trad. por H. E. Herlitschka. Kindler-Taschenbücher. Munich, 1963, pág. 106.

5. LA PALABRA LIBERADORA

Pero por otra parte también existe la palabra redentora y liberadora, pronunciada en una atmósfera tensa. También ahí se manifiesta el poder de la palabra en la clarificación de la situación. Sólo que en este caso el efecto no es la agudización, sino el ablandamiento. Allí donde reinaba una situación opresiva, que parecía no tener solución y resultaba desesperante, de pronto, gracias a la clarificación por la palabra, apareció una solución que hasta ese momento no se había advertido. O bien donde una rencorosa hostilidad amenazaba con su empecinamiento y cada una de las partes temía un perjuicio si en algo transigía, una palabra conciliadora pudo distender en seguida la situación. Es cierto que pronunciar esa primera palabra requiere valor. Hasta una palabra concebida como broma puede ayudar a salir de una tensión acumulada y actuar en forma liberadora donde los antagonismos se habían vuelto artificialmente rígidos, sin que los afectados supieran encontrar por sí mismos una salida de esta rigidez.

Asimismo la palabra puede actuar de manera liberadora aun en un contexto objetivo, cuando una aspiración poco definible, oscuramente sentida durante un largo período, adquiere clara conciencia gracias a una palabra felizmente encontrada y sólo a consecuencia de ello puede realizarse plenamente. En este sentido habló Goethe en cierta ocasión de un "importante estímulo debido a una sola palabra ingeniosa".⁸ Se refería al hecho de que la feliz formulación de Heinroth —en este caso la observación de que "la capacidad pensante de Goethe es objetiva"— había arrojado una luz tan clara sobre su propio procedimiento que le hacía ver las cosas en un estado de conciencia que nunca había sentido antes. Un solo ejemplo más, muy significativo en cuanto a este poder de la

⁸ Goethe, *op. cit.*, vol. 16, pág. 879.

palabra, procede de la más reciente evolución de la pedagogía: cuando Wagenschein designó aquello que había practicado durante décadas con la incendiaria palabra "lo ejemplarizante", cambió de golpe toda la situación.⁹ Gracias al poder persuasivo de esta palabra se impuso de pronto aquello por cuyo reconocimiento había luchado en vano durante años, pues demostró ser una noción clave dentro de la cual pudo cristalizarse una situación largamente preparada; por cierto también se trataba de una violación, mediante la cual, muy en contra de la voluntad de su autor, se simplificaba con un artificio una situación mucho más compleja. Y es significativo el hecho de que el propio Wagenschein se manifieste últimamente, recurriendo a la noción de proceso genético, en contra del uso en exceso esquemático de lo ejemplarizante.¹⁰

6. LA PALABRA COMO ARMA

Sin embargo, existe también la posibilidad peligrosa de la palabra que inflama e instiga y que, sobre todo en situaciones revolucionarias, arrastra a las masas populares a cometer hechos irreflexivos. Esto se produce al pasar esta palabra de boca en boca hasta que, henchida como grito de guerra, provoca la descarga de los afectos encendidos, colocando ante ellos objetivos tentadores. Así actuó durante la Revolución Francesa el grito de "A la lanterne!"

De este modo las palabras pueden convertirse en armas de las que el hombre se sirve en la lucha con su adversario. Y en este caso adquiere un nuevo significado lo que expresamos acerca de la palabra certera. De este modo existe el diálogo de la pelea, el duelo hablado. Ya

⁹ Cf. al respecto mi recensión: M. Wagenschein, *Die pädagogische Dimension der Physik*. Braunschweig, 1962; *idem: Exemplarisches Lehren im Mathematikunterricht*. Stuttgart, 1962, "Zeitschrift für Pädagogik", año 9, 1963, págs. 456 y sigs.

¹⁰ M. Wagenschein, *Zum Problem des genetischen Lehrens*. "Zeitschrift für Pädagogik", año 12, 1966, 3^a entrega.

nos hemos referido al carácter agonal de la discusión en cuyo curso las respectivas posiciones se atacan y se defienden en mutuo combate. Las facultades que necesariamente deben desarrollarse en este sentido son la presencia de espíritu para parar el golpe adversario y a su vez avanzar en el acto cuando el adversario se muestra vulnerable, y resulta significativo para esta forma del encuentro verbal el que para su denominación se impongan analogías procedentes del ámbito bélico y de la lucha armada. Aparte de las formas caballerescas de una discusión en la que en última instancia se defiende una causa, la palabra puede ser empleada también en sentido maligno y como ataque a otra persona. Las palabras pueden dar en el blanco hiriendo al adversario y también éstos son giros que proceden del contexto bélico. Aquí ni siquiera se tiene en cuenta la ofensa o la sospecha, de la que siempre, aun cuando sea injusta, algo queda "pegado", sino la palabra con su poder de revelar y hacer visible una realidad. La palabra, con su unilateralidad y su exageración basada en esa unilateralidad, destaca con toda agudeza las debilidades del adversario, las hace visibles ante el mundo, y hace que el afectado sea así vulnerable. Una de las posibilidades más peligrosas, y a menudo aprovechada deshonestamente, que encierra la palabra, es entregar al afectado a lo ridículo, destruyéndose su inflada pretensión, mostrando a la opinión pública su vacuidad. Pero ante todo las palabras son capaces de herir a quien se dirigen, mostrándole por así decirlo un espejo en el cual él mismo llega a ver su debilidad, su vacuidad, su ridiculez. A tales palabras empleadas como armas parece haberse referido Hugo von Hofmannsthal en un dístico: "Muchas palabras hay que aciertan como garrotes", pero luego da que pensar la frase que continúa: "pero muchas / las tragas como anzuelos y sigues nadando y todavía no lo sabes".¹¹ Se trata de aquellas que inadvertidamente se apoderan del modo de pensar y cuyas consecuencias sólo después percibe el hombre.

¹¹ H. v. Hofmannsthal, *Gedichte und lyrische Dramen*. Esto colmo, 1946, pág. 103.

7. LA PALABRA ACUÑADA EN CUANTO FORMA DISPONIBLE

Hasta ahora tratamos a la palabra como pronunciada concretamente en una situación única e investigamos cómo interviene en la realidad en cuanto palabra, cómo transforma y configura la realidad y cómo no sólo hace visible la realidad, sino que en el mismo proceso produce realidad. Resumiendo: la palabra en cuanto poder creador. Aunque en cierto modo ya es también realidad lo caótico e inasible, se trata de una realidad eternamente fluida, nunca aprehensible y siempre escurridiza. Sólo en virtud del pronunciamiento de la palabra decisiva adquiere una forma, se torna asible, de modo que el hombre se topa entonces con algo que se le resiste y que a su vez puede servirle de sostén. Sólo esto es realidad propiamente dicha, y sólo se genera en el lenguaje.

Sin embargo, la palabra que entonces se separa de la corriente del discurso mediante una exitosa acuñación adquiere precisamente por eso, y en seguida, una segunda función. La palabra, una vez llevada en una determinada situación a su expresión concisa, conserva su eficacia más allá de esta situación, convirtiéndose en un recurso del que ahora se dispone para captar también ulteriormente ciertas situaciones análogas. Aquí actúa la profunda ambigüedad de la palabra "forma": lo que se ha ■ arrancado a lo indefinido convirtiéndose en forma, forma en el sentido de configuración precisa, viene a ser al mismo tiempo forma en el sentido de forma hueca, de molde, capaz de apresar también situaciones venideras. La palabra acuñada, en cuanto exitosa formulación, adquiere con ello una función que en un plano más elevado repite aquello que habíamos elaborado al considerar el lenguaje como visión del mundo, apreciado en la palabra individual en cuanto vocablo: se convierte en una forma, molde disponible en el cual se vierte nuestra experiencia y que a la vez adquiere poder sobre nuestra experiencia al obligarla a tomar *a priori* ciertos rumbos.

Lo que quedó ilustrado una vez más con el ejemplo de una sola palabra rige en general con referencia a toda formulación idiomática concisa, a toda palabra o sentencia pronunciada con el significado que aquí analizamos. Ya se trate de un *slogan* o de una frase publicitaria, de un proverbio o un modo de decir, de una consigna electoral o, en un plano superior, de poesía: en todos los casos se manifiesta como poder que domina la "vida" con su fascinación. Nosotros vivimos, querámoslo o no, inmersos en estas formas transmitidas por el acervo idiomático. Mediante una significativa traslación nocional podemos designar a tales formas como categorías. No hemos de limitar esta noción a las últimas formas nocionales fijas y abstractas. Ya en su sentido lingüístico griego primitivo, categoría es aquello con referencia a lo cual me dirijo a algo usando la palabra (en primer término, más concretamente aún: el crimen del que inculpo a alguien en la acusación). Una larga tradición nos ha acostumbrado a restringir esta noción y a aplicarla a nociones muy generales. Pero, en rigor, toda noción general mediante la que logro asir algo aislado, es una categoría. Pero puesto que tales nociones nos están dadas concretamente, y sólo en su forma de lenguaje, toda palabra del lenguaje es una categoría mediante la cual logro asir una realidad. Y así también hemos de trasladar la noción de categoría más allá de los vocablos individuales, a las palabras tal como las acabamos de considerar. Toda forma lingüística feliz mediante la cual he configurado una realidad se convierte en categoría con el fin de abarcar nuevas realidades. De este modo la noción de categoría se amplía hasta alcanzar las grandes formas de la poesía: cada una se convierte en una forma, en un molde en el que penetra nuestra vida para adquirir su forma. Al pensarlo así, tenemos que renunciar desde luego a la permanencia intemporal de las categorías —digamos en el sentido kantiano—, para considerarlas como partes de un sistema históricamente creciente, que se enriquece con cada nueva realización idiomática. Con ello, una consideración lingüístico-filosófica semejante demuestra ser una legí-

tima y necesaria ampliación de la problemática filosófico-trascendental fundada por Kant, y sólo dentro de este marco puede ser adecuadamente fundamentada.

El modo en que se manifiesta el poder de la palabra dentro de estas diversas formas de la palabra concisamente acuñada, desde la mistificadora consigna hasta la poesía que descubre nuevas profundidades de la vida, abre un vasto campo de investigaciones, que aquí sólo puede señalarse como perspectiva.¹¹¹

¹² Cf. Bollnow, *Die Macht des Worts*, *op. cit.*, págs. 28 y sigs.

IV. LA AUTORREALIZACIÓN DEL HOMBRE EN EL LENGUAJE

1. LA FORMACIÓN DEL HOMBRE MEDIANTE EL LENGUAJE

En el lenguaje no sólo se lleva a cabo la apertura del mundo. Asimismo sólo mediante el lenguaje se desarrolla el hombre en pos de su propia esencia. Ambos procesos mantienen una necesaria acción y complementaron recíproca. Pero este segundo aspecto, el del autodespliegue en el lenguaje, requiere ser elaborado en forma específica como conclusión, ya que de otro modo quedaría fácilmente inadvertido. Aun cuando las consideraciones anteriores implicaban muchos aspectos en este orden, es necesario enfocarlos ahora desde el nuevo punto de vista.

En este proceso pueden distinguirse otra vez diversas etapas. En cuanto a la primera etapa, nos remitimos una vez más a la observación de Herder (que también recogió luego Humboldt), según la cual sólo gracias al lenguaje llega el hombre a la posesión de la razón. Pero esta vez no consideraremos esa sentencia en un sentido filosófico general, sino en lo relativo a la pedagogía, vale decir en cuanto a su significación para el autodesarrollo humano. Sólo en el lenguaje se despliega la razón humana, como asimismo el sentimiento y las demás fuerzas anímicas.¹

¹ En este caso dejamos de lado la cuestión respecto al punto hasta el cual el niño que todavía no sabe hablar es capaz de alguna forma de intelección y cómo se diferencia ésta del pensamiento conformado como lenguaje; nos limitamos a tratar del niño con el que tiene que habérselas el maestro, el niño que ya sabe hablar, y contemplamos aquí el proceso mediante el cual aprende a aprehender lingüísticamente el mundo exterior e interior.

Resulta importante precisamente desde el ángulo pedagógico el carácter indirecto de este proceso: en tanto la atención se dirige hacia el mundo que debe ser asido mediante la expresión idiomática, estructurándose y configurándose en ésta, se lleva a cabo de manera indirecta, en el desarrollo de los medios lingüísticos, también el desarrollo de las fuerzas anímicas. Sólo mediante el asimiento idiomático del mundo se estructura y se configura la vida propia.

Este nexo implica una máxima significación pedagógica. Tiene importancia decisiva el modo en que el lenguaje es transmitido al hombre por medio de la educación, y luego, también, la forma en que en su autoeducación usa el lenguaje. La adquisición del lenguaje no es meramente adquisición de un medio de expresión o de comunicación, sino que constituye la formación del hombre a través del lenguaje. Pues en un sentido muy riguroso rige lo siguiente: tal como es el lenguaje, así es también el hombre. Si el lenguaje de un hombre es pobre o rico, desordenado o diferenciado, caótico o claramente distribuido, difuso o nítidamente definido, así será el hombre que lo habla: igualmente pobre o rico, caótico u ordenado, nebuloso o definido. Esto no debe tomarse aquí como expresión psicológica: el que por su lenguaje pueda conocerse al hombre es algo que se sobrentiende. Se trata en este caso de algo más profundo: no decimos que el hombre es tal como luego se manifiesta en el lenguaje, sino que *se convierte* en tal en virtud de su lenguaje. El hombre no posee, pues, una naturaleza fija, sino que va adquiriendo ésta en la forma en que desarrolla su lenguaje. La negligencia respecto al lenguaje es siempre al mismo tiempo indisciplina del hombre que lo habla y viceversa, la disciplina y la diferenciación en el lenguaje va disciplinando y diferenciando al hombre. Con cada palabra precisa y acertada aumenta el hombre su fuerza y su definición.

Aquí se presenta un profundo problema pedagógico: no existe ningún medio tan apropiado para influir en la formación del hombre como el camino a través de su idio-

ma. Se trata, por cierto, de un procedimiento curiosamente indirecto: no intento influir directamente en su persona, sino que lo abordo dando un rodeo a través de su lenguaje, a través de la involuntaria retroacción que desde la formación de su lenguaje irradia sobre su naturaleza misma. Y esta irradiación retroactiva es tanto más eficaz, cuanto más se realiza con miras al objeto y no como intervención en la persona.

Tomar el idioma de esta manera no implica prestar atención al lenguaje como tal. En este aspecto radica el peligro de una educación idiomática demasiado consciente. Cuando la atención se dirige con excesiva exclusividad a la belleza y elegancia del lenguaje, surge el riesgo típico de la retórica, del habla afectada, del placer inspirado por la palabra sonora y bien formada que se desliza sobre las cosas, más aún, que se aparta de su objetivo propiamente dicho en aras del placer brindado por una bella formulación. He aquí el curioso peligro que implica todo cultivo en exceso consciente del lenguaje. El lenguaje se convierte en objetivo de sí mismo. Desde el punto de vista educacional, semejante cultivo de la lengua no sólo carece de valor, sino que tiene consecuencias fatales, ya que, a pesar de todo ese refinamiento de la forma, seduce al afectado y lo hace caer en la vacuidad del palabrerío. El prestar atención al lenguaje resulta educacionalmente valioso sólo cuando se produce con miras al objetivo y tal proceso es controlado desde este ángulo. No se trata de obtener la expresión bella, sino la exacta y acertada.

Es notoria y muy discutida la influencia que se ejerce mediante los ejercicios de composición. No hay ejercicios válidos en el uso del lenguaje, sino cuando éste se trata con seriedad; sólo en tal caso podrá uno empeñarse seriamente a favor de la correcta formulación lingüística. Precisamente por eso la educación idiomática ejercida en la escuela no puede tampoco ser asunto de una materia separada, puesto que participa de la totalidad de las materias objetivas.

2. LA AUTOCOMPREENSIÓN POR EL MEDIO DEL LENGUAJE

Junto a este efecto formativo que el hombre experimenta al cultivar dentro de sí las facultades para el habla correcta y adecuada a sus objetivos, existe aquel otro que hace que en virtud del medio del lenguaje el hombre se objetive frente a sí mismo, para llegar a conocer así no sólo su mundo externo, sino también, guiado por el lenguaje, su mundo interno. El hombre no llega a conocer sus virtudes y sus vicios, sus cualidades anímicas y sus actitudes morales, en forma distinta de aquella en que conoce las cosas del mundo exterior a las que desde un principio se acerca mediante la interpretación del lenguaje. Todo su ser va formándose dentro de los moldes provistos por el lenguaje, y como su lengua es siempre una lengua especial junto a muchas otras, se trata también siempre de las formas peculiares prefiguradas en la visión del mundo de estas lenguas especiales en las que el hombre penetra con su crecimiento.

Esto, desde luego, no debe entenderse como si el lenguaje prediseñara para él una cabal imagen de carácter de la que él sólo tiene que hacerse cargo. Pues en tal caso todos los hombres que hablan el mismo idioma tendrían que resultar enteramente iguales. Lo que sucede es más bien que el lenguaje provee y pone a disposición posibilidades, diversas nociones de virtudes y actitudes morales por las que se modifican las posibilidades humanas básicas y generales de una manera especificada por el lenguaje. El hombre recoge la posibilidad que le cuadra, pero al asir esa forma prefigurada, su comportamiento va configurándose de acuerdo con ella y asimismo todo su ser, en constante reiteración. El hombre va formando su ser en moldes lingüísticamente dados *a priori*. (Al respecto no serviría de mucho sostener que entonces un talento preexistente se sirve de tales formas para su desarrollo, pues jamás puede comprobarse la existencia de semejante talento *previo* al lenguaje. No tiene pues nin-

gún sentido científicamente utilizable plantearlo. Debe bastar el hecho de que dentro del lenguaje se elaboran las diversas formas de caracteres, que se mantienen todos ligados entre sí en razón del horizonte interpretativo de la lengua que les es común.)

3. LA IMPORTANCIA DE LA CONVERSACIÓN

Hasta ahora sólo hemos hablado del influjo del lenguaje en la medida en que el hombre se mueve en el medio de una lengua determinadamente caracterizada que ya encuentra ahí como tal y de la que se apropia de una manera más o menos individual. Ahora hemos de abordar el proceso del hablar en sí mismo y observar qué significa el proceso del habla dialógica y monológica para la autorrealización del hombre. No es necesario que retomemos una vez más las cuestiones ya discutidas al comienzo detenidamente, cuando nos ocupamos de la conversación. Bastará con que recordemos al respecto brevemente, y desde el nuevo punto de vista, lo que sigue:

El hombre necesita la conversación con otros como condición para su evolución. La palabra puramente monológica resultaría vacua y se agotaría bien pronto si no encontrara en la contestación del otro una resistencia provocativa. Tan sólo motivada por la sorprendente objeción del otro, que por lo pronto causa dificultades, por las "fricciones", puede la palabra inflamarse y tornarse productiva.

Habíamos visto además hasta qué punto depende la conducta momentánea, como asimismo toda la evolución de un hombre, de la forma en que el otro le dirige la palabra. Hemos llamado la atención asimismo sobre la importancia del nombre con el cual se lo interpela. Pero mientras que en las últimas partes nos ocupamos sobre todo de los nombres que el hombre da a las cosas y con los cuales se apodera de las cosas, ahora resulta importante también el nombre del cual el hombre es portador y por el cual lo llaman sus prójimos. Pues por medio de

este nombre ellos se apoderan de él de una manera muy particular. Al dirigirse a él llamándolo por su nombre, lo obligan a asumir su identidad y a responder de sí mismo. El que se sumerge usando un nombre falso, pretende renegar de su identidad. En la novela de Broch, *Los inocentes*, se trata este problema de un modo incisivo. El protagonista intenta sustraerse a su responsabilidad por el pasado mediante la carencia de nombre. Reflexiona así: "Sólo existe una única forma de protección, que es la carencia de nombre. El que ya no posee un nombre, no puede ser llamado, ellos no pueden llamarlo. Gracias a Dios, yo he olvidado mi nombre".² Y una vez más repite: "Quien ya no tiene nombre, vive en el no suceder, y ya nada puede sucederle".³ Es inasible, pero con ello pierde al mismo tiempo su sostén interior, pues el papel social y el ser uno mismo interiormente se encuentran inseparablemente unidos en el nombre. Por eso el protagonista, luego de su vano intento de huida, se siente como liberado cuando finalmente alguien vuelve a dirigirse a él llamándolo por su nombre.⁴

Finalmente, hemos de recordar que la soltura de la auténtica conversación amistosa constituye la situación en la cual el hombre, al expresar sus pensamientos en libertad respecto a la presión de tareas urgentes, encuentra la forma más pura de apoyarse en sí mismo. De ahí que semejante conversación sea ante todo el medio para un libre despliegue de sí y que en tal sentido tenga una alta significación pedagógica.

4. LA FIJACIÓN DEL HOMBRE MEDIANTE LA PALABRA POR ÉL PRONUNCIADA

Aquí hemos de destacar antes que nada el otro aspecto que hasta ahora no consideramos: el efecto que ejerce el

² H. Broch, *Die Schuldlosen*. DTV, vol 330. Munich, 1965, pág. 40.

³ Broch, *op. cit.*, pág. 4.

⁴ Broch, *op. cit.*, pág. 267.

hablar —y por cierto no tanto cuando fluye fácilmente, sino cuando surge en empeñosa lucha con una resistencia— sobre la evolución del que habla, vale decir, la retroacción de la palabra pronunciada sobre el que la ha pronunciado. En el sentido en que ya antes establecimos cómo el hombre clarifica y define mediante la palabra que pronuncia una situación difusa hasta entonces, también él en sí mismo adquiere con ello firmeza. Aquí rige en grado sumo el postulado de la autorrealización del hombre mediante el lenguaje. Ya no se trata, como en los casos anteriores, de la formación de un ente rico y estructurado; en este caso se trata con especial énfasis de la definición y la firmeza de su ser que va ganando en función de lo que pronuncia. Es más: sólo así entra en su vida un elemento que sin el lenguaje seguiría fluido y variable. Sin duda puede afirmarse, en un sentido general, que aun en la vida desprovista de lenguaje se forman hábitos y que de este modo también surge una cierta constancia en las líneas de la vida. Pero esto sólo acontece a modo de una paulatina reafirmación. El hombre adquiere la verdadera firmeza, vale decir, la creada por él mismo y que puede valorarse moralmente, sólo mediante la palabra por él pronunciada y de la que se hace responsable. Trataré de fundamentar lo dicho paso a paso.

Esto rige a partir de la vida cotidiana. Lo que el hombre ha pronunciado, por casual que haya sido y aunque no haya puesto énfasis alguno en ello, lo obliga ante sí y ante los demás. Ya no podrá en otra oportunidad decir otra cosa, dando como explicación una frase como: "¡Qué me importa mi estúpida chachara de ayer!" Ya al hacer hincapié en la cosa mediante una broma, señala que en verdad debería importarle bastante. Lo que el hombre ha pronunciado una vez lo compromete ante sus prójimos. Éstos esperan de él en el futuro la misma opinión. Y como el hombre debe tomar en consideración esta expectativa, el hecho ejerce el consiguiente efecto sobre él. De manera que en virtud de la palabra pronunciada se destaca algo fijo que emerge de la corriente de la vida, algo que

puede retenerse y guardar en la memoria, y el hombre que lo pronunció queda incluido en esta fijeza.

Ello señala indudablemente la importancia de la educación respecto al trato responsable con la palabra hablada: el hombre conquista la firmeza de su ser, o bien la pierde, según sepa identificarse con su palabra o no. La vacilación en lo que el hombre dice, no es sólo una expresión cambiante de un ser independiente de tal expresión, sino la nebulosidad, la vaguedad de ese ser en sí mismo.

Por supuesto, tal fijación u obligación no rige incondicionalmente. El hombre puede por cierto cambiar de opinión. Pero ya no podrá hacerlo tácitamente. Eso requerirá más bien determinado paso: deberá confesar que se ha equivocado y aducir los motivos que ha tenido para su cambio de opinión. El que inmotivadamente dice hoy una cosa y mañana otra, es considerado como irresponsable charlatán. Sus prójimos no lo toman en serio. No puede uno hacer trato con un hombre semejante. No se sabe qué se podrá esperar de él.

Esta posibilidad de comprometer al hombre en relación con la palabra por él pronunciada se aplica a cualquier palabra, hasta cierto punto incluso a la que se le ha escapado involuntariamente. Pero en grado máximo rige esta condición cuando el hombre, en caso de que se lo requieran emite su "sentencia" y, de este modo, como ya lo hemos expuesto,⁵ resuelve una cuestión en conflicto, vale decir, cuando pronuncia un "veredicto" independiente, que puede ser citado. También aquí rige la ley según la cual de este modo no sólo queda resuelta una cuestión, sino que el hombre mismo que la ha resuelto se compromete sin poder ya retractarse. Cuando Pilato declara ante los judíos: "Lo que yo he escrito, lo he escrito", no se trata de una manifestación de empecinamiento o de querer tener razón, sino de la naturaleza necesaria de toda palabra pronunciada con responsabilidad y, más aún, de toda palabra escrita con responsabilidad. Debido a su fijación me-

⁹ Cf. *Die Macht des Worts*, *op. cit.*, págs. 33 y sigs.

díante el lenguaje, tal palabra se tornó invariable. De modo similar lo destaca ocasionalmente Buber: "Esta persona concreta responde con su lealtad, dentro del espacio vital que se le adjudicó, por la palabra que pronuncia".⁶ Y el hombre debe responder de su palabra, si no quiere perder su prestigio ante los ojos del mundo que lo circunda. Casi se ve forzado, debido a la exigencia externa basada en su palabra, a asumir la firmeza de su carácter. No existe nada más firme en el mundo que la palabra hablada; es más, acaso sea esto lo único en el mundo que ostente en general el carácter de una simple invariabilidad. Constituye de hecho, cuando se la pronuncia con énfasis, un *monumentum aere perennius*.

Esto no equivale a decir que se eterniza toda decisión errónea. El hombre puede revocar su sentencia. Pero ello significará bastante más que el cambio de opinión fundamentado que acabamos de mencionar. Así como ningún tribunal puede anular por sí mismo un veredicto una vez pronunciado, tampoco puede el hombre individual revocar su palabra, salvo, por así decirlo, ante una instancia superior. La palabra no variará. Seguirá siendo lo que es. Pero se verá anulada y reemplazada por otra nueva, mejor fundada, por una palabra más vigorosa por lo tanto. Se tratará siempre de un paso cargado de grave responsabilidad, que sólo podrá darse sobre la base de causas valederas y que afrontará una fuerte resistencia exterior e interior. También la revocación exige que el hombre se juegue por entero, puesto que tiene que imponerse contra toda resistencia, incluso con más fuerza que cuando emitió la sentencia que ahora ha de ser revocada. De ahí que hasta la revocación —y ésta en forma muy destacada— sea un paso en el camino de la autorrealización del hombre.

⁶ M. Buber, *Das Wort, das gesprochen wird*. Obras, vol 1. *Schriften zur Philosophie*. Munich y Heidelberg, 1962, pág. 453.

5. LA CONFESIÓN Y EL RECONOCIMIENTO

Una posición especial entre las palabras comprometedoras para el hombre les corresponde a la confesión y al reconocimiento. Es evidente que ambas nociones se encuentran estrechamente ligadas entre sí. El criminal confiesa el hecho que ha cometido, se reconoce culpable. También pueden confesarse otras cosas que se habían ocultado, por ejemplo, un sentimiento de amor que se había mantenido en reserva. En cambio, uno hace profesión de sus convicciones, de su fe, etc., y esto constituye un reconocimiento. Ambas actitudes tienen en común el que no son aplicables a cualesquiera circunstancias del mundo exterior, sino que se refieren a la persona del que habla, quien siempre en estos casos se ve obligado a responder a una inculpación o a una sospecha o a alguna clase de suposición. Se trata, pues, siempre de una reacción ante un comportamiento del mundo circundante. Y la diferencia parece radicar en que la confesión se relaciona con determinados hechos acontecidos en el pasado, por regla general hechos malos, fechorías, que el hombre ha tratado de ocultar y cuya admisión se le exige ahora, mientras que el reconocimiento se relaciona con el núcleo más íntimo de su persona. El hombre reconoce tener tales o cuales convicciones, creencias, etc. Reconoce haber cometido sus acciones, pero esto difiere de una mera confesión. El hecho de reconocer sus acciones significa que se identifica con ellas, que responde por ellas con toda su persona. Mientras que en la confesión se conduce algo ya pasado a su desenlace, el reconocimiento tiende al mismo tiempo hacia el futuro. Puesto que se atiene a lo que ha reconocido, el hombre asume con ello también la obligación de mantenerlo en lo porvenir aun frente a tentaciones venideras.

Ambas actitudes tienen en común el hecho de que mediante ellas el hombre abandona un mundo de mentira y ocultamiento o sólo de falta de claridad, de vaguedad,

dándose a conocer inequívocamente tal como es, aun cuando así se vuelva vulnerable y se exponga a algún peligro. Ambas actitudes requieren, pues, del hombre una fuerza moral considerable, en la medida en que significan imponerse contra inclinaciones naturales. Y precisamente en ello reside su importancia para la autorrealización del hombre. Mediante este acto el hombre se aprehende a sí mismo, al responder por sí y por su conducta ante el mundo. En ello reside al mismo tiempo su gran significación pedagógica.

La situación en la cual el niño debe confesar algo que ha hecho y no debió haber hecho se presenta con mucha frecuencia en la educación, desde transgresiones graves hasta acontecimientos nimios de la vida cotidiana. Se espera del niño que admita sus faltas y que lo haga sin muchas palabras, con un claro sí o no. Se espera de él esta confesión aun cuando las circunstancias del hecho sean tan evidentes que en verdad no habría de requerirse ninguna confirmación. A menudo el niño se subleva frente a una exigencia de este tipo. Preguntamos, por lo tanto: ¿por qué se pide la expresa confesión?, ¿por qué no nos damos por satisfechos con un adecuado castigo o con alguna otra reacción apropiada? ¿Por qué importa tanto que realmente se pronuncie la palabra de la confesión? Es porque sólo así se pone fin a un estado de suspenso. Antes el inculpado aún podía recurrir a subterfugios, tratando de dar al asunto una interpretación de algún modo favorable para él o de dejarlo precisamente en suspenso. Mas no bien se pronuncia la confesión esto cesa. El hombre en cuestión carga con el hecho y tiene que responder del mismo. De este modo el hecho queda fuera del plano de las posibilidades inciertas; se ha convertido en un hecho determinado y fijado como tal. Sólo así lo pasado pudo llegar a un desenlace y el asunto puede quedar "enterrado". Pero al mismo tiempo, al responder el hombre por lo que ha hecho, aun cuando no lo apruebe ya o se avergüence de ello, adquiere una actitud inequívoca frente a sí mismo. Deja de ser una pelota que va y viene entre una y otra de sus propensiones, y aprende

a comportarse con dignidad hacia sí mismo y a responder por sus actos. Aun cuando se trata de acontecimientos lamentables que provocan la necesidad de confesión, tales momentos de crisis en el desarrollo del hombre adquieren máxima importancia: sólo con su ayuda se concibe el hombre como responsable de sí mismo. Y por eso no debe ahorrársele al niño la palabra expresa de la confesión. Ahora bien, la confesión tal vez sólo se limite al ámbito de las transgresiones que el hombre habría preferido ocultar. El reconocimiento, en cambio, penetra con fuerza mucho más positiva en el espacio de su libertad. Es cierto que el hombre también reconoce su culpa, lo cual nos conduce de vuelta al caso anterior, pero mucho más fructíferos son los casos en los que reconoce profesar algo: una amistad, una opinión, una fe. Siempre se trata de que mediante un acto de libertad el hombre se identifique con algo en el centro de su ser. Reconocimiento equivale a ligazón libremente elegida. En esta clase de reconocimiento se rechaza la tentación de un retroceso, de una traición. El reconocimiento es un acto de lealtad, lealtad para con lo existente, pero que al mismo tiempo se extiende hacia el futuro. El reconocimiento es siempre también un acto público: ante el mundo entero reconoce el hombre lo que más le importa en su vida. En última instancia, reconoce sus ideales. Y en virtud de esta libre decisión adquiere firmeza él mismo, se convierte en sí mismo en el verdadero sentido.

Tal vez el reconocimiento en este sentido supremo ya no sea asunto de la educación, por cuanto supone la existencia de un hombre ya hecho, plenamente responsable de sí. Pero también en lo que concierne al hombre en desarrollo se presentan muchas oportunidades que requieren que la disposición al libre reconocimiento sea fortalecida y que el reconocimiento expreso sea estimado en su dignidad.

6. LA PROMESA

Lo que se ha dicho en general acerca de la palabra pronunciada con énfasis y acerca del compromiso para el futuro que ella tácitamente implica siempre, vale en mucho mayor medida en cuanto a la palabra mediante la cual el hombre se ata para su futuro, la palabra que le da a otro como promesa, una palabra que el otro a su vez puede "tomarle". En la promesa nos enfrentamos con un caso extremo de la palabra hablada que presenta en grado máximo rasgos que forman parte en general de la naturaleza de la palabra hablada, pero que se tornan muy nítidamente reconocibles vistos desde este extremo.⁷

Gabriel Marcel fue sin duda el primero en plantear esta pregunta: ¿qué significa para la comprensión del hombre el hecho de que pueda dar y cumplir promesas y de que los demás hombres crean en sus promesas? Responde así: esto resulta posible únicamente porque el hombre no es un ser del momento, abandonado al desamparo que trae el cambio de estado, sino que hay en él algo gracias a lo cual, por medio de un esfuerzo moral, puede elevarse por encima de los cambios de estado. La respuesta de Marcel implica: la promesa demuestra la existencia en el hombre de un núcleo moral que supera la temporalidad.⁸ (No es lícito objetar en este sentido que de acuerdo con la experiencia las promesas a menudo son quebradas, no se cumplen. Aun si esto sucediera en la mayoría de los casos, bastaría el hecho de que haya casos

⁷ Aunque ya me he ocupado en varias ocasiones y en otros contextos de la promesa, no puedo dejar de hacerlo también en este lugar, ya que todo el proceso de la autorrealización no puede hacerse debidamente inteligible sin la consideración de este caso extremo. Cf. J. Häussling, *Untersuchung über das Wesen des Versprechens*. Disertación. Maguncia, 1952.

⁸ G. Marcel, *Sein und Haben*, trad. por E. Behler. Paderborn, 1954, págs. 53 y sigs. Cf. O. F. Bollnow, *Französischer Existentialismus*. Stuttgart, 1965, págs. 106 y sigs.

en que las promesas sí se cumplen y de que en la vida humana se confíe en ellas.)

Marcel, por cierto, no parece haber prestado atención al carácter peculiarmente idiomático de la promesa. Sin embargo, las promesas en forma expresa sólo pueden realizarse mediante la palabra pronunciada (y cuando se habla también en otro sentido, por ejemplo, de "un comienzo muy promisorio", se usa la palabra en una forma negligentemente figurada). Hans Lipps vio con toda agudeza este carácter idiomático de la promesa y hemos de remitirnos aquí a sus exposiciones.⁹ Pues en la promesa se destaca con peculiar insistencia el carácter productivo del lenguaje, ya que ahí tenemos un claro ejemplo de los casos en que la palabra se adelanta para arrastrar tras de sí a la realidad. Lipps observa al respecto: "La palabra es lo primario y experimenta paso a paso una distinción realizadora".¹⁰ Tal vez en este caso pueda decirse directamente que la palabra posee en sí misma un poder formador de realidad, pues enfrenta al hombre con la exigencia de ser "rescatada" o "cumplida", y se trata por cierto de una exigencia de curioso carácter inexorable, puesto que la palabra empeñada se mantiene invariablemente firme, sin que ningún cambio de situaciones pueda alterarla. La palabra es severa. La noción "cumplimiento" es también en este caso la denominación acertada, sólo que aquí el cumplimiento no se produce por sí mismo ni procede de algún otro lado, sino que ha de ser realizado gracias al esfuerzo del hombre que rescata su palabra.

Ahora bien, el hecho de que no siempre le resulte fácil al hombre cumplir su promesa y de que a menudo este cumplimiento debe lograrse a través de una penosa lucha muestra la importancia de la promesa en el proceso de la autorrealización del hombre. Acabamos de expresar que en virtud del cumplimiento de su promesa el hombre se manifiesta con una mismidad que supera al tiempo. Tal

⁹ Lipps, *Bemerkungen über das Versprechen*. VS, págs. 97 y sigs.

¹⁰ Lipps, VS, pág. 102.

firmeza no le fue dada por la naturaleza, sino que la va adquiriendo en el esfuerzo por el cumplimiento de su promesa. Cumpliendo la promesa, no sólo rescata mediante una realización verdadera lo que había anticipado como promesa en un momento anterior, sino que simultáneamente se transforma a sí mismo, se eleva por encima de su existencia "natural" sujeta al cambio de sus sentimientos e inclinaciones, y se convierte en una persona moral. Adquiere identidad en sentido riguroso y, viceversa, pierde ese ser él mismo y se hunde en la vaguedad de una existencia desvalida cuando traiciona sus promesas. Quisiera, por lo tanto, definir esa noción de "mismidad", usada hasta ahora sin determinación, en coincidencia con su uso lingüístico acuñado por la filosofía existencial en este sentido riguroso: como el núcleo existencialmente entendido, en virtud del cual el hombre se enfrenta libremente con toda mutación de la vida y de las circunstancias, con una firmeza que nunca le es regalada, sino que conquista con esfuerzo. Es ésta la forma última y más elevada en que tiene lugar la autorrealización del hombre a través del lenguaje.

7. LA SIGNIFICACIÓN EDUCACIONAL

Es evidente que estos atisbos tienen importancia máxima desde el punto de vista educacional. Con el análisis del cumplimiento de lo prometido y la lealtad respecto a la palabra dada hemos llegado al centro del proceso mediante el cual el hombre se eleva desde su existencia natural y no comprometida hacia la persona que con responsabilidad responde de sí misma. Pero dado que el hombre ha de cumplir este paso siempre él mismo y que nadie puede liberarlo de esta tarea o siquiera facilitársela, la acción directa de la educación se topa aquí con rígidas fronteras. Lo más importante queda en forma latente en la necesidad de que el educador conozca la importancia de estos procesos y haga por su parte todo para evitar perturbaciones y evite extravíos de la incipiente responsabilidad.

Ahora me limitaré a mencionar breves indicaciones que se deducen de lo anterior: una de ellas requiere que el educador mismo cumpla sus promesas como compromisos absolutos. Nunca debe prometer algo a la ligera y con miras a una momentánea tranquilización. El niño no comprenderá por qué más tarde, y acaso teniendo buenos motivos para ello, se desvía de su promesa; el niño se atiene en forma mucho más literal que el adulto a la promesa una vez empeñada, y la confianza en la validez de la palabra dada se le derrumba no bien descubre que se le ha engañado. El educador eme frente al niño de poca edad no toma en serio la promesa, socava para éste el o^T-árter absoluto de la palabra empeñada v con ello los fundamentos del mundo moral en general. Obra, simplemente, de manera irresponsable.

T a segunda cosa eme importa es llamar al hombre la otanmói-, sobre los límites de aquello que responsablemente puede prometer. Pues con respecto a cosas que no dependen de la libre disposición del hombre, tamnopo miede éste hacer promesas. Forman parte de este ámbito sus sentimientos y sus pensamientos, como también todo amiello que depende de circunstancias externas. Nadie miede prometer que al día siguiente experimentará determinado sentimiento ⁿ (como en el caso del rev Pedro en *Léonce y Lena*, que empeñó su palabra real de que al día siguiente se alegraría con motivo del casamiento de su hiiio y se encuentra perplejo cuando éste, para sustraerse al mismo, recurre a la fuga). Tampoco nuede nadie prometer conservar una determinada opinión, pues ésta podrá verse superada debido a una nueva comprensión, v el hombre se volvería insincero si a pesar de su mejor comprensión mantuviera su opinión antepor. Por eso es inmoral, e irresponsable sobre todo desde el punto de vista educacional, aceptar semejantes promesas. Conducir al hombre al conocimiento de lo que responsable-

¹¹ G. Büchner, *Léonce und Lena. Werke und Briefe*. Inselverlag o. J., págs. 136 y sig.

mente puede prometer, y exigir de él un cumplimiento incondicional de la palabra dada si ha prometido algo, constituye una tarea de la educación a la que debe adjudicarse, dentro del marco de la educación moral en su totalidad, una importancia central. Toda negligencia en este sentido, aun cuando surgiera de intenciones benevolentes, es en última instancia irresponsable.

Lo que aquí, en cuanto a la promesa como caso límite se destaca, vale asimismo, en diversas formas, con respecto a toda palabra hablada. Rige en un sentido estricto el postulado de que el hombre únicamente puede realizarse a sí mismo a través del lenguaje.

Hemos tratado de desarrollar este proceso en tres etapas:

1. El hombre requiere como medio de su autodesarrollo un lenguaje que encuentra como ya existente y en el cual se hallan prefiguradas determinadas posibilidades de su vida.
2. Para la acuñación de su naturaleza requiere la realización a través de la palabra pronunciada con responsabilidad.
3. Se eleva hacia su verdadera mismidad únicamente mediante la palabra dada en forma anticipatoria en la promesa.

De modo que encontramos valedero en un sentido estricto: el hombre se torna él mismo sólo a través del lenguaje. Sólo en virtud de la libremente elegida atadura a la palabra que supera al tiempo, se eleva por sobre el vacilante tiempo. En ello se funda en última instancia la dignidad del lenguaje como medio de educación.

Al final del camino, reflexionando sobre el resultado, no encuentro nada mejor que las palabras con *qv*[^] Pestalozzi resume el valor del lenguaje para la educación, palabras que deben tenerse en cuenta a fin de que no suri a una imagen excesivamente unilateral a causa de las manifestaciones lingüístico-críticas a las que hemos anelado en nuestra introducción: "¿Qué es la verdad?... Para el

hombre es ciertamente verdad todo aquello que debido a su naturaleza se ha visto necesitado de expresar en palabras, para sí y para su generación. De modo que si buscas verdad para tu generación, enséñale a hablar".¹²

¹² Pestalozzi, op. cit., vol. 13, págs. 53 y sig.